



*Y tenían que ver
tus ojos Verdes*

Saga Montana: Hielo y fuego vol.2

Anna S. Segura

AG

Y tenían que ser tus ojos verdes.

Saga Montana: Hielo y fuego vol. 2

Anna S. Segura

Datos de Registro:

Titulo original: Y tenían que ser tus ojos verdes.

Titulo de la saga: Montana. Hielo y fuego vol. 2

1º Edición: Junio 2019

©2018 Anna Soler Segura

Diseño portada y maquetación:

Anna Soler Segura

Queda prohibida cualquier reproducción, plagio, o uso con intereses comerciales sin el consentimiento del autor.

Esta obra esta registrada en la propiedad intelectual bajo el nombre de Anna Soler Segura.

Quien incumpla las leyes estará incurriendo en un delito que puede ser sancionado.

Índice de contenido

[Titulo](#)

[Autor](#)

[Datos de Registro](#)

[Índice de contenido](#)

[Dedicatoria](#)

[Capitulo 1](#)

[Capitulo 2](#)

[Capitulo 3](#)

[Capitulo 4](#)

[Capitulo 5](#)

[Capitulo 6](#)

[Capitulo 7](#)

[Capitulo 8](#)

[Capitulo 9](#)

[Capitulo 10](#)

[Capitulo 11](#)

[Capitulo 12](#)

[Capitulo 13](#)

[Capitulo 14](#)

[Capitulo 15](#)

[Capitulo 16](#)

[Capitulo 17](#)

[Capitulo 18](#)

[Capitulo 19](#)

[Capitulo 20](#)

[Capitulo 21](#)

[Capitulo 22](#)

[Capitulo 23](#)

[Capitulo 24](#)

[Capitulo 25](#)

[Capitulo 26](#)

[Capitulo 27](#)

[Capitulo 28](#)

[Capitulo 29](#)

[Capitulo 30](#)

[Capitulo 31](#)

[Capitulo 32](#)

[Capitulo 33](#)

[Capitulo 34](#)

[Capitulo 35](#)

[Capitulo 36](#)

[Capitulo 37](#)

[Capitulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Próximamente](#)

[Biografía](#)

[Bibliografía de la autora](#)

[Otros títulos de la autora](#)

A mi madre por todo su amor

Capítulo 1

Madisonville, Texas.

Otoño.

Olivia Harris contempló el bonito paisaje desde la ventana.

El sol del mediodía irradiaba sobre su cabello pelirrojo haciendo que brillasen pequeños destellos de luz.

Su suave mirada verde se centró en las montañas. Respiró con un hondo suspiro.

Era ilógico. Había llegado a aquel recóndito lugar de Texas buscando quizás una respuesta que sanase su herido corazón, y sin embargo ya habían transcurrido más de ocho meses desde ese día que apareció con su maleta, y poco más.

Liv, como la llamaban cariñosamente, había huido del dolor de Nueva York, aunque la desgracia siempre iría con ella.

Ahora ya no se sentía inocente y pura, algo en su interior había cambiado para siempre.

El último año en el orfanato había sido traumático. Un nudo de angustia le encogió el alma.

Liv trató de controlar el leve temblor que la sacudió ante los recuerdos.

Casi sollozó inconscientemente. El orfanato “Harrithon” había sido su único hogar durante años, su única familia.

Liv se crío sin padres. Siendo apenas un bebé su madre la abandonó a las puertas de la institución, y nunca supo de ella, tampoco de quien era su padre.

Cuando cumplió la mayoría de edad tampoco se molestó en buscarlos, ¿para qué? Ellos la habían tratado como a un desecho humano, sin más razón de la que no quererla como hija.

Esas personas no merecían ni una de sus lágrimas.

Con el tiempo había llegado a comprender que nunca jamás los perdonaría.

En realidad no los necesitaba para nada. Ella había sido una niña de “Harrithon”, y aunque nunca fue feliz intentó sobreponerse a la pena y el dolor, hasta que un buen día apareció Emma, su mejor amiga.

Con ella las cosas cambiaron. Liv encontró una confidente, un alma gemela, una hermana, y la alegría inundó sus solitarios días de recreo.

Emma le hizo recuperar las ganas de vivir, la confianza en si misma, y poco a poco Liv olvidó la tristeza.

Hasta que Emma abandonó el orfanato para dedicarse a su carrera profesional como cantante, y Liv se sintió de nuevo sola.

A partir de ese momento se propuso estudiar. A ella le encantaba la docencia, los niños.

Por ello escogió magisterio, y cuando se licenció con tan buenas notas, decidió quedarse allí en “Harrithon”, como profesora de primaria.

Aquellos niños merecían la mejor educación posible, y ella era feliz dándoles amor y cariño.

Sus ojos verdes se le llenaron inevitablemente de lágrimas.

Durante dos años fue la profesora de esos niños, con algunos incluso creó un vínculo materno.

Era el caso de la pequeña Eva, de tan solo tres añitos, huérfana, de la ciudad de Boston.

Liv no pudo evitar encariñarse demasiado de ella.

La dulce Eva, tierna, cariñosa, llena de vitalidad, hasta que enfermó de tuberculosis, y aquello acabó con su frágil vida.

Para Liv fue algo trágico ver como moría. Fue como perder a una hija.

Lloró durante días incapaz de resignarse a un destino tan cruel, incluso perdió la fe en dios.

Tras el fallecimiento de la pequeña, Liv se sumió en una honda depresión, se aisló por completo del mundo, tan solo se dedicó a su trabajo, sin apenas hablar con nadie, ni salir de la institución.

Fueron meses muy duros, y cuando creía que lo tenía superado, la llegada de un nuevo profesor al orfanato trastocó por completo su vida...

Liv abrió sus ojos anegados en lágrimas intentando escapar de aquella pesadilla que la perseguía día tras día.

Ahogó un sollozo entre sus temblorosas manos. Sabía que no sería fácil acabar con aquellos dolorosos recuerdos y enterrar su pasado, pero necesitaba empezar de cero, lejos del dolor, y en Madisonville era feliz.

Había encontrado un verdadero hogar, y gracias a Liam, el marido de Emma, ahora tenía un trabajo como profesora de la pequeña escuela del pueblo.

Texas era un buen lugar para sanar sus heridas. Con eso se conformaba, aunque jamás encontrase el amor.

Ella no era digna de ningún hombre bueno, estaba condenada a la soledad.

Liv pensó en Zack Montana y un fuerte estremecimiento le recorrió la médula.

No era buena idea. Ella no confiaba en los hombres, aunque él parecía muy distinto a los demás.

Zack era educado, formal, trabajador, y demasiado sexy para cualquier mujer.

Era un hombre sumamente apuesto y atrayente con aquellos penetrantes ojos grisáceos y ese espeso pelo negro.

Era inevitable que en el corto tiempo que llevaba en Texas Liv no se hubiese fijado en el vaquero.

Pero Zack no era para ella. Él vivía enamorado del recuerdo de su fallecida esposa, y contra eso no podía luchar.

Y luego estaba la pequeña Harley, tan inocente, tan cándida, un ser angelical que merecía una madre digna.

Y ella desgraciadamente no era esa persona. Además no necesitaba más complicaciones en su vida.

Estaba bien como estaba, aunque fuese sola. En sus planes no entraba enamorarse de Zack...

Pero el destino era cruelmente caprichoso, y Zack estaba en su camino por algo.

Absorta en sus pensamientos Liv sintió que alguien le tironeaba de la manga para captar su atención.

Aspiró hondo y se giró hacia la gentil figura de Nick.

El niño la miró con ilusión.

— ¡Profe, profe! Ya he terminado mi dibujo, ¿puedo salir al patio? — preguntó el niño de seis años.

Liv lo observó complacida.

— Claro — dijo — pero antes enséñame tu dibujo.

Nick corrió hacia su pupitre, veloz, y trajo consigo un folio pintado.

Con una amplia sonrisa se lo entregó a su profé. A Liv le pareció hermoso.

— ¿Qué representa? — le preguntó mirando la bonita casa, con árboles alrededor, y una feliz pareja de fondo con un niño jugando a la pelota.

— Mi hogar — rió con soltura.

— Es precioso — le revolvió el pelo con sumo cariño.

— Sí — asintió con la cabeza.

Liv no pudo evitar emocionarse.

— ¿Quieres mucho a tus papás? — dijo.

— Muchísimo — respondió locuaz.

— Y seguro que ellos te quieren a ti de igual manera.

— ¡Lo sé! — chilló entusiasta — ¿Puedo salir ya al patio?

— Claro — respondió Liv — pero antes, ¿me das un beso?

Puso su mejilla con candor. El niño asintió vehemente y la besó.

Luego salió corriendo mientras pegaba brincos de alegría.

A Liv se le encogió el corazón. Se incorporó para acercarse hasta su mesa.

Aun tenía mucho trabajo que corregir. De repente un cálido aire inundó el aula.

Liv se estremeció por completo antes de girarse hacía su penetrante voz.

— Buenos días, señorita Harris — dijo Zack saludándola amablemente.

Capítulo 2

Levemente su cuerpo tembló ante la presencia del guapo vaquero.

Zack le sonrió mostrando su blanca y bonita dentadura.

Las mejillas de Liv enrojecieron ante su intensa mirada, y eso la hizo aun más hermosa a ojos de él.

No había sido su intención molestarla, pero había pasado casualmente por allí, y no había podido evitar entrar en el aula para verla.

Zack le sostuvo sutilmente la mirada. Liv era tan cándida que raramente lo desconcertaba.

A veces parecía asustada y temerosa, y otras en cambio era agitada e impetuosa.

Desde esa primera vez que la vio llegar a Madisonville con su única maleta, algo en su interior despertó, aunque había intentado ignorarlo.

Él no estaba preparado nuevamente para el amor. Creía que nunca podría amar a otra mujer que no fuese su esposa, Esmeralda.

Sin embargo la joven Liv tenía algo especial, tal vez era su sonrisa, o quizás eran sus hermosos ojos verdes lo que hacían que Zack se estremeciese cada vez que la miraba.

Un nudo le oprimió el pecho. De repente se sintió ridículo ante ella, parado como un idiota.

Zack estrujó sin darse cuenta el ala de su sombrero, nervioso.

Esa mañana Liv estaba muy guapa, era evidente.

— B-u-e-n-o-s d-í-a-s — tartamudeó ante la magnitud de sus ojos grisáceos.

— ¿La he asustado? — inquirió.

Zack avanzó dos pasos hacia ella.

— ¡No! Para nada — mintió sonrojada — estaba distraída — añadió con timidez.

A Zack le hubiese gustado saber en que pensaba, pero abruptamente calló.

Tampoco se conocían tanto. De pronto Liv se sobresaltó.

— ¿Ocurre algo? — preguntó un tanto alarmada.

Su primer pensamiento voló hacia la pequeña Harley. A Liv se le estrujó el corazón.

La angustia la sofocó de repente.

— Todo va bien — se apresuró Zack a responderle — no se preocupe.

Ella lo miró inquisitiva.

— ¿Puedo ayudarle en algo? — hizo alusión a su visita.

Zack tardó en reaccionar a su pregunta. Inquieto se movió con rapidez.

— ¡Oh no! Pasaba por aquí, y entré... — arrastró suavemente sus palabras — a saludarla.

— Es usted muy amable — dijo Liv apurada.

Mientras Liv hablaba se escabulló tras la mesa. Zack la miró incómodo.

— En verdad me pillaba de paso — se obligó a añadir — hoy hay una reunión del consejo del AMPA, y la señora Foster me espera en el otro aula.

La expresión de Liv cambió por completo al oír aquel nombre.

Sus ojos se ensombrecieron. ¿La señora Foster? Liv pensó en la mala pécora de Lorraine.

Esa mujer la había tratado mal de primera hora. Nunca aceptó de buen grado que una forastera de Nueva York formase parte de la escuela.

Siempre se opuso a ella. Lorraine parecía odiarla, y Liv no entendía el porqué.

Pero viendo como miraba a Zack era de suponer que le gustaba.

¡Esa arpía de mujer era estrepitosa y descarada! Según los rumores del consejo de padres, Lorraine había tenido un fugaz desliz con el director Spence.

Con desagrado evidente Liv dijo.

— Pues no la haga esperar.

Se acercó a la pizarra y cogió el borrador. Liv era plenamente consciente de que Zack aun la observaba.

Un leve temblor le sacudió el labio inferior. A Zack le pateaba las entrañas la descocada de Lorraine.

La conocía desde que eran niños. Lorraine siempre fue la mejor amiga de Esmeralda, aunque demasiado excéntrica para su gusto.

Era una mujer exuberante. Extremadamente llamativa.

Por eso cuando repentinamente enviudó los jóvenes del condado no tardaron en ir tras ella.

Pero todos en el pueblo sabían que Lorraine estaba encaprichada de Zack Montana, y que su único objetivo era llegar a su cama.

Pero a Zack no le interesaba en absoluto esa mujer.

En más de una ocasión había tenido que lidiar con su descarado coqueteo.

Un leve suspiro escapó de sus entreabiertos labios.

El sol del mediodía se reflejó sobre el largo cabello de Liv.

Zack se quedó hipnótico ante aquella imagen.

— Sí — dijo — será mejor que me vaya — y agregó — un placer verla señorita Harris.

Liv se giró hacia él y entreabrió los labios.

— Igualmente, señor Montana.

Zack dio media vuelta, y se detuvo junto al umbral de la puerta.

— ¿Qué hará en Acción de Gracias?

A Liv le pilló de improviso su pregunta. Con suma inocencia lo miró, y se encogió de hombros.

— Aun no lo sé.

— ¿Regresará a Nueva York?

Zack se arrepintió rápidamente de su pregunta. Jamás tenía que haber indagado sobre su pasado.

Ella se sobresaltó ligeramente.

— ¿Regresar? — exclamó — ¡No! En Nueva York no me queda absolutamente nada.

Zack soltó el aire acumulado en sus pulmones.

— Ya — dijo inquieto.

— ¿Y usted? — quiso saber Liv.

El día de Acción de Gracias siempre había sido la celebración favorita de su esposa.

Esmeralda solía preparar pavo relleno y tarta de manzana.

Un surco amargo arrugó el entrecejo de Zack. El dolor se apoderó de su corazón.

Liv observó la palidez de su rostro, su sufrimiento.

— Lo siento — se excusó — no debí ser tan indiscreta.

— No se preocupe — repuso Zack restándole importancia — pero supongo que me quedaré en casa, con Harley.

Ella sonrió taciturna.

— Tiene una hija maravillosa.

— Lo sé — dijo con orgullo. Y agregó — usted algún día tendrá hijos.

E inevitablemente Zack se sintió parte de ella. Liv se ruborizó de pies a cabeza.

Sin quererlo sus ojos se encontraron con los penetrantes ojos de él.

Torpemente miró hacia el suelo.

— Supongo.

Zack agitó su sombrero.

— Que tenga un buen día, señorita Harris.

Y girándose sobre sus propios talones Zack abandonó el aula.

Capítulo 3

Cuando Zack entró en el aula continua se topó de cara con el brutal enfado de Lorraine.

La mujer lo miró de arriba abajo con su habitual desparpajo.

Sus fríos e inexpresivos ojos azules se clavaron sobre Zack con suma coquetería.

Lorraine sabía como conquistar a un hombre con sus sutiles armas de seducción.

Era una mujer esbelta, de curvas exuberantes, cuerpo fino, pómulos altos, pelo rubio, y grandes ojos azul cielo.

Nadie dudaba de que fuese una mujer hermosa, pero Zack la encontraba vacía, hueca. No expresaba emociones, era como una muñeca insípida, y un tanto aburrida, además de ser una egocéntrica y manipuladora.

Zack era consciente de que Lorraine iba tras él, a su caza.

Pero nunca le dio ningún tipo de esperanza. Ella no era su prototipo de mujer.

Ni tan siquiera se le parecía ni en lo más mínimo a su dulce Esmeralda.

Con una fingida sonrisa Zack avanzó hacia la silla, y depositó su sombrero con calma.

El entrecejo fruncido de Lorraine se clavó en sus ojos.

Lorraine esperó un cálido saludo que nunca llegó.

Enojada repuso.

— Buenos días, mi querido Zack.

— Buenos días Lorraine — simuló agrado.

El vuelo de su falda se agitó con prontitud.

— Llegas tarde — le reprochó — llevo un buen rato esperándote.

Este se elevó de hombros ante su actitud.

— Lo siento, me he entretenido hablando con la señorita Harris.

Lorraine soltó un bufido al oír su nombre. Entonces se encendió como la mecha.

— ¿Y qué tienes que hablar tú con “esa”? — se refirió de modo despectivo.

Zack levantó sus ojos con mal humor. Lo cierto es que empezaba a estar cansado de la actitud dominante de Lorraine.

Sus ojos echaron chispas.

— Lorraine, no empieces con uno de tus numeritos, ¿quieres? — la previno con tono duro.

La vena de su cuello pareció explotar.

— Está bien — apaciguó su enfado anterior — pero sigo sin entender porqué el consejo escolar le dio el puesto.

— Tiene buen currículum, y además es buena profesora — la defendió Zack.

— ¿Y qué? No sabemos nada de ella — expresó con fingido dramatismo que asqueó a Zack.

— No seas tan exagerada — replicó este.

— Yo como madre me preocupo por la seguridad de mi hijo Dylan, ¿acaso tú no lo haces por Harley? — arrugó con petulancia la barbilla.

— No creo que sea ninguna asesina — reiteró Zack.

— Eso no lo sabes — refutó Lorraine.

Esta sorbió fuertemente por la nariz mientras contoneaba sus faldas delante de sus narices.

— A mi no me parece ninguna psicópata, además Emma la conoce muy bien, son como hermanas — dijo con vehemencia.

A Lorraine aquel comentario le molestó.

— Ya — replicó torciendo la boca.

Zack la miró paciente.

— ¿Podrías ser más benevolente con la señorita Liv? — le pidió con calma.

Lorraine agrandó los ojos como platos.

— ¿Liv?

Zack carraspeó incómodo.

— Quise decir la señorita Harris — rectificó ante la mirada de recelo de Lorraine.

Esta se encogió de hombros.

— ¿Y por qué tendría que serlo?

— Venga Lorraine — repuso Zack — nos conocemos de toda la vida — y agregó en modo resignado — no seas así.

— No soy de ningún modo — se hizo la ofendida.

— ¿Ah no? — arqueó las cejas.

— Esa mujer no me gusta — afirmó celosa.

— ¿Por qué? — replicó Zack — es dulce y cariñosa con los niños.

— No me gusta — repitió con enfado — ¿No será qué te gusta a ti esa forastera? — añadió con retintín.

Zack arqueó una ceja escéptico.

— No digas bobadas — soltó incrédulo.

— No es ninguna bobada — repuso ella con convicción — se rumorea...

— ¡Déjalo Lorraine! — exclamó Zack exaltado — sabes que nunca he querido a otra mujer que no haya sido Esmeralda.

En los ojos de Zack apareció el dolor.

— Esmeralda murió, ¿recuerdas?

Zack la fulminó con resquemor. En ese momento le hubiese propinado un par de azotes en el trasero.

— ¿Por qué eres tan cruel, Lorraine?

Ella sonrió como si tal cosa.

— ¿Cruel querido? — inquirió con inocencia — solo veo las cosas venir.

— Pues te equivocas por completo — dijo Zack cansado de sus absurdos celos — entre la señorita Harris y yo no hay nada.

— ¿Estás seguro?

— ¡Por supuesto! — exclamó sulfurado — solo tenemos una amistad.

Lorraine caminó erguida, y sus ojos lo miraron con ávido deseo.

— Ya, una amistad — dejó entrever que no le creía.

— Estás celosa, y sabes perfectamente que nunca te he dado ninguna esperanza conmigo — se obligó a decir Zack.

Lorraine rió cuan víbora.

— ¿Celosa yo? Mírame querido, puedo tener al hombre que yo desee — presumió con arrogancia.

— No dudo de tus habilidades — le escupió con desdén.

Lorraine se acercó con sumo descaro.

— Lo siento, no pretendí enfadarte — replicó con un fondo de malicia.

— Zanjemos de una vez este tema — le pidió nervioso.

— Está bien.

— ¿Y dónde están los demás padres? — inquirió tosco al ver el aula vacía.

Lorraine se movió con soltura.

— No vendrán — contestó firme.

— ¿Y eso? — preguntó con una ligera sospecha de que aquello había sido una encerrona por su parte.

Con un mohín coqueto respondió.

— No los he llamado.

— ¿Qué no has hecho qué? — explotó Zack abriendo los ojos con mesura.

Aquella mujer francamente lo sacaba de sus casillas.

— No he visto necesario que estuviesen presentes en la reunión — se excusó como una mala pécora.

— ¡Estás loca! — siseó entre dientes — eres la presidenta del AMPA.

Zack empezaba a estar verdaderamente cabreado.

— Por eso querido.

— No me llames querido — la amenazó tintineante.

— Solo quería verte a ti — le insinuó mordaz.

Este la miró con desconfianza. Se acercó hasta la silla y recogió su sombrero.

Con furia contenida se lo encajó en la cabeza. Dispuesto a marcharse Zack avanzó hacia la puerta.

— ¡Zack!

— Esta vez te has pasado Lorraine Foster — le recriminó molesto.

— ¡Zack! — le gritó con su voz martilleante.

Pero este ni tan siquiera se giró para responderle.

— ¡Maldito seas Zack! — escupió Lorraine — ¡Y maldita esa forastera! Algún día te juro que serás mío, ¡mío! — exclamó en voz alta.

Capítulo 4

El sol de la media tarde empezó a caer sobre el rojo horizonte de Texas.

Eran pasadas las cinco de la tarde, y los alumnos ya habían abandonado el aula de estudio.

<<Otro día más de trabajo>>, pensó Liv mientras de entretenía recogiendo todo aquel desbarajuste que tenía a su alrededor.

Lapices de colores, plastilinas, cartulinas, eran los reyes del desorden en el suelo.

Liv se agachó, y sonrió taciturna. Estaba cansada, pero a la vez se sentía muy satisfecha.

Estaba haciendo un buen trabajo con aquellos niños.

De momento eran pocos alumnos, pero confiaba que pronto serían muchos más.

La población de Madisonville crecía cada día. En un futuro la escuela podría aumentar sus inscripciones.

Era algo sumamente maravilloso. Liv metió el material escolar en una caja, y se acercó hasta la pizarra.

Cogió el borrador algo pensativa. Con delicadeza lo pasó por encima de los garabatos.

De repente sintió un frío aliento pegado a su cogote. El cuerpo de Liv tembló inexplicablemente.

La sala se tornó sombría. Ligeramente se giró. Entonces se topó de frente con la angosta expresión de la señora Foster.

Ella la miró con pronunciado desdén. Era evidente su desagrado hacia la muchacha.

Con porte erguido y orgulloso elevó su bonito mentón, y dijo.

— ¡Eh tú!

Liv ignoró su tono despectivo. Miró a ambos lados, y respondió.

— ¿Quién yo? — se encogió de hombros.

A Lorraine no le sentó nada bien su comentario. La fulminó con la mirada.

— Sí, tú, forastera — repitió mordaz, y agregó — no veo a nadie más aquí, ¿o acaso me equivoco? — insinuó con su habitual tono chillón.

— No señora Foster — replicó Liv conteniendo su lengua.

— Bien, forastera.

Liv se reveló ante su aparente desdén.

— Mi nombre es Liv — dijo.

— ¿Perdón? — arqueó una ceja con disgusto.

— Me llamo Liv.

— Sí, sí, como sea — le restó importancia a sus palabras con cierta petulancia — necesito que te encargues de organizar el archivador.

Liv abrió la boca con sorpresa.

— ¿Ahora?

— Sí.

— Pero señora Foster es tarde — intentó explicarle Liv.

— ¿Y qué? — repuso Lorraine sin ningún tipo de miramiento.

— El atardecer casi ha caído, y se me hará de noche para llegar a casa — repuso preocupada.

— Ese no es mi problema — atajó fría.

— Pero me llevará horas — dijo Liv.

— Pues ponte a ello ya — le exigió Lorraine sin consideración.

— Pero señora Foster...

— ¿Acaso estás negándote a cumplir con tu trabajo? — le insinuó rápidamente — porque si es así no tengo inconveniente en hablar con el director de esta escuela — la amenazó directa.

A Liv se le descompuso el rostro ante sus palabras.

— No — se apresuró a decir nerviosa — pero si me deja yo podría venir mañana temprano y lo haría.

— Lo necesito ahora — se mantuvo tajante.

Liv se sintió impotente, acorralada entre la espada y la pared.

Le hubiese dicho un par de cosas a esa arpía, pero calló por temor a perder su único trabajo.

Necesitaba conservar aquel puesto. No podía perderlo por nada del mundo.

Necesitaba férreamente quedarse allí, cerca de Zack.

— Está bien — accedió con desgana — lo haré ahora.

— Date prisa — le ordenó mientras sacaba de su bolso un espejo de mano.

Lorraine se miró coquetamente. El zumbido de una avispa llamó la atención de Liv.

Despavorida dio un repulso mientras a manotazos la alejaba de su lado bajo la divertida mirada de la mujer.

Era alérgica a las picaduras de las avispas desde niña. Con temor observó al insecto revolotear a su alrededor.

— ¿Te da miedo un simple bicho? — se burló Lorraine con malicia.

Liv tragó saliva con dificultad.

— Soy alérgica a su picadura — respondió agitando las manos con fervor.

— Vaya — soltó esta con agrado.

Lorraine rió, y una sonrisa algo malévola se instaló en la comisura de su boca.

— ¿Eres muy alérgica?

— Sí — respondió Liv.

— Pues aquí en Texas tendrás que andarte con mucho ojo — le dejó caer con aquella extraña cara de felicidad.

Liv ni tan siquiera prestó atención a sus remarcadas palabras empeñada en alejar cuanto antes al asqueroso insecto de su lado.

Capítulo 5

— ¿Qué es esto? — arqueó Liam la ceja dubitativo mientras clavaba sus ojos verdes sobre su hermano.

Con arrojo Zack irrumpió en su despacho, y caminó hacia su mesa.

— Un contrato de compra-venta — dijo quitándose el sombrero de ala ancha.

Liam abrió la boca con suma sorpresa.

— ¿Contrato? — inquirió — ¿De qué?

— De mi rancho — replicó con disgusto.

— ¡Qué! — exclamó Liam levantándose de sopetón.

— Ese tal Polaskin quiere hacerse a toda costa con todas las tierras de Madisonville — y agregó — y al parecer lo está consiguiendo.

— ¡No me digas qué...! — farfulló incrédulo.

— Tranquilo — dijo Zack — no he firmado.

Liam respiró aliviado.

— Ni por un millón de dólares vendería “Rancho Esmeralda”.

Los ojos grises de Zack relampaguearon con un extraño dolor.

Su hermano cogió los documentos que este le había lanzado sobre la mesa.

— Esta cifra es... — se quedó impactado.

Zack se dejó caer con desgano sobre la silla, y se espatarró ancho.

— Desorbitada, lo sé — replicó serio.

— No se que pretende — añadió Liam desconfiado.

— Construir las vías ferroviarias destruyendo todo a su paso, incluido nuestros hogares — contestó Zack — y creo que no parará en su empeño hasta conseguirlo — agregó con enfado.

— Jamás le venderemos nuestras tierras, ¿acaso no le ha quedado claro? — sentenció Liam firme.

— Mañana me reuniré con Scott, tiene que haber una manera legal de parar toda esta locura — dijo Zack preocupado.

Jack Scott era el abogado de la familia desde hacía años.

También era el albacea del testamento de los Montana.

Era un hombre serio y respetuoso con su trabajo. Si en alguien confiaba Zack era en él.

Tenía que haber alguna manera de pararle los pies al señor Polaskin.

— Es lo mejor — concordó Liam — yo puedo acompañarte.

Zack lo miró pensativo.

— No hará falta, tu tienes que ocuparte ahora de tu familia — replicó recordando el próximo bautizo del pequeño Henry.

— No me importa ir contigo — alegó Liam — Emma lo entenderá, se trata de nuestro patrimonio.

Zack sacudió la cabeza rotundo.

— Emma y el pequeño Henry os necesitan más que nunca, y yo me puedo hacer cargo solo.

— ¿Estás seguro? — inquirió Liam.

— Por supuesto, tu llevas toda la vida velando por la familia — y agregó con convicción — deja que ahora sea yo quien me ocupe de todo.

Liam soltó un hondo suspiro. Pareció relajado. El surco de su frente se disipó al oír la firmeza de su hermano.

Estaba seguro de que Zack haría lo mejor por la familia.

Estaba en buenas manos.

— Está bien — accedió a regañadientes — pero mantenme informado de todo.

— No te preocupes — dijo Zack mientras se encendía un pitillo con impaciencia.

— Te lo agradezco — oyó decir a Liam — ultimamente me siento desbordado, entre los estudios y el pequeño Henry no doy abasto.

— Te entiendo — sonrió Zack — yo también soy padre, ¿recuerdas?

— ¡Y ahora te comprendo! — exclamó Liam con una risa suave.

Zack curvó sus labios al pensar en Harley.

— Pero no hay regalo más grande que ser padre — repuso orgulloso.

— Lo sé, soy el hombre más afortunado de Texas. Conocer a Emma cambió mi vida, es lo mejor que me ha pasado — repuso lleno de amor — gracias a ella tengo a mi pequeño Henry.

Zack lo miró hablar con aquella emoción que de repente un ápice de celos despertó en su interior.

Nunca había sentido envidia de su hermano. Se alegraba de que en el fondo hubiese encontrado su propia felicidad.

Él también había sido feliz junto a Esmeralda. A Zack se le resquebrajó el corazón.

Aun no había cerrado la herida de su pérdida. Quizás necesitaba más tiempo para volver a hallar la paz en su alma.

Sin embargo Zack sentía que quería tener un hogar, una mujer con la que compartir sus días, sus besos, sus abrazos.

Niños que corretearan por el salón con Harley... el calor de una familia.

Un surco amargo arrugó su entrecejo al pensar en la joven Liv.

<<No, todo era muy precipitado>>, se dijo a si mismo.

Con congoja habló.

— Eres afortunado, sí.

Zack apartó sus ojos cansados, y presuroso se levantó.

Liam lo observó desconcertado por su repentino cambio de humor.

— ¿Te vas?

Zack cogió su sombrero.

— Sí, he venido solo a traerte la documentación — respondió tosco.

— ¿No te quedas a cenar? — le inquirió Liam.

— No.

— A Emma le hubiese encantado que veas a Henry — le insistió sin ver el dolor en los ojos de su hermano.

— Lo siento, pero tengo que irme, es tarde — se excusó de forma grave.

Liam acompañó a su hermano hasta la puerta.

— ¿Vendrás en Acción de Gracias? La abuela preparará una gran cena.

Zack arqueó una ceja.

— No creo que venga — dijo nervioso.

— ¿Por qué?

— Ya sabes que lo pasaré con Harley, en casa — respondió taciturno.

— Pero aquí estarás en familia — replicó Liam ante su negativa.

— No insistas — le suplicó con dolor.

Liam observó a su hermano apenado.

— Zack — lo nombró solemne — ¿No crees qué es hora de pasar página?

Zack esquivó su mirada.

— Saluda a Emma de mi parte — se dio media vuelta y abandonó el despacho.

Liam lo vio marcharse impotente. A Zack le hacía falta tiempo para olvidar el dolor que aun barría su corazón.

Capítulo 6

Era tarde.

Hacía horas que tenía que haber llegado a casa. Liv maldijo su suerte.

Estaba cansada, hambrienta, y tenía frío. Observó la oscura y desierta carretera.

Un escalofrío cubrió su cuerpo. Las primeras gotas de lluvia mojaron su rostro.

Liv alzó sus ojos hacia el cielo encapotado. Aquello no podía estar sucediéndole a ella.

Caminó unos metros más, exhausta. El primer trueno resonó en sus magullados oídos.

En un instante se desató la tormenta. La lluvia empezó a caer con una fuerza arrolladora.

<<¿En serio?>>, pensó Liv con rabia. Aquello no era justo.

El agua chorreaba por su largo pelo. Sus ropas empapadas pesaban sobre su frágil cuerpo.

Liv apenas podía moverse. La espesa cortina de agua cubría su visión.

De repente la luz de unos faros la cegó. El rugir de un motor retumbó en el silencio.

Con un ronco chirrido el coche paró a escasos centímetros de ella.

Liv se sobresaltó.

— ¡Señorita Harris! — exclamó Zack impactado.

Zack asomó la cabeza por la ventanilla. Liv abrió sus ojos y observó el jeep del rancho.

Sí, era una señal. Debía ser una señal del destino que fuese él quien parase en la carretera.

Liv se sintió mareada.

— Hola señor Montana — dijo tímidamente.

— ¿Qué hace a estas horas sola por la carretera? — preguntó extrañado.

— Es una larga historia — omitió la verdad.

Zack se bajó a prisa del vehículo, y la cogió entre sus brazos antes de que ella se

desvaneciera.

La joven estaba empapada de pies a cabeza. La sintió temblar.

Su dulce aroma lo impregnó por completo. Zack la observó con ternura.

— Yo la llevaré a casa — repuso muy cerca de sus labios.

Su cálido aliento rozó su gélido rostro. Liv se estremeció ante su contacto.

— ¿En serio? — logró articular palabra.

Zack la metió en el coche con cuidado, y buscó en la parte trasera algo con que tapanla para que dejase de tiritar de frío.

Encontró la manta que Harley usaba. Era bastante infantil, de ositos, pero eso ahora no importaba.

Con ella cubrió el cuerpo de la joven. Luego la acomodó en el asiento con suavidad.

— Gracias — musitó Liv agradecida por su esmera atención.

Apenas podía tener los párpados abiertos. Estaba realmente cansada.

Apurado Zack ocupó el asiento del conductor y arrancó de inmediato el coche.

De reojo observó las pálidas facciones de la joven. Un nudo le estremeció el corazón.

¡Se la veía tan indefensa! Zack se sintió acalorado. Condujo en silencio hasta el rancho.

La lluvia seguía barriendo el parabrisas del vehículo con fuerza.

Cuando llegaron era tarde. Aparcó frente a la verja. Entonces se giró hacia ella.

La contempló embelesado. La joven se había quedado dormida.

Estaba preciosa con aquel leve gorgoteo que resbalaba de sus labios.

Con un impulso apartó de su rostro un mechón. La ternura lo invadió, pero también un irrefrenable deseo de besarla allí.

— Ay Liv — musitó ronco mientras acariciaba su mejilla.

Aquella muchacha lo confundía con su candidez, con su inocencia.

Liv le hacía despertar sentimientos extraños a los cuales no podía sucumbir.

Él ya estaba casado, y para siempre con Esmeralda. En su corazón no había cabida para ninguna otra mujer.

Sin embargo contemplándola dormida, Zack no podía reprimir su deseo de protegerla.

Durante un rato se quedó ensimismado. Zack la cogió entre sus brazos con cuidado de no despertarla, y caminó bajo la lluvia por el sendero que conducía a su rancho.

Era tarde. Todos en la casa dormían. No quería hacer demasiado ruido y que Harley se levantara.

Con sigilo entró en el salón y depositó a la joven sobre el sofá.

Se aseguró de que estuviese cómoda. Cubrió su cuerpo con otra manta más gruesa.

Liv ya no temblaba. Eso lo dejó más tranquilo. Observó su rostro.

Ahora sus mejillas tenían algo más de color. Estaban más sonrojadas.

Instintivamente quiso besarla, pero con temor retrocedió tropezando con una silla.

Por suerte Liv no se despertó. Al darse la vuelta Zack se topó de cara con Gwen.

— Señor Montana — dijo.

— ¡Gwen! — exclamó con sorpresa — ¿Qué haces aun levantada?

La joven lo miró inquisitiva. Gwen era la niñera de Harley, y a veces también ejercía de ama de llaves.

Era una chica bastante responsable a la que le encantaban los niños.

En aquel último año Gwen siempre había estado allí, al cargo de Harley, cuidándola como una madre.

Zack le estaba tremendamente agradecido por su trabajo.

Ella siguió mirándolo con sus grandes ojos oscuros.

— Bajé a por un vaso de leche — y agregó con recelo — ¿y usted de dónde viene?

Zack carraspeó incómodo. Los ojos de Gwen se desviaron hacia la figura tapada del sofá.

Extrañada abrió la boca con mesura.

— ¿Quién es? — señaló con el dedo.

— Shh, baja la voz — le pidió Zack — no quiero despertarla.

— ¿Despertarla? — repitió perspicaz.

— Es la señorita Harris, la amiga de Emma — le explicó este.

— ¿Y qué hace aquí? — preguntó tosca.

— Es una larga historia — replicó a desgana — la señorita Harris está cansada, así que la dejaremos dormir aquí.

Gwen no pareció conforme.

— ¿Sabe lo qué dirán en el pueblo si se enteran qué pasó la noche aquí? — le dejó caer incita.

— Me da igual lo que puedan decir cuatro cotillas — objetó Zack contundente — ella se queda.

— Está bien — replicó con disgusto.

— Vete a dormir Gwen, es tarde — dijo Zack girándose hacia la figura de Liv.

— Buenas noches — repuso esta.

— Buenas noches — contestó Zack con los ojos clavados sobre la joven que dormía plácidamente.

Capítulo 7

A la mañana siguiente Neil se presentó en el rancho “Esmeralda” a primera hora.

Necesitaba urgentemente hablar con Zack. Tras haberlo meditado durante un tiempo, había tomado una decisión que tenía que comunicarle a su familia.

Neil miró las altas montañas con sus penetrantes ojos verdes.

Entonces exhaló un hondo suspiro. Era lo mejor para su futuro, y además necesitaba alejarse de allí.

Nervioso se mesó el pelo. Él no tenía alma de ranchero.

Nunca la tuvo. Tampoco entraba en sus planes casarse, ni enamorarse.

Tal vez por ello huía. Neil no estaba preparado para el amor, y cada vez tenía más claro que se sentía tremendamente atraído por la dulce Ivy.

Con energía espoleó a su caballo y se lanzó colina abajo.

No tardó en llegar al rancho de su hermano. Había elegido hablar con Zack porque en el fondo era mucho más comprensivo que Liam.

El sol del amanecer se reflejó en su pelo avellana.

Neil desmontó con nerviosismo, y ató las bridas de su caballo a la valla.

Zack observó desde el cercado la rápida llegada de Neil.

— Hola Neil — lo saludó con una sonrisa — ¿Qué haces aquí tan temprano? — y añadió con tono preocupado — ¿Ha pasado algo?

Neil negó con la cabeza.

— Quiero hablar contigo — dijo.

Zack dejó a un lado los sacos de paja y se acercó a él.

— ¿Qué ocurre? — preguntó cauto.

Las facciones de Neil estaban serias. Zack lo conocía perfectamente.

Sabía que algo rondaba la cabeza de su hermano desde hacía tiempo.

Con un hondo carraspeo Neil habló.

— Me he alistado en el ejercito — repuso firme.

Zack arqueó una ceja incrédulo.

— ¡Qué! — brotó de sus labios con sorpresa.

— Lo que has oído — replicó Neil fijamente.

— ¿Estás de broma? — soltó Zack sin creerlo.

Neil pareció enfadado.

— No — dijo contundente.

— ¿Hablas en serio? — inquirió boquiabierto.

Neil miró a su hermano, pasivo.

— Por supuesto — respondió.

— ¿Alistarte en el ejercito? — repitió este incrédulo.

— Sí, ya he tomado la decisión — objetó Neil con tono duro.

— ¿Por qué? — preguntó Zack.

— Creo que es lo mejor para mi futuro — dijo Neil caminando nervioso — quiero servir a mi país — añadió seguro de sus palabras.

— Pero Neil tu futuro está aquí, con tu familia — intentó convencerlo.

Neil sonrió taciturno. Su hermano tenía poco poder de convicción.

En el fondo se lo agradecía.

— No tengo alma de rancharo, y lo sabes — agregó con una rotunda seguridad.

Era cierto. Neil era más libre, más independiente que cualquier otro Montana.

Zack no lo culpaba de ello. Neil tenía una personalidad única.

Y al parecer las ideas muy claras. En el fondo sintió orgullo por su hermano.

¿Quién era él para quitarle sus ilusiones?

— Veo que lo tienes claro, ¿no? — hizo un nuevo intento por comprender su decisión.

— Totalmente claro — movió su cabeza con energía.

— ¿Lo sabe alguien más de la familia? — inquirió Zack.

Neil se mostró ansioso.

— No — y dijo — ahí es donde entras tu — lo señaló como el emisor de la noticia.

Zack dio un respingo.

— ¿Yo?

Neil lo miró con suplica.

— Necesito que hables con Liam y con la abuela, por favor — le rogó — a ti te escucharán.

Zack casi rió en una carcajada.

— ¿Por qué?

Neil le palmeó la espalda con cariño.

— Siempre has sido el más sensato — lo alabó con apremio.

Zack soltó el aire de sus pulmones y miró fijamente a su hermano.

— ¿Realmente eso es lo que quieres? — le preguntó con un ápice de esperanza.

— Sí — respondió este.

— ¿Y cuándo te marchas?

— Después de navidad — dijo rotundo.

— ¿Y qué pasa con Ivy? — repuso Zack.

Neil fulminó molesto a su hermano.

— ¡Otro! — renegó con enfado.

— Creía que te gustaba — alegó Zack en su defensa.

— No — mintió.

— ¿Entonces no hay nada entre vosotros?

— Ivy y yo solo somos amigos — manifestó Neil algo cansado.

— Deberías hablar con ella antes de irte — le aconsejó.

— ¿Para qué? — elevó sus hombros con desconcierto.

— He visto como Ivy te mira — repuso mordaz.

— Déjalo Zack — le pidió Neil sofocado.

— Está bien, chico — lo llamó cariñosamente — anda ven — le dijo — dame un abrazo.

Neil lo miró resignado mientras su hermano lo envolvía en un cálido abrazo.

Capítulo 8

Un estrepitoso ruido en la cocina hizo despertar a Liv con un sobresalto.

Con un respingo que casi la hace caer al suelo la joven agrandó los ojos como platos.

Liv observó la estancia algo confusa. Los rayos del sol entraban tímidamente por la ventana.

Le dolía la cabeza. La suave manta con la que Zack la había tapado aun conservaba su calor.

Liv sonrió al mirar su original estampado infantil.

Imaginó que sería de la pequeña Harley. Eso le despertó una extraña ternura.

Recordó que la noche anterior llovía, y que Zack la había llevado a casa.

¿En qué momento se quedó dormida? ¿Y por qué Zack no la despertó?

Liv se desperezó. Zack había sido muy amable con ella al llevarla hasta su casa.

Se estremeció al pensar en su sonrisa. Tenía que darle las gracias. Era lo menos que podía hacer.

Se levantó del sofá y caminó guiada por el ruido de cacharros hasta la cocina.

Un dulce olor a tortitas de maíz impregnó su nariz. Olía muy rico.

A Liv le encantaban ese tipo de tortitas para desayunar.

En verdad tenía hambre. Ilusionada irrumpió en la estancia esperando encontrar a Zack, pero cual fue su sorpresa que se topó con la figura de una mujer que preparaba la mesa.

Liv la miró extrañada. Sus ojos se empañaron de desazón.

<<¿Quién era esa mujer?>>, se preguntó de pronto con un ápice de celos contenidos.

¿Zack estaba viviendo con una mujer? ¿Su novia? ¿Su prometida? ¿Su amante?

Miles de pensamientos surcaron su confusa cabeza. Liv no pudo evitar sentirse una completa estúpida.

Ella había creído que Zack era distinto a cualquier otro hombre.

La desilusión la embargó interiormente.

— Hola — la saludó amablemente.

Ella dio un repulso ante su inesperada presencia, y a desgana se giró hacia ella.

Gwen la examinó de arriba abajo con desaprobación en sus frías facciones.

Liv se apabulló al ver su hostilidad hacia ella.

— Buenos días señorita Harris — replicó agria.

— ¿Me conoce? — se sorprendió Liv.

— El señor Montana me ha hablado de usted. Sé que es la nueva profesora de la escuela — prosiguió Gwen con su labor.

Liv arqueó una ceja.

— ¿Señor? — repitió extrañada.

— Claro, trabajo para él — dijo la joven — soy la niñera de Harley.

Liv se fijó por primera vez en su cara detalladamente. Era joven.

Más o menos podía tener su misma edad. No era fea. Tenía el cabello negro y ondulado, y era bastante esbelta.

Sus ojos eran negros, espesos, y demasiados oscuros...

— Ah — soltó liberándose de una pesada carga.

Liv suspiró aliviada. El aire volvió a inundar sus pulmones tras aquel incómodo momento.

— No tenía ni idea de que trabajase aquí — alegó Liv al descuido.

Y a Gwen solo le faltó lanzarse a su yugular. Sus oscuros ojos recayeron sobre ella como una losa.

Con desdén la fulminó.

— Hay muchas cosas que usted no sabe — replicó tosca.

A Liv se le congeló la sangre con su respuesta. Esa chica tenía algo, algo extraño en la mirada que no le gustaba.

Contuvo un escalofrío.

— Pues encantada — se presentó Liv.

— Soy Gwen — dijo con frialdad.

Liv miró hacía el fogón donde estaban las tortitas de maíz.

— ¿Hay tortitas? — preguntó inocente.

— Sí, pero son para la señorita Harley.

Liv se sintió fuera de lugar, desplazada ante su descortés comportamiento.

— ¿Sabe dónde está el señor Montana? — replicó nerviosa — debo irme...

Gwen ni tan siquiera la dejó acabar su frase. Fría contestó.

— Supongo que lo encontrará en el establo — y se dio media vuelta sin más palabra.

— Gracias — musitó Liv un tanto desconcertada.

Abandonó la cocina con hambre y caminó hacía los establos.

El sol encandiló sus ojos con fuerza. Hacía un día esplendido.

Liv dirigió sus pasos hacía el cercado. Aquel paraje era realmente maravilloso.

Se detuvo un instante y aspiró hondo el aire. Se sintió reconfortada.

Caminó hasta llegar al cobertizo.

— ¡Hola! — gritó, pero no obtuvo respuesta — ¡Hola!

Liv comprobó que no había nadie. Un ruido cercano al establo llamó su atención.

— ¡Señor Montana! — lo llamó mientras se adentraba en el interior.

Entonces lo vio allí, agachado junto a la cuadra, enfangado en su tarea.

Zack recogía la paja con una pala. Apenas se dio cuenta de su presencia.

El corazón de Liv golpeó velozmente su corazón. De pronto se sintió acalorada.

Zack llevaba la fina camisa de hilo abierta hasta la cintura.

Su pecho al descubierto dejaba ver su enredado vello negro.

Liv tragó saliva nerviosa. Estaba muy atractivo. Sus pulsaciones disparó el ritmo de sus latidos.

Entonces carraspeó abrumada ante la magnitud de sus sentimientos.

— Hola — repitió nerviosa.

Capítulo 9

Zack levantó sus ojos con sorpresa, y sonrió al verla.

— Buenos días señorita Harris.

— Buenos días — respondió Liv.

Zack dejó a un lado su trabajo y se acercó a ella.

— ¿Ha dormido bien? — preguntó atento.

— Sí, desde luego — dijo tímida.

— Me alegro — repuso Zack limpiándose las manos.

— Debo darle las gracias, señor Montana — empezó citando torpemente.

— ¿Por qué? — inquirió él.

Los ojos grises de Zack se clavaron con intensidad sobre los suyos.

Liv contuvo un estremecimiento. Zack no dejó de mirarla.

— P-o-r-r t-r-a-e-r-m-e a su casa — trastabilló con la lengua.

Zack soltó una suave carcajada. Lo cierto es que esa mañana Liv estaba hermosa.

Sus mejillas tenían un color arrebolado que la hacía ser más irresistible a sus ojos.

Dio un paso hacia ella.

— Fue muy amable conmigo — agregó Liv agradecida.

— Solo hice lo correcto, señorita Harris.

Zack luchó contra el impulso arrollador que recorría sus venas.

Estaba tan cerca de sus labios que a duras penas se contuvo para no besarla. ¡Qué locura!

Liv se sintió defraudada con su respuesta. Quizás había esperado algo menos frío.

Liv disimuló su desilusión.

— De todas maneras gracias — atinó a decir mirando hacía el suelo.

Zack se puso serio.

— ¿Me contará qué hacía tan tarde por esa carretera? — la abordó impaciente.

Liv se retorció las manos con nerviosismo.

— Y-o-o-o — tartamudeó incómoda — m-e -e-n-t-r-e-t-u-v-e.

Zack arqueó una ceja mosqueado. Imaginó que tras sus palabras se escondía la acción maliciosa de Lorraine.

De repente se enfureció.

— ¿Tuvo algo que ver la señora Foster? — le inquirió directamente.

— ¡No! — mintió sin atreverse a mirarlo a los ojos — ordené unos archivos y se me hizo tarde.

— Señorita Harris — murmuró Zack levantándole el mentón dulcemente.

Aquel leve contacto le erizó la piel. Un nudo ahogó a Liv que reprimió un sollozo.

— Dígame la verdad — le insistió este.

— E-s l-a-a - v-e-r-d-a-d.

A Zack no le convencieron sus palabras. En realidad Liv no sabía mentir.

Admiró de cerca el rubor de sus mejillas. Su pecho subía y bajaba a un ritmo bastante frenético.

Zack se quedó hipnotizado al mirar sus ojos verdes. Sus labios entreabiertos lo tentaron demasiado.

Zack se acercó a ellos, y a punto estuvo de besarlos cuando milagrosamente Harley apareció con su habitual revoloteo.

— ¡Papá! — gritó la niña corriendo hacía ellos con ímpetu.

Abrumada Liv se ruborizó de pies a cabeza. Zack la miró con anhelo.

— Hola pequeña — alzó a Harley entre sus brazos.

La niña rió feliz.

— ¡Liv! ¡Liv! — chilló entusiasta.

Liv la miró con ternura.

— Hola preciosa — le dijo.

La pequeña se subió con soltura sobre su regazo. Liv soltó una suave risa.

Zack reprendió a su hija con tono severo.

— Harley, cariño, es la señorita Harris — le intentó explicar.

— Déjela — repuso Liv — a mi no me importa, además creo que ya es hora de que nos tuteemos, ¿no?

Zack la observó intensamente.

— Si, claro, si es lo quiere... quieres — rectificó torpemente.

A Liv se le iluminaron los ojos. Con vehemencia asintió.

Zack pareció complacido.

— Entonces... Liv — musitó su nombre con deseo.

Ambos se miraron fijamente mientras Harley jugueteaba.

Era una escena idílica, preciosa, como la de una verdadera familia.

Pero Gwen rompió la magia cuando entró en el establo.

Sus fríos ojos se clavaron con recelo sobre la joven.

— Señor Montana — repuso cogiendo a Harley — discúlpeme por dejarla entrar aquí.

— No se preocupe Gwen — restó importancia Zack — todo está bien.

— Siento si ha interrumpido algo — dejó caer mordaz.

Zack pareció molesto ante sus palabras.

— Mi hija nunca molesta, Gwen.

— ¡Oh! — repuso sulfurada — no fue mi intención decir eso.

La muchacha se retorció las manos con impaciencia.

— Está bien, tranquila, puede volver a sus labores — dijo quedándose con Harley — ya me ocupo yo.

— Si señor — replicó Gwen de mala gana. Y antes de salir fulminó con total desprecio a

Liv.

— ¿Por dónde íbamos? — le insinuó ávido.

A Liv le temblaron hasta las pantorrillas. Completamente abochornada repuso.

— M-e t-e-n-g-o- q-u-e- i-r.

— ¿Tan pronto? — inquirió descontento.

— No quiero llegar tarde al colegio — añadió como excusa.

— Ah, entiendo — repuso con rapidez — si quieres yo te llevo.

— ¡No! — exclamó con sobresalto — no hace falta.

Liv caminó con premura hacía la puerta.

— ¡Espera! — la llamó Zack.

Ella se giró temblorosa.

— Dentro de tres días será Acción de Gracias — empezó diciendo Zack — y quiero invitarte a cenar con nosotros.

— No creo que sea buena idea — objetó confusa.

Zack frunció el ceño.

— ¿Por qué no?

— No quiero causar ningún conflicto — pensó en Gwen.

— No habrá conflicto — dijo Zack convencido — Harley — miró a su hija antes de formularle aquella pregunta — ¿quieres qué Liv cene con nosotros?

— Siiii — chilló con alegría.

Zack sonrió con complicidad.

— ¿Ves?

— Ya — suspiró resignada.

— No puedes decirnos que no — se quejó Zack.

— Vale — replicó Liv — cenaré con vosotros.

Harley se mostró entusiasta y Zack también, aunque trató de disimularlo.

— Pues entonces nos vemos — sonrió.

— Sí — contestó Liv sonrojada ante su mirada.

Capítulo 10

Las chicas se reunieron en casa de Emma para ultimar cada detalle del bautizo del pequeño Henry.

Hacia poco más de mes y medio que había nacido y era la alegría de toda la familia Montana.

Emma quería que la celebración fuese antes de navidad, con todos los miembros reunidos para el acontecimiento.

Quería que fuese algo especial, que no faltase detalle alguno en el bautizo de su primer hijo.

Henry era el mayor regalo que le había dado la vida.

Nunca imaginó que allí en aquel recóndito lugar encontraría la felicidad soñada.

Era muy feliz, y quería compartir aquella felicidad con sus amigas, en especial con Liv, con quien tenía una conexión de hermanas.

Ahora que Liam había vuelto a retomar sus estudios, Emma se sentía un poco sola, pero Liv nunca le fallaba.

Se alegraba un montón de que al final se hubiese quedado a vivir en Texas.

Tenerla cerca la reconfortaba, aunque también era cierto que desde que había llegado Liv estaba rara.

Emma la conocía muy bien, y sabía que algo le ocultaba.

No sabía el qué, pero Liv no parecía aquella muchachita alegre y cándida que dejó en Nueva York.

Tendría que hablar con ella. Había tomado la decisión junto a Liam de que Liv y Zack fuesen los padrinos del pequeño.

No encontró candidatos mejores que ellos para su hijo.

En caso de que algo malo les sucediese cuidarían de Henry.

A Liv le encantaban los niños. Era cariñosa, protectora, y sería sin duda una gran madre.

Sería la mejor madrina del mundo. Mimaría a Henry, le daría cariño, amor, y era todo cuanto Emma deseaba.

Aun no le había dicho nada, pero estaba segura de que ambos aceptarían.

Emma preparó una cafetera bien llena de café e hizo galletas aprovechando de que Henry dormía plácidamente en el capazo.

Hacía meses que las chicas no se reunían. Emma se encontraba muy ilusionada.

La primera en llegar fue Ivy. Emma la recibió con entusiasmo.

Desde que Ivy había empezado sus estudios de matrona andaba un poco ausente.

La joven compaginaba su trabajo con la universidad. Ivy era muy independiente aunque también muy familiar.

Su familia era gente muy humilde. Todos eran granjeros.

Ivy tenía dos hermanos. Toby era dos mayor que ella, y Kate, de diez años, era la menor.

Su hermano era granjero como su padre. Ambos sacaban adelante el rancho familiar, mientras que su madre, ama de casa, se dedicaba al cuidado de su hija.

Ivy quería estudiar para que sus padres se sintiesen orgullosa de ella.

Pero el sueño de Ivy era poderles dar una vida mejor.

Su padre llevaba enfermo del corazón varios años, y el coste médico era demasiado elevado.

Por ello cada día se esforzaba más por alcanzar su meta.

— ¡Ivy! — la abrazó con cariño — ¿Qué tal todo?

— Bien — repuso tomando asiento.

— ¿Cómo llevas los exámenes de navidad? — Emma tomó asiento a su lado.

Ivy se veía cansada. Su rostro estaba algo pajizo, y bajo sus párpados había una fina capa morada.

Sus ojos ambarinos la observaron.

— Bien — dijo — aunque el trabajo no me deja el tiempo que quisiera para estudiar — y añadió — ¿y tú qué tal de mamá? ¿Te da mucha guerra Henry?

Emma soltó un largo suspiro. Sonrió con amor y miró la figura dormida de su bebé.

— Que va, Henry es un ángel — respondió orgullosa — pero me siento algo exhausta.

— ¿Y eso? — inquirió Ivy.

— Los últimos meses tras su nacimiento han sido frenéticos, y con Liam estudiando, apenas tengo tiempo para mi.

— Es lógico que tu vida haya cambiado — expresó Ivy.

— Ser mamá agota, pero no lo cambiaría por nada del mundo — repuso feliz.

— Te entiendo.

Emma sacudió la cabeza con vehemencia y soltó una pequeña risa.

— No — replicó con júbilo — no me entenderás hasta que no seas madre tú también.

Ivy no pudo evitar sonrojarse al pensar en Neil. El joven seguía sin declararle sus sentimientos.

Hacía días que andaba preocupada. Había oído el rumor en la taberna de que Neil se había alistado en el ejercito.

El miedo se apoderó de su cuerpo y de su mente. Si era cierto Neil se marcharía a la guerra.

Nunca le había dicho que estaba enamorada de él. Siempre había esperado que fuese Neil quien se lanzase.

Pero él parecía no decidirse, y el corazón de Ivy empezaba a resquebrajarse.

Andrew Calson le había pedido en más de una ocasión salir.

Era el ayudante del médico del pueblo, y futuro licenciado en medicina. Según su familia era un gran partido.

Andrew estaba loquito por ella, pero sin embargo Ivy prefería esperar a Neil.

Ivy solo sentía por él afecto. Sabía que era un buen chico, pero no quería darle falsas esperanzas, aunque su padre se empeñase en querer que ambos formalizaran una relación.

— Espero ser madre pronto — musitó pensativa.

— Seguro que sí — agregó Emma — solo te falta encontrar al hombre perfecto.

Ivy se sonrojó de pies a cabeza ante su comentario.

La amena conversación de las jóvenes quedó interrumpida por la llegada de las chicas.

Capítulo 11

Distraída en sus propias cavilaciones Liv apenas prestó atención a la discurrida conversación de sus amigas.

Durante todo el día no había podido dejar de pensar en Zack y en su invitación para Acción de Gracias.

Era una autentica locura. Liv no había podido negarse, aunque lo había intentado.

Aun sentía como miles de mariposas revoloteaban sobre su estómago.

¿Era aquello amor? Liv se sintió aturdida. Ella no podía enamorarse. Ella no era digna de ningún hombre.

Un nudo de congoja la azoró. De repente se sintió angustiada.

Brittany rió a su lado ante un comentario de Emma.

La joven abrió la boca y soltó jocosa.

— ¡Tú me robaste a Liam!

— ¿Quién yo? — inquirió Emma con suma inocencia.

— ¡Sí! — replicó divertida — yo soñaba con él antes de que tu llegaras con tus aires de pija neoyorquina.

— ¿En serio? — objetó boquiabierta.

— ¡Ya lo creo! — repitió — pija total.

— No soy ninguna pija — se defendió intentando parecer enfadada.

— Liam prefirió a Emma — intervino Rose — confórmate.

— Ya lo veo — suspiró con dramatismo.

Ambas jóvenes rieron al unísono.

— Aun te queda Zack — dijo Emma con picardía.

— O Neil — añadió Rose mordaz.

Ivy dio un respingo en su asiento. En ese momento miró a su amiga con ganas de degollarla por completo.

Brittany contuvo una carcajada.

— No, no, déjalo, paso de los Montana — y agregó recelosa — no quiero más complicaciones, además paso de los hombres — bufó incontinentemente.

— ¿Y de Jim qué me dices? — la codeó Rose con malicia.

— ¿Quién es Jim? — preguntó Emma.

— Jim es el hijo de Vince, el herrero — le explicó Ivy.

— Vaya — sonrió traviesa — así que tienes un pretendiente, ¿no?

Brittany suspiró resignada.

— No quiero nada con Jim — presumió arrogante.

Rose rió ante su ceño fruncido. Emma observó a Liv, preocupada.

Hacia rato que estaba demasiado callada.

— Liv — la nombró — ¿Estás bien?

Las otras chicas se giraron hacia ella. Liv levantó sus ojos.

— ¿Qué? — dijo confusa.

— ¿Te ocurre algo? — inquirió Ivy.

— Hoy estás muy callada — repuso Rose.

Liv soltó lentamente el aire de sus pulmones.

— Zack me ha invitado a pasar Acción de Gracias en su rancho — dijo aturullada.

Brittany escupió el buche de café de su boca.

— ¡Qué! — gritó incrédula.

— ¿Te refieres Zack Montana? — inquirió Ivy.

— ¿Y qué otro Zack va hacer? — intervino Rose impaciente ante la noticia.

— Calla — le ordenó Brittany.

Emma tuvo que poner orden para que Liv hablase.

— Chicas — les llamó la atención.

— Vale — refutó Rose.

Liv se sintió más relajada. Emma se sentó a su lado y cogió con cariño sus manos.

— ¿Cuándo te ha invitado Zack? No sabía nada.

— Esta mañana — respondió Liv.

— Pues cuando se entere Lorraine verás tu — replicó Brittany con retintín.

— ¡Bri! — la reprendió Emma ante su comentario.

— Todas sabemos que esa mujer anda tras Zack como una loca — alegó encogiéndose de hombros.

— ¿Y tu qué le has dicho? — preguntó Emma.

Liv se removió inquieta.

— No he podido negarme — dijo.

— Pero creía que este año lo pasaríamos juntas — replicó Emma descontenta.

— Lo se — se avergonzó Liv — pero Zack me lo ha pedido... — no pudo terminar sus palabras y miró hacía el suelo.

— ¿Te gusta Zack? — preguntó Rose.

A Liv le sudaban las manos. Nadie percibió aquel detalle salvo Emma.

— ¡No! — exclamó — simplemente me dio pena por la pequeña Harley — se escudó incómoda.

Emma miró las facciones de su amiga y una sonrisa cómplice curvó sus labios.

Cuando Liv mentía se ponía extremadamente nerviosa.

— Lo siento — se disculpó torpemente.

— No importa — replicó Emma — habrá más años para celebrarlo juntas, ¿no?

Su sonrisa iluminó la estancia.

— ¿No estás enfadada?

— En absoluto, te quiero como a una hermana — la abrazó efusiva.

— Y yo a ti — dijo con los ojos llorosos.

— Y ya que estamos reunidas — empezó diciendo Emma — quiero pedirte algo.

Todas se quedaron expectantes.

— Claro — repuso Liv — lo que quieras.

Emma carraspeó emocionada. Se acercó al capazo de su bebé y lo cogió entre sus brazos mientras lo acunaba.

— Liam y yo hemos decidido que tu seas la madrina de Henry.

— ¡Cómo! — saltó incrédula — ¿Yo?

— ¿No te gusta la idea? — dijo Emma y puso al pequeño en su regazo.

Liv miró al bebé con suma ternura.

— Sí — musitó — me encanta, pero...

— No hay peros Liv, sé que Zack y tu seréis los mejores padrinos del mundo.

— ¿De verdad? — sollozó feliz.

— Por supuesto — la animó con sus palabras.

El pequeño Henry lloró y Liv lo acunó suavemente.

Emma se emocionó al ver aquella estampa.

— Los niños te adoran — expresó convencida.

Liv contempló orgullosa los mofletes de Henry.

— Y yo a ellos — murmuró besando su frente.

— Algún día serás una madre estupenda — dijo Emma.

Liv dio un respingo repentino y nerviosa le entregó a su hijo.

— No lo creo — musitó con dolor.

Emma la miró extrañada.

— ¡Pero qué dices!

Liv se dio la vuelta y ocultó las lágrimas sobre sus ojos.

Sorbió fuertemente por la nariz y repuso cambiando rápidamente de tema.

— ¿Y para cuándo será el bautizo?

— Sí, ¿para cuándo? — inquirió Ivy.

Emma depositó de nuevo al bebé en el capazo.

— Queremos que sea antes de navidad — respondió sin apartar sus ojos de Liv.

— Bien, fiesta — agregó Brittany entusiasta.

Emma no le prestó atención a sus palabras y siguió mirando a su amiga.

Liv estaba rara, no le cabía duda, y tarde o temprano acabaría averiguando que era aquello que tanta la atormentaba.

Capítulo 12

Zack se presentó de improviso en el colegio para hablar de una vez por todas con Lorraine.

Esta vez se había excedido de la raya, y Zack empezaba a estar verdaderamente enojado con su juego obsesivo.

Alguien tenía que pararle los pies a esa mujer. De solo pensar en lo que le podía haber ocurrido a Liv en esa solitaria carretera lo abrumaba.

Si él no la hubiese encontrado, sola, desamparada, a esas altas horas de la noche...

Un nudo le oprimió la garganta con un sofoco que lo enfureció.

¡No! Lorraine tendría que dar la cara. Él se encargaría de ello.

Zack cruzó rápido el pasillo y se plantó con los brazos en jarra delante de la puerta.

Sin previo aviso entró dentro. Lorraine botó de su asiento con aparente sorpresa.

— ¡Zack, querido! — expresó con tono zalamero — que agradable verte.

Los ojos de Zack la degollaron sin piedad. La furia hirvió en su iris.

Con genio la encaró directo.

— No es una visita de cortesía — la sacó de su error rápidamente.

Lorraine notó su evidente enfado. Se levantó con su insinuante movimiento de caderas, y se apresuró a su lado.

— ¿Te ocurre algo? — inquirió con fingida inocencia.

Pero a Zack no lo engañaba con su dócil apariencia, la conocía muy bien.

— ¿Por qué haces esto, Lorraine? — Zack arqueó una ceja dubitativo — ¿por celos?

Lorraine lo miró sin entenderlo.

— No se de que me hablas, querido.

— Deja de llamarme querido — explotó colérico.

— Veo que estás de muy mal humor — objetó ella rodeando la mesa.

— Deja de comportarte como una niña — la reprendió severo.

— ¿No te gusta? — alegó coqueta.

— No — dijo, y agregó serio — no se a lo que juegas, pero quiero que dejes en paz a la señorita Harris.

Lorraine abrió la boca con mesura. Su semblante risueño se oscureció.

— ¿A qué te refieres?

Zack intentó contenerse.

— Lo sabes perfectamente — la amenazó tintineante — Liv no te ha hecho nada, no la metas en tu particular obsesión.

— ¿Liv? — Lorraine carcajeó con malicia — ¿Desde cuando tienes tanta confianza con esa forastera?

Lorraine evitó mostrarse herida. Altiava lo miró.

— Liv no es ninguna forastera, como tu la llamas — replicó molesto.

— ¿Y entonces qué es? — insinuó ávida.

— Simplemente es una amiga — se mintió a si mismo.

— Ya — arrastró su desconfianza.

— Déjala en paz — siseó entre dientes.

— ¿Me estás amenazando? — se escandalizó a punto de gritar.

— ¡Dios me libre! — replicó con sarcasmo.

Lorraine estuvo a punto de echarse a llorar. A Zack le dieron arcadas tanto dramatismo.

— Pensé que éramos algo más que amigos — dijo acercándose descarada.

— Nunca te he dado pie a pensar eso, y lo sabes — objetó reacio.

— Tan poco has sido sincero conmigo — lo contraatacó ella.

— ¿De qué demonios hablas?

Lorraine puso morritos.

— Del beso — le recordó mordaz.

— ¡Qué! — gritó incrédulo.

— Me besaste Zack — repuso Lorraine con altivez.

— ¡Estaba borracho! — exclamó este.

Ella se encogió de hombros.

— ¿Y qué? — dijo — me besaste.

— No sabía lo que hacía, acababa de perder a mi mujer, estaba destrozado — se justificó Zack.

— Te arrojaste a mis brazos — presumió ella.

— ¡Eso no es verdad! — pareció sulfurado con su acusación — deja de meterte en mi vida, Lorraine — le rogó Zack con pausa.

— ¿Y sino no quiero? — le dejó caer.

Zack giró sobre sus talones con furia.

— ¡Se acabó Lorraine! — tronó cansado.

— Ella no te conviene — alegó arrogante.

Él la miró con lastima.

— ¿Y tu si?

— Zack — lo nombró melosa, e intentó besarlo.

— ¡Basta Lorraine! Nunca saldré contigo, ni nunca te amaré — le soltó sincero — búscate a otro hombre que te haga feliz.

— Pero te quiero a ti — musitó ronca.

— Pero yo no — repuso claro.

— Quizás con el tiempo... — insistió.

— Olvídame — agregó Zack con pesadumbre — nunca podrás sustituir a Esmeralda en mi corazón.

Los espesos ojos de Lorraine lo miraron con resquemor.

Su rostro se volvió de escarcha. Zack se dio media vuelta y la encaró.

— Adiós Lorraine.

Ella la observó rebotada. La ira emblanqueció sus nudillos.

Lorraine apretó la mandíbula para no gritar. Con una sonrisa torcida Zack abandonó el aula.

Conteniendo el aire Lorraine lo fulminó con la mirada.

Bufó pateando el suelo con rabia.

— ¡Maldita zorra! — siseó entre dientes — Zack es mío.

Lorraine dio vueltas completamente desquiciada. Tenía que idear un plan para deshacerse de esa forastera.

Fuese como fuese tenía que alejarla de Zack. Se libraría de ella, sí.

Capítulo 13

Frente al espejo del tocador Liv no sintió guapa al ver el reflejo de su propia imagen.

Su aspecto era vulgar, a pesar de que le sentaba bien el bonito vestido que Emma le había regalado para conmemorar el primer día de Acción de Gracias en Texas.

Era de gasa voluptuosa, de color verde agua, muy parecido al iris de sus ojos.

Su corte era recto, de cuello redondo y mangas anchas.

Era muy femenino, quizás demasiado atrevido para ella.

Liv agradecía enormemente el detalle que había tenido Emma.

Era muy buena con ella. Desde que había llegado allí, su amiga se había desvivido porque se sintiese como en casa.

La había cuidado, mimado, y lo más importante es que nunca le hizo preguntas.

Liv no estaba segura de estar preparada para contarle a Emma toda la verdad.

Eso la atormentaba. Un nudo le oprimió la garganta mientras una vez más se miró en el espejo, insegura.

Jamás viviría lo suficiente para pagarle a Emma todo lo que estaba haciendo por ella.

Por eso se juró a si misma que cuidaría del pequeño Henry como si fuese su propio hijo.

Al fin y al cabo sería su madrina, y eso conllevaba cierta responsabilidad.

Liv terminó de arreglarse el largo cabello, y se lo trenzó a ambos lados.

Luego cruzó los mechones en un sofisticado moño que le quedó muy bien.

Pellizcó sus mejillas para darles un color natural. De repente se estremeció al pensar en Zack.

Sus pensamientos eran tremendamente inadecuados para su situación.

Debía quitárselo de la cabeza, ¿pero cómo? Cuanto más tiempo pasaba con él más difícil se le hacía ocultar lo que sentía hacía el apuesto vaquero.

Su corazón se aceleró incontrolado. Estaba nerviosa.

Dio varias vueltas sobre sí buscando su propia aprobación a la imagen que le mostraban sus temerosos ojos en el cristal.

Zack jamás se fijaría en una chica como ella, sin cualidades.

Él merecía algo más digno. Una esposa, y madre para su hija que fuese respetable.

Debía asumir esa realidad. Ella jamás se casaría, ni tendría hijos.

Su vida estaba marcada por la desgracia. Contuvo una lágrima para que esta no resbalase por su mejilla.

No quería llorar y que Emma se diese cuenta. Era un día de fiesta, de celebración, y hacía mucho tiempo que no lo disfrutaba en tan buena compañía.

Dejó a un lado sus abrumadores sentimientos y terminó de arreglarse.

Vertió unas gotitas de magnolia sobre su cuello. Le encantaba aquel olor.

Liv se sintió preparada para salir. Cuando bajó al salón se encontró con la sorpresa de que Zack la aguardaba junto al aparador.

Había llegado una hora antes. La impaciencia por verla le había ganado la batalla a la sensatez, y lo cierto es que había merecido la pena.

Cuando la vio entrar tan hermosa, con aquella candidez que desprendía, Zack no pudo evitar estremecerse como un loco chiquillo de quince años.

Realmente Liv estaba encantadora. Aquella muchacha tenía algo que lo desconcertaba.

Liv se ruborizó al sentir su profunda mirada clavada en ella.

Caminó insegura hasta él tratando de no parecer una patosa.

Él sonrió con dulzura y le besó la palma de la mano a modo de saludo cortés.

Aquel simple contacto le erizó la piel a Liv. Zack la observó hipnotizado.

— Buenas tardes, Liv.

— B-u-e-n-a-s t-a-r-d-e-s — titubeó nerviosa.

Zack le entregó un bonito ramo de flores silvestres que había recogido en el camino.

Liv las miró incrédula.

— ¿Son para mí? — pareció extrañada.

— Pensé que te gustarían — se mesó el pelo recordando que eran las flores preferidas de su mujer.

Los ojos de la joven se iluminaron.

— ¡Me encantan! — soltó una ligera risa musical que inundó el corazón de Zack.

Liv las olió con inocencia. Aquel gesto lo abrumó inconscientemente.

— Me alegro — repuso un tanto incómodo.

Ella sonrió con timidez.

— Estás muy guapa — le dijo sincero.

— ¿De verdad? — se ilusionó como una niña.

Él asintió vehemente.

— Estás preciosa con ese vestido — y repuso — hace juego con el color de tus ojos.

Liv miró hacia el suelo avergonzada por sus bonitas palabras.

— Gracias — atinó a decir sin balbucear.

Zack cambió rápidamente de tema.

— ¿Te apetece qué demos un paseo a caballo?

— No se montar — contestó con torpeza.

— ¿En serio? — inquirió.

— Sí.

— No importa, iremos andando — replicó ofreciéndole su brazo.

Liv se agarró de él con firmeza. Hacía un día sumamente maravilloso.

Pasearon tranquilamente por la ladera del río. Zack llevaba a “Morvin” a su lado derecho.

El semental iba muy contento. El sol brillaba radiante sobre las montañas y el aire era cálido y agradable.

— ¿Dónde está Harley? — le preguntó Liv extrañando la presencia de la pequeña.

— La he dejado con Gwen — contestó Zack mientras se sentaban sobre la hierba.

— Es una niña muy especial — repuso taciturna.

— Se parece a su madre — repuso con amor.

Un nudo le oprimió la garganta. Liv tuvo la necesidad de preguntar.

— ¿Y cómo era tu esposa?

Se arrepintió al primer segundo de su osadía cuando vio el dolor reflejado en los ojos de Zack.

Rápidamente se disculpó incómoda. Liv sintió que había metido la pata.

— L-o s-i-e-n-to, no debí preguntarte eso.

Zack jugueteó con la hierba.

— Era una mujer única — respondió abatido — excepcional.

— No lo dudo — agregó Liv un tanto celosa.

De repente Zack se giró hacia ella. Liv se sintió morir cuando sus miradas se cruzaron.

— ¿Y tú por qué nunca te has casado? — preguntó curioso.

Capítulo 14

A Liv le pilló por sorpresa su pregunta. De pronto quiso que la tierra la tragase.

— ¿Yo? — repitió nerviosa.

— ¿Nunca has tenido nadie especial en Nueva York? — se interesó de repente Zack.

Sus mejillas se pusieron coloradas. Liv desvió su mirada hacia el suelo.

— No — respondió aturdida — nunca.

En un impulso incontrolado Zack acarició con su pulgar su mejilla.

Estaba tan cerca de ella que podía sentir como su corazón golpeaba su pecho.

Aquel dulce olor a magnolia impregnó sus fosas nasales.

Zack se controló a duras penas para no besarla. A punto estuvo de que sus labios se rozasen cuando Liv retrocedió atemorizada.

Se incorporó con prontitud y se acercó a “Morvin”. Zack la observó desconcertado por el momento.

Liv acarició el lomo del animal. Este relinchó feliz.

— ¿Me enseñarías a montar? — le preguntó con ilusión.

— Claro — repuso Zack pegando un salto — ven.

— ¿Ahora? — su cuerpo se paralizó.

Zack torció la sonrisa.

— ¿Por qué no?

Liv siguió sus ojos. Zack le cogió dulcemente las manos y se las puso sobre brida de “Morvin”.

Un leve temblor la sacudió por dentro. Zack notó su estremecimiento.

— ¿Tienes miedo? — le musitó junto al oído.

— Un poco — reconoció.

— Yo estoy aquí — repuso con la voz ronca — no dejaré que te pase nada.

— ¿Y si me caigo? — dijo Liv.

— ¿Confías en mí? — la miró apasionado.

A Liv le costó tragar saliva. Estaba tan cerca de sus labios que le costaba respirar.

— Sí — respondió firme.

Zack colocó su pie derecho con cuidado sobre el estribo y la ayudó a subir al caballo sin soltarla.

Liv se agarró fuerte a la brida. No tuvo miedo. Zack estaba a su lado, no la dejaría.

Una sensación de alegría la embargó. ¡Estaba montando a caballo por primera vez, y era algo maravilloso!

Zack cogió las riendas de “Morvin” y lo guió ladera arriba.

El viento golpeó suavemente su cara. Era agradable. Nunca se había sentido tan viva, tan enamorada.

Liv observó al vaquero de reojo y una tímida sonrisa escapó de sus labios.

Los rayos de sol calentaron su frente. Fue un paseo tranquilo hasta el rancho “Esmeralda”.

Oír el silencio, los pajarillos revolotear, el sonido del río... En Nueva York nunca hubiese apreciado de esa manera la naturaleza.

Al llegar al rancho Zack ató a “Morvin” a la valla y se dispuso a bajarla.

De repente su pie quedó engancho en el estribo y Liv cayó en sus brazos sin equilibrio.

Por suerte Zack la sostuvo pegándola a su pecho.

— Tranquila — le dijo depositándola en el suelo.

En realidad se negaba a soltarla. Alargó el momento de dejarla en el suelo.

Liv se perdió en sus ojos grises. Su corazón latió frenéticamente.

Ambos se miraron con deseo. Zack acercó peligrosamente su boca a la suya.

En ese preciso instante la cantarina voz de Harley interrumpió el momento.

Liv dio gracias al cielo de que fuese así. La pequeña corrió hacia los brazos de su papá

brincando de alegría.

Tras ella apareció la agria figura de Gwen.

— ¡Papá!

— Hola tesoro — la cogió con tanto amor que a Liv se le encogió el corazón.

— Hola, Liv — la saludó la niña con ímpetu — ¿Te quedarás conmigo? — se subió a su regazo.

— Si, mi amor, siempre — dijo besando su frente.

Zack observó la ternura de la joven. Harley adoraba a Liv, y él empezaba a sentir algo parecido.

Con emoción contempló la escena. Gwen se acercó deprisa.

— Hola señor Montana, ¿qué tal su paseo?

Sus ojos negros se desviaron con hastío hacia Liv.

— Bien Gwen — fue escueto, y agregó — ponga un plato más a la mesa.

— ¿Cómo? — preguntó sin entender.

— La señorita Harris se quedará a cenar con nosotros.

Zack miró con intensidad a Liv. Esta se sonrojó y asintió.

A Harley le hizo feliz que se quedase, pero a Gwen no le hizo ninguna gracia.

Con desagrado acató la orden y desapareció.

— ¿Siempre es así? — quiso saber Liv.

— Gwen es buena chica, solo le cuesta adaptarse a la gente nueva — arrastró suavemente sus palabras.

— ¡Papá, papá! — gritó Harley con entusiasmo — juega conmigo.

— ¿Ahora?

Zack la miró suplicante. Liv rió.

— Iré a la cocina a ayudar a Gwen — se ofreció con amabilidad, y a Zack le pareció perfecto.

Capítulo 15

Cuando Liv entró en la cocina sus intenciones solo eran la de ayudar a la joven.

Sin embargo esta no la recibió con alegría. Su presencia le desagradaba, y Gwen no trató de ocultarlo.

La miró de arriba abajo como si hubiese querido asesinarla.

A Liv le entraron escalofríos por todo el cuerpo, pero no se amedrentó ante su actitud reacia.

— ¿La ayudo? — preguntó amable.

Gwen se giró hacia ella con prontitud.

— No me hace falta su ayuda, señorita Harris, yo me basto sola para servir al señor Montana — ironizó sus palabras.

— No pretendía ofenderla — repuso Liv abrumada.

Gwen la increpó de mala gana.

— ¿Ah no? Pues no lo parece.

Se acercó hasta una vitrina y sacó una reluciente vajilla.

En el horno cocinaba un pavo relleno. En Texas era tradición servirlo con una salsa de arándanos.

— No la entiendo — trató de defenderse.

— Desde que ha llegado se lo que pretende con el señor — le soltó mordaz.

— Se equivoca, Gwen.

— No me diga — sonó sarcástica — todas las señoritas de la gran ciudad se creen lo mismo.

Gwen torció la sonrisa a modo de desdén. Liv se sintió ofendida.

— ¿A qué se refiere?

— Creen que pueden llegar aquí, a un recóndito lugar de Texas y cazar a un buen partido, ¿verdad?

— Yo no soy de esas — se defendió Liv con orgullo.

— Todas son iguales — escupió con desprecio.

— Usted no conoce mi vida — dijo Liv.

— Ni falta que me hace — la contraatacó Gwen.

— ¿Entonces por qué me odia?

Esta soltó una carcajada.

— ¿Odiarla? No se confunda, he visto sufrir demasiado al señor Montana.

De golpe depositó los platos sobre la mesa.

— Nunca le haría daño — agregó Liv.

— Ya — meneó la cabeza con disgusto — si quería ayudar haber traído una tarta de manzana — objetó la joven.

— ¿Una tarta de manzana?

— Es la favorita del señor.

Gwen se acercó hasta el horno y sacó el pavo.

— Disfrute de la cena, señorita Harris — le sonrió con malicia.

{¿Una tarta de manzana?}, pensó Liv. Hacía siglos que no cocinaba repostería, pero ¿por qué no?

Si a Zack le hacía feliz... Ilusionada se puso a buscar los ingredientes.

Encontró huevos, harina, mantequilla, vainilla, y manzanas.

No le llevó mucho tiempo elaborarla. Luego la metió en el horno y la cocinó durante treinta minutos.

Una vez terminada se sintió muy satisfecha con su trabajo.

Cuando Zack entró a la cocina de la mano de Harley se llevó una sorpresa al ver la tarta en la mesa.

Su mirada se oscureció con enfado.

— ¿Y eso? — preguntó.

— Tarta de manzana — expresó Liv — la he hecho yo.

— ¿Tu? — arqueó una ceja.

— Sí — pareció decepcionada con su reacción — Gwen me dijo que es tu tarta favorita — repuso un tanto incómoda.

— Mamá — saltó la pequeña Harley, y repitió — mamá, tarta.

En los ojos de Zack apareció el dolor.

— Era la tarta favorita de Esmeralda.

Liv se tapó la boca con culpa.

— Lo siento mucho, no pretendí...

— No lo sabías — la cortó Zack de mal humor — Harley ve a lavarte, tesoro — le indicó a la niña.

Zack se acercó hasta la mesa de mala gana.

— Lo siento — se disculpó de nuevo — debí entender mal a Gwen.

— Déjalo, Liv — le pidió Zack — quiero que Harley disfrute de este día.

Ella asintió aguantando una lágrima. Estaba claro que ella no encajaba en aquella familia.

Una congoja la embargó por dentro. Liv se sintió fuera de lugar.

El comienzo de la cena fue algo tenso, pero Harley con su espontaneidad y alegría no dejó de alborotar el ambiente, y poco a poco el enfado de Zack fue quedando en un segundo plano.

Disfrutaron del momento entre charlas y risas. La pequeña no dejaba de parlotear con aquella característica frescura de sus tres años.

Liv clavaba sus ojos sobre el plato mientras Zack trinchaba el enorme pavo.

De reojo lo observaba con disimulo. Al final de la comida Harley pidió tarta, y Zack se animó a probarla.

Quedó gratamente sorprendido. Resultó que la tarta de manzana de Liv estaba exquisita.

El toque a vainilla era muy parecido al que le solía dar Esmeralda.

Un poco taciturno estuvo pendiente en todo momento de Harley.

La niña parecía disfrutar, y sin embargo él se había comportado como un verdadero estúpido con Liv.

Estaba arrepentido de su actitud. Nunca debió hablarle de esa manera.

La joven tan solo había querido tener un detalle y él se lo pagaba de esa manera.

No era justo. Liv no era culpable de la muerte de su esposa.

Era una joven dulce, atenta, y demasiado cándida. Zack se maldijo en silencio.

¿Por qué tenía que comportarse como un energúmeno?

Quiso disculparse, pero no supo por donde empezar.

Se llevó un trozo de tarta a la boca y dijo con una sonrisa.

— Está muy rica, te felicito.

Liv se atrevió a mirarlo.

— Gracias — repuso con modestia.

— ¿Dónde aprendiste a cocinar así? — se interesó Zack.

Liv se removió inquieta en su silla. De repente se atragantó con una pequeña porción.

Tosió repetidas veces llamando inconscientemente la atención de Zack.

A Liv le costó responder a su pregunta.

— Me enseñaron las monjas.

Capítulo 16

Sorprendido Zack arqueó una ceja.

— ¿Las monjas? — repitió extrañado.

Liv tragó saliva, nerviosa. Zack la miró expectante aguardando su respuesta.

Harley empezó a gritar en su silla.

— ¡Papá, papá!

— Ahora no, tesoro — dijo Zack sin apartar su mirada de Liv.

— No me encuentro bien — repuso la niña con disgusto.

Zack se giró hacia la pequeña con preocupación.

— ¿Qué te ocurre, cariño?

Harley bajó de su silla y corrió a su regazo.

— Tengo mucho frío — sollozó.

Zack tocó su frente y un surco arrugó su entrecejo.

— Estás ardiendo.

La pequeña empezaba a tiritar. Zack se levantó alarmado.

— Hay que llamar al médico — y gritó — ¡Gwen!

Liv se acercó rápidamente a la niña y la examinó.

Tenía salpullido por los brazos y también el pecho.

— Es sarampión — dijo en tono tranquilizador.

— ¿Sarampión? — repitió Zack con su hija entre sus brazos.

— Sí.

— ¿Estás segura? — pareció preocupado.

Liv le quitó a la pequeña y trató de cubrirla con una manta.

— De niña lo pasé en el orfanato — contestó mientras arropaba a Harley.

— ¿Orfanato? — Zack agrandó los ojos como platos.

— Me crié allí — repuso Liv.

— ¿Y es grave? — sonó alarmado.

— No, solo que es muy contagioso — repuso con una sonrisa.

— Llamaré al doctor Phil — salió en busca de Gwen.

Liv cuidó de Harley. La pequeña tenía mucha fiebre. Tenía que procurar que le bajase un poco.

Buscó algunos paños húmedos. Zack no tardó en volver con Gwen.

— Ya he llamado al doctor — dijo la joven con voz aguda.

La joven se acercó a la pequeña con la intención de cogerla.

Liv la detuvo en seco.

— ¡No la toque! — exclamó.

— ¿Por qué? — inquirió Gwen de mala gana.

— Si no ha pasado el sarampión podría contagiarse también — le explicó Liv controlando el temblor de la niña.

La preocupación asomó a los ojos de Zack.

— Hágale caso, Gwen — le ordenó tosco.

Esta la miró a punto de degollarla.

— ¿Y qué hago?

— Váyase a casa — le dijo Zack — hoy es Acción de Gracias, y aquí no la necesito por ahora.

Zack clavó su mirada en Liv. Sus facciones se relajaron al ver con cuanto amor cuidaba a su pequeña.

— ¿Está seguro, señor Montana? Me puedo quedar si lo desea.

— No — repuso tajante — ya está Liv para cuidar a Harley.

Los ojos de Gwen relampaguearon con un oscuro odio.

— Está bien — dio media vuelta, y se marchó antes de que el doctor llegase.

— ¿Cómo sigue? — preguntó Zack tocando la frente de su hijita.

— Tiene una fiebre elevada — añadió Liv conmovida por su extrema preocupación.

Sin lugar a dudas Zack era un buen padre.

— ¿Mejorará? — inquirió con temor.

— El sarampión es muy común en niños — rió Liv.

Sus facciones se ensombrecieron de repente.

— ¿Has pasado el sarampión de pequeño?

Zack se elevó de hombros.

— No lo recuerdo — contestó.

Liv se puso en plan madre protectora.

— Entonces no deberías estar cerca de ella — le aconsejó cauta.

— Soy su padre — se enervó Zack — no me moveré de su lado.

Su gesto bravucón sonrojó notablemente a Liv. Un leve suspiro escapó de sus labios.

De pronto se sintió sumamente orgullosa. Su corazón se llenó de amor.

El doctor Phil confirmó lo que Liv ya sabía, Harley tenía sarampión.

Tras darles unas pautas a seguir le administró un medicamento y luego la metieron en la cama.

Durante al menos una semana la pequeña no podría salir de su habitación.

Zack se sintió muy agradecido por la ayuda de Liv. Ella había sabido en todo momento que hacer.

No quería que se marchase. Harley la necesitaba... y él también.

¿Pero de qué forma se lo decía? Aquel revelador pensamiento lo abrumó.

Nunca creyó que necesitaría a otra mujer que no fuese Esmeralda.

Las cosas estaban cambiando y Zack era incapaz de controlar sus nuevos sentimientos.

¿Qué otra cosa podía hacer? Inevitablemente Liv estaba calando hondo en su maltrecho corazón.

Capítulo 17

Fue una noche larga. Liv no se movió del dormitorio de la pequeña.

Agotado Zack se fue a regañadientes a su propia habitación.

Confiaba plenamente en Liv. Con ella Harley estaba en buenas manos.

Liv se recostó junto a la niña y le leyó un cuento “Pulgarcito”.

A Harley le encantó y se quedó profundamente dormida.

Liv la arropó y besó varias veces su frente inconsciente de que Zack la observaba tras la puerta.

Fue una imagen que lo conmovió por dentro. Un nudo le oprimió el pecho.

En realidad Liam siempre tuvo razón. Harley necesitaba la figura de una madre.

Abatido intentó luchar contra sus sentimientos. No podía traicionar la memoria de Esmeralda.

Entonces, ¿qué debía hacer con Liv? Esa noche Zack no pegó ojo.

Necesitaba poner en orden sus confusos pensamientos.

Su corazón estaba dividido. Zack vivía un conflicto interior que debía resolver.

Ante todo tenía que pensar como padre. Harley era lo primero para él.

Por la mañana Liv se levantó al alba. A pesar del cansancio acumulado tampoco pudo dormir mucho.

La pequeña descansaba tranquilamente. Ella aprovechó para bajar a hacer el desayuno y dar una vuelta por el rancho.

Estaba inquieta. Nada la relajaba. Observó el rojo amanecer mientras se dirigía al establo.

Con sigilo entró en la cuadra donde estaba “Morvin”. El animal relinchó contento al verla.

Liv acarició su pelaje.

— Hola precioso — le susurró junto a la oreja — ¿Tú tampoco puedes dormir?

“Morvin” la miró sin entenderla y Liv soltó una suave carcajada.

— Pensarás que estoy loca, ¿verdad?

Oyó un fuerte carraspeo tras ella que la alarmó. Al girarse se topó de cara con Zack.

— Yo no lo pienso — dijo jocoso.

Sus ojos grises se clavaron en su mirada con un hondo deseo.

— ¡Oh! — gritó desprevenida — hola.

Él dio dos pasos al frente y llegó hasta su lado. Liv estaba preciosa recién levantada.

— Buenos días, Liv — arrastró dulcemente sus palabras.

— Espero no te moleste que haya entrado a ver a “Morvin” — se excusó torpemente.

— Para nada — respondió Zack — ¿Cómo está Harley?

Liv se movió nerviosa. Las manos le empezaron a sudar.

Su voz le tembló como una hoja.

— Bien, ha dormido casi toda la noche — y agregó — ¿y tú?

— Al contrario que Harley no he pegado ojo — repuso con disgusto.

— Yo tampoco he conseguido descansar — expresó Liv intentando escapar de su penetrador perfume.

— Liv — la nombró Zack apasionado.

— T-e-n-g-o q-u-e irme — trastabilló con la lengua.

Zack le cortó el paso con sus fuertes brazos. Necesitaba con urgencia besarla.

— No te vayas, por favor — le imploró con ímpetu.

Su cálido aliento rozó su cara. Liv se estremeció de deseo.

— No puedo quedarme — miró hacia el suelo.

— Harley te necesita ahora — y calló “y yo”.

Nerviosa se retorció las manos.

— Pero tengo que volver a la escuela sino me despedirán — matizó confusa.

— Yo hablaré con el director — insistió Zack.

— N-o-o -o — tartamudeó.

— Lo conozco de toda la vida, si se lo pido lo entenderá, pero por favor — le rogó encarecido — quédate, al menos hasta que Harley este bien.

Los ojos de Zack la miraron suplicantes. Liv se vio incapaz de negarle aquello.

— Por favor — le pidió enardecido.

Las manos de Zack se agarraron a su cintura y con dulzura la apegó a su pecho.

Liv tembló de emoción.

— Hueles tan bien — le musitó junto al oído.

— Y-o-y-o-o — empezó con la lengua trabada.

— Tan solo dime que te quedarás — arrastró roncamente sus palabras.

— Zack...

Este negó con la cabeza.

— No te soltaré hasta que me des una respuesta.

Zack sonrió pícaro. Acercó sus labios a los suyos y a punto estuvo de besarla cuando su capataz apareció por sorpresa.

— Hola jefe — lo saludó sin ser consciente de la mirada de enfado que le lanzó Zack.

— Hola, Jim.

Liv aprovechó el momento para zafarse de los embriagadores brazos del vaquero.

Aun le temblaba todo el cuerpo. Zack la abrumaba por completo con solo tocarla.

Era algo que Liv no podía evitar sentir. De repente se estremeció arrebolada.

— Tengo que ir a ver a Harley — repuso con excusa.

— ¿Pero te quedarás, verdad?

Liv asintió levemente y Zack soltó una suave carcajada que le inundó todo el corazón.

Capítulo 18

El grito en el cielo lo puso Lorraine cuando se enteró por el director Spencer de que Liv pasaría unos días en el rancho “Esmeralda”.

Al parecer a Gwen no fue a la única que le sentó mal la noticia.

Lorraine no tardó en presentarse en el rancho echa un basilisco.

Estaba que trinaba cuando entró en el salón con aquel revuelo de faldas.

— ¡Zack Montana! — lo encaró — dime que no es verdad.

Zack levantó sus apesadumbrados ojos y la observó sin ánimo.

A la última persona que le apetecía ver en esos momentos era a Lorraine.

Esta hizo un mohín de disgusto. Ni tan siquiera se dignó a preguntar como estaba Harley.

— ¿A qué te refieres? — le inquirió tosco.

— Oh, lo sabes muy bien — sorbió fuertemente por la nariz.

Zack ladeó la cabeza con enfado.

— ¿Ya estás otra vez con uno de tus numeritos? — y agregó — creí que todo había quedado claro entre nosotros.

— Spence me ha dicho que la señorita Harris se tomará unos días libres.

— Ajá — asintió Zack.

— Para quedarse aquí cuidando de Harley — terminó de decir con cierto dramatismo.

— Cierto — concordó bajo su atónita mirada — mi hija tiene sarampión.

— Ya — se elevó de hombros — Dylan también lo tuvo y no por eso se murió — replicó fría.

— Necesita cuidados, Lorraine — repuso Zack asqueado.

— ¿Y para qué está Gwen?

— Gwen no puede cuidar de ella — alegó este.

— ¿Y prefieres a una forastera que cuide de tu hija antes que yo? — pareció ofendida.

Tras la puerta Liv oía toda la conversación. No había sido su intención la de espiar.

Simplemente había pasado por allí en el momento equivocado.

Agazapada escuchó la acalorada discusión entre ambos.

Un nudo le oprimió la garganta.

— ¿Hubieses venido tú a cuidarla? — le lanzó Zack sarcástico.

Lorraine guardó silencio y Zack respondió por ella.

— Los dos sabemos que no — ironizó cansado.

— No sabes nada de ella — trató de convencerlo.

— Es buena y cariñosa con Harley — atajó.

— Y aun así no conoces su vida — siguió Lorraine en su misma línea.

— Sé lo suficiente — dijo Zack.

— ¿Lo suficiente? — se enervó.

— Ajá.

Lorraine movió el pelo con soltura.

— ¿Estás seguro de que Harley está en buenas manos? Podría ser una desquiciada o una loca — matizó preocupada.

— No sigas por ahí, Lorraine — le advirtió con enfado.

Una lágrima rodó por la mejilla de Liv. Sus ojos rápidamente se anegaron de lágrimas amargas.

— Deberías investigar antes a quien metes en tu casa — lo azuzó ella.

En ese momento Liv salió corriendo despavorida. Zack vio como una figura se alejaba por el pasillo.

Imaginó que la joven lo habría oído todo. Se maldijo en silencio.

— Agradezco tu preocupación, Lorraine — caminó raudo hacia la puerta — ero no creo que Liv sea ningún peligro para Harley.

— Pero...

Lorraine abrió la boca con sorpresa.

— Que tengas un buen día — dijo abandonando con prisa la estancia.

Durante un rato Zack buscó a Liv por todas partes. Necesitaba hablar con ella.

Estaba preocupado. No sabía si Liv se habría marchado tras escuchar la conversación con Lorraine.

Un nudo de angustia lo sofocó por dentro. Alterado entró en el cobertizo.

Cuando la vio un hondo suspiro de tranquilidad escapó de sus labios.

¡Estaba aun allí! Zack caminó despacio hacia ella. No quería asustarla, solo hablar.

Su corazón golpeaba frenéticamente su pecho. Zack apenas podía controlar la pasión que sentía.

La observó temblar de espaldas.

— Liv — musitó ronco.

La joven se giró con lágrimas en los ojos. Su expresión le hirió el alma.

— Es verdad que no sabes nada de mi — expresó rota.

— Y no necesito saberlo — respondió compungido — solo me basta que estés aquí.

Liv sollozó impotente.

— Mi vida es muy complicada — añadió con dolor.

— No me importa tu pasado, Liv — pareció apurado.

— No sabes nada — movió su cabeza.

Zack se mostró comprensivo.

— No te haré preguntas.

— La señora Foster lleva razón — la tristeza embargó sus ojos verdes.

— ¿En qué? — preguntó afligido — Lorraine dice muchas tonterías.

Zack se acercó a su lado y cogió dulcemente sus manos entre las suyas.

— Está celosa — agregó enronquecido.

Liv se estremeció ante aquel contacto.

— Yo no debería estar aquí — musitó con congoja.

Zack le levantó el mentón y miró la profundidad de sus ojos.

— Yo quiero que estés aquí.

Y la besó con una pasión desmesurada. Sus labios buscaron su boca con anhelo.

Hacía muchísimo tiempo que deseaba besarla. Sus labios eran dulces, embriagadores.

Liv tembló de deseo cuando Zack introdujo su lengua dentro de su boca.

Una explosión de calor la inundó por completo. Ningún hombre la había besado nunca como Zack.

Este le rodeo la cintura con los brazos y la atrajo hacía su cuerpo.

Sus lenguas se enredaron al unísono. Zack gimió enronquecido.

Liv se estremeció de anhelo. Su boca se apoderó de sus sentidos, y ya nada importó, solo aquel momento de estar entre sus brazos.

Lo amaba. No era algo que había planeado, pero Zack le había robado el corazón y el aliento.

¿Pero qué pensaría Zack cuándo descubriese su verdadero pasado?

El temor ensombreció a Liv.

Capítulo 19

— ¡Me ha besado! — expresó Liv con júbilo in contenido cuando fue a visitar a Emma esa misma tarde.

Su amiga abrió los ojos con sorpresa.

— ¿Zack?

Una sonrisa iluminada barrió las facciones de Liv.

— Síiii — casi gritó entusiasta — y me ha pedido que me quede en el rancho.

A Emma se le escapó una risa musical.

— ¿Y tú qué le has dicho? — esperó expectante su respuesta.

— Bueno — titubeó — Zack me ha insistido.

— ¿Y... ? — le azuzó Emma impaciente.

— Harley me necesita por ahora — dijo Liv.

— O sea que te quedarás en el rancho “Esmeralda” — y agregó — con Zack.

— Solo es por la niña — se obligó a decir Liv.

— Ya — sonó incrédula.

— Es la verdad — dijo la joven.

— Venga Liv, reconoce que estás loquita por sus huesos — la reprendió Emma.

— ¿Yo? — se sonrojó de pies a cabeza.

Emma se puso seria.

— No lo intentes disimular, te conozco bien, estás enamorada de Zack — le manifestó firme.

No lo podía negar. Tras el apasionado beso en el cobertizo Liv se sintió durante horas flotar en una nube.

Estaba pletórica, pero a la vez asustada. Nunca antes se había enamorado de un hombre.

¿Qué debía hacer ahora? ¿Contarle su secreto? Liv aun no estaba preparada para asumir ese riesgo.

La joven se elevó de hombros con desilusión.

— ¿Y qué si lo estoy? Él no está enamorado de mi.

— Dale tiempo — dijo Emma.

Los ojos de Liv se empañaron de dolor.

— Zack jamás me amará.

— ¿Por qué dices eso? — se enojó su amiga.

— Él sigue enamorado de su esposa — repuso con amargura.

— Esmeralda murió hace mucho, Zack terminará dándose cuenta de ello — la animó.

Liv sollozó de repente llamando de esa manera la atención de Emma.

— ¿Qué te ocurre? — se sobresaltó.

— Nada — mintió.

Emma se sintió apurada.

— Dime la verdad.

Liv se removió inquieta. Sus facciones empalidecieron notablemente.

— Hay algo que tu no sabes — tartamudeó sofocada.

— Pues cuéntamelo.

— No puedo — gimió Liv.

Emma se acercó presurosa.

— ¿Qué me ocultas? — inquirió preocupada — nunca ha habido secretos entre nosotras, ¿recuerdas?

— Sí — asintió compungida — pero...

Liv no se atrevió a continuar.

— ¿Qué te pasó?

— Emma — musitó con desgarró.

— Se que algo te ocurre, desde que llegaste de Nueva York no eres la misma — hizo incapie en el asunto — ¿Tiene qué ver con el orfanato?

— Y-o-o-o...

— ¿Por qué no me lo cuentas?

— ¿Y qué pensarás de mi? — sus ojos estaban empañados de tristeza.

— ¡No pensaré nada! — la reprendió con cariño — te conozco muy bien.

Impotente Liv lloró como una niña asustada. Emma se empezó a preocupar seriamente.

Liv desvió su mirada hacía la pared.

— Por favor — insistió Emma — tienes que confiar en mi, siempre hemos sido como hermanas.

Liv asintió compungida, sorbió un buche de agua, y caminó hacía una silla.

Los recuerdos aun eran muy dolorosos en su cabeza.

Trató de mantenerse serena.

— Todo comenzó el año pasado con el inicio del curso escolar — empezó diciendo Liv.

— ¿Y qué pasó?

— Un nuevo profesor de lengua — Liv hizo una pausa para tomar aire. Le costaba respirar — llamado William Anderson llegó al centro.

Emma agrandó los ojos expectante.

— ¿Y? — la instó a que continuase.

— Era un hombre muy apuesto, atento, simpático, mucho mayor que yo.

— ¿Cómo de mayor?

— Unos cuarenta y tantos — recordó Liv — al principio todo iba bien. Alguna vez me invitó a tomar algo en plan amigos.

— ¿Se propasó contigo? — preguntó Emma alarmada.

— Yo era joven e inocente — agregó Liv con dolor — y no me pude imaginar sus intenciones.

Emma se cubrió la boca con ambas manos.

— Un día empezó a insinuarse, me acosaba constantemente, me perseguía, le dije que me dejase en paz o se lo comunicaría a la madre superiora, pero William ignoró mis suplicas.

— ¡Dios mío! — musitó Emma temiendo lo peor de aquella historia.

— Llovía — replicó Liv con un hondo quejido — era un día oscuro y frío. No quedaba nadie en el aula. Entonces William apareció de repente y me acosó.

— ¿De qué manera? — insinuó.

Liv lloró desconsolada.

— No pude evitarlo — musitó.

— ¿Qué quieres decir? — replicó Emma totalmente descompuesta.

Capítulo 20

Liv tragó saliva con dificultad. No sabía como iba a poder continuar sin derrumbarse.

Emma se mostró paciente.

— Discutimos — dijo.

— ¿Ese profesor y tú?

— Yo forcejeé con él — prosiguió Liv — pero era mucho más fuerte que yo.

— ¿Qué te hizo? — se escandalizó.

— Me tumbó sobre la mesa, me maniató, y me violó salvajemente — gimió ante aquellas horribles imágenes.

Liv cerró los ojos intentando escapar de sus fantasmas.

— ¡Madre mía! — sollozó Emma abrazándola.

— Me violó allí y no pude hacer nada por evitarlo — añadió rota de dolor.

— ¿Y no lo denunciaste?

— Me quedé embarazada — dijo de pronto.

— ¡Qué!

— Pero al mes tuve un aborto espontáneo y lo perdí — lloró impotente.

— ¡Oh Liv! — se compadeció Emma.

— Era mi bebé a pesar de todo.

— Lo siento tanto — repuso con culpa — debí estar a tu lado, ¿por qué no me lo dijiste? — sonó con congoja.

— Tu estabas liada con ese asunto del psicópata, y luego te marchaste de allí, ¿qué podía hacer?

— Acudir a la policía — expresó Emma.

— No — negó rotundo — William me amenazó de muerte, me dijo que si contaba algo lo pagaría muy caro.

— ¡Maldito hijo de perra! — siseó entre dientes.

Liv ocultó su lloroso rostro entre sus manos.

— ¿Entiendes ahora por qué ningún hombre me querrá? Estoy sucia, mancillada.

— No digas eso — sollozó junto a ella.

— No soy digna de Zack, el merece alguien mejor que yo — replicó rota.

— No hay nadie mejor que tu — le afirmó Emma levantando su mentón — mírame.

Liv levantó sus temerosos ojos.

— Tu no tienes la culpa de todo lo que sucedió, ¿me oyes?

Liv se sintió abrumada, perdida.

— Pero debo alejarme de Zack y de Harley, no soy una buena influencia — alegó decepcionada consigo misma.

— Tu lugar está aquí, no puedes irte ahora Liv — trató de convencerla — ¿Acaso quieres estar huyendo el resto de tu vida?

Liv sorbió fuertemente por la nariz.

— No — contestó firme.

— ¿Entonces qué harás? — le preguntó Emma.

Ella se encogió de hombros, confusa. Una congoja le oprimió el corazón.

— Tienes que luchar por Zack — le aconsejó Emma.

Las lágrimas rodaron por sus entumecidas mejillas. Liv se sintió destrozada ante la incertidumbre.

¿Cómo iba a luchar contra el recuerdo de un fantasma?

— ¡No pienso venderle mis tierras, señor Polaskin!

Zack golpeó con el puño cerrado la mesa del despacho de su abogado, Jack Scott.

Ambas partes se habían reunido para llegar a un entendimiento.

Pero Zack no estaba dispuesto a negociar nada.

— Tranquilícese, señor Montana — le pidió Scott como mediador.

Como abogado y albacea de la familia sabía como debía manejar aquel asunto.

— Escúcheme, señor Montana — intervino un hombre más bajito, elegantemente vestido con traje y corbata, y gafas de cristal grueso — mi cliente le ofrece llegar a un convenio.

Zack soltó una carcajada.

— ¿Convenio?

— Así es — concordó en aquella ocasión el señor Polaskin.

— No me interesa su convenio — atajó Zack firme — mis tierras y las de mi familia no están a la venta, ¿acaso mi hermano no se lo dejó claro la última vez?

— Solo le digo que se lo piense bien, la señora Horwen y el terrateniente Basten ya ha vendido — repuso el audaz abogado.

— ¿Y qué insinúa? — replicó Zack mosca.

— Nada — se elevó de hombros.

— Cálmese — dijo el señor Scott.

— Estas tierras siempre han pertenecido a mi abuelo, Eric Montana y así seguirá siendo — contestó tajante.

— Es una pena que piense así, construir aquí las vías ferroviarias sería muy beneficioso para todos — alegó el señor Polaskin.

— ¿Querrá decir para usted, no? — le lanzó Zack mordaz.

— No se confunda, señor Montana — pareció enojado.

— ¿Podemos hablar un segundo a solas? — le pidió Jack Scott.

Ambos hombres abandonaron el despacho y Zack quedó a solas con su abogado.

El señor Scott ojeó una vez más los documentos de compra -venta.

Serio meneó la cabeza.

— No venderé mis tierras, y mis hermanos tampoco.

— Me lo imagina — dijo el hombre.

— Usted señor Scott trató y conoció a mi abuelo, sabe demás lo que él hubiese querido — añadió Zack convencido.

— Lo sé, pero tenga en cuenta su propuesta.

— ¿Qué me quiere decir? — expresó confuso.

— La riqueza de estas tierras es infinita — repuso el abogado.

Zack lo miró con enfado.

— ¿De qué parte está señor Scott?

— De la suya, desde luego — no dudó en decir.

— El dinero no me interesa en absoluto, solo quiero vivir de mi trabajo — dijo Zack.

— Está bien señor Montana — y agregó — ¿Decisión tomada?

— Por supuesto — sus palabras fueron firmes.

El señor Scott hizo pasar a la otra parte. Zack se levantó con ímpetu, cogió los documentos de la mesa, y los rasgó en mil pedazos.

— No tengo nada más que hablar con usted — fijó su mirada en el señor Polaskin.

— ¿Está seguro, señor Montana?

La determinación resurgió en su voz cuando dijo alto y claro.

— Totalmente.

Capítulo 21

Tras la visita a Emma, Liv se sintió mucho más calmada.

Hablar de su traumática experiencia le había servido para sentirse más segura respecto a sus sentimientos.

Ahora estaba convencida de que quería luchar por el amor de Zack.

Lo difícil sería llegar a su corazón. Mientras Harley dormía Liv preparó la cena y ordenó la casa.

A Gwen no le hizo ninguna gracia que se apropiase de su trabajo, pero tuvo que callar y asentir las órdenes.

Luego esperó a Zack despierta, pero como tardaba en llegar, y se hacía tarde, subió a la habitación de la pequeña.

Harley la recibió entusiasta.

— ¡Liv, Liv! — gritó exaltada.

— Hola cariño — la saludó acercándose a su cama.

— ¿Me lees un cuento?

Liv sonrió con ternura.

— Claro, ¿cuál quieres hoy?

— P-ul-g-ar-c-i-t-o — balbuceó feliz.

— ¿Otra vez?

— Síiiii — chilló a modo de respuesta _papá dice que mamá me lo leía todas las noches.

Liv se recostó a su lado y cogió el cuento de la mesilla.

Harley se acurrucó en su regazo. Ella le besó la frente.

De repente su pregunta la sorprendió.

— ¿Cuándo volverá mamá? — dijo la pequeña con inocencia.

A Liv se le partió el corazón en dos. Una congoja le atenazó el pecho.

Ella sabía lo que era crecer sin el amor de una madre. Nunca tuvo ese afecto y cariño.

Su madre la había abandonado en la puerta de aquel orfanato sin importarle su destino.

Liv contuvo una lágrima de dolor. Harley era aun muy pequeña para entender esos sentimientos.

— Tu mamá está en el cielo — repuso compungida.

— ¿Y no volverá? — sonó triste.

— No.

— Papá siempre me dice que mamá es un ángel, mi ángel de la guardia — musitó orgullosa.

— Así es, pequeña — Liv la miró con sumo amor. Harley era una niña extraordinaria.

— Pero entonces nunca más la veré — expresó desilusionada.

— Escucha pequeña — Liv quiso que la niña le prestase suma atención — tu mamá siempre estará viva aquí — eñaló hacia su pecho _en tu corazón.

Harley saltó contenta.

— ¿De verdad?

— Sí, cada vez que pienses en ella será como tenerla contigo — musitó emocionada.

Harley la abrazó feliz.

— ¿Tú nunca te irás como mamá, verdad?

Sus bonitos y cándidos ojos rebosaron de inocencia.

— Claro que no, cariño, nunca te dejaré — dijo Liv con congoja.

— Bienmm — exclamó revuelta.

A Liv le costó no llorar. Esa pequeña se había ganado en poco tiempo su corazón.

La acurrucó fuerte entre sus brazos. A Harley le gustó.

— ¿Me lees el cuento? — repitió con su típica soltura.

Liv la miró severa.

— Si me prometes que después te dormirás.

La niña puso morritos.

— Vale, te lo p-ro-m-e-t-o — rió risueña.

— Te quiero mucho, pequeña — repuso Liv emocionada mientras le leía una vez más “Pulgarcito”.

Desconectar. Eso era exactamente lo que buscaba Zack.

Y más después del apasionado beso con Liv en el cobertizo.

Zack estaba confuso. Ya no sabía lo que sentía realmente su corazón.

Durante parte del día había evitado toparse con Liv.

No estaba preparado para mirarla a los ojos y descubrir que podía estar enamorándose de ella.

Aquello no había entrado en sus planes. Nunca imaginó que el amor llamaría de nuevo a su puerta.

Se estremeció al pensar en la dulzura de Liv. Ella se había entregado a ese beso tanto como él.

Pero Zack tenía miedo de volver a sufrir. En el fondo siempre había huido del dolor.

¿Qué podía hacer? Necesitaba poner en orden sus confusos pensamientos.

Tras abandonar el despacho de su abogado, Zack se dirigió a la cantina de su buen amigo Rooney.

Una copa en buena compañía le vendría bien antes de regresar a casa.

Había sido un día duro. Solo necesitaba descansar un poco.

Con aquel pensamiento entró en la cantina. Cuando Rooney lo vio llegar lo recibió con júbilo tras la barra.

— ¡Ey Montana!

— Hola Ro — lo saludó apático.

— ¿Qué te pongo? — preguntó.

— Lo de siempre — contestó algo distraído.

— Bien.

— ¿Has visto a Liam? — dijo Zack.

— Hoy no — respondió Rooney.

Este no tardó en servirle la bebida. La cantina a esa hora de la noche estaba casi vacía.

Solo dos hombres ocupaban la mesa del fondo del local.

Zack conoció a uno de ellos. Se trababa de Norman Flemans, el hijo del terrateniente Connor Flemans.

Su padre era un buen hombre, honrado, trabajador, un buen vecino de toda la vida, pero Norman no se parecía a él en absoluto.

Era un joven presuntuoso, vago, y un tanto bocazas.

Casi siempre andaba metido en líos por su mala lengua.

Zack lo saludó a desgana.

— Hola Norman.

Este se levantó de su mesa y se acercó un poco achispado.

— ¿Qué pasa, Zack? — palmeó su espalda con soltura.

— ¿Cómo está tu padre? — se interesó rápidamente.

— Ya sabes, cada vez más cascarrabias — se quejó con sorna.

— Dale recuerdos de mi parte — Zack pegó un buen trago a su copa.

— Se los daré — replicó Norman — por cierto, ¿como se encuentra tu hija? Se comenta en el pueblo que anda enferma, ¿no?

Zack pareció algo molesto.

— Solo tiene sarampión — y agregó _además ya se encuentra mejor.

— Me alegro — esbozó una cínica sonrisa.

Zack pidió otra copa. Aquel tipo le producía dolor de cabeza.

El otro que había permanecido sentado en el rincón se acercó hasta la barra.

El ambiente se tornó tenso.

— Se rumorea que esa profesora nueva... — hizo ademán de recordar su nombre.

— La señorita Harris — intervino Norman.

— Si, esa — replicó el tipo de forma despectiva — se ha trasladado a vivir a tu rancho.

— ¿Estáis liados? — preguntó Norman de forma soez.

— Yo creo que se la folla — rió con malicia el tipo.

— ¡Yo lo haría! — se jactó Norman sin ver el brillo peligroso que relampagueó en los ojos de Zack.

— ¡Menuda hembra debe de ser! — añadió lascivo.

Furioso le entraron ganas de partirle la cara. Lo cogió por el cuello y a punto estuvo de estrangularlo.

Los nudillos de su mano se volvieron casi blancos de tanto apretar.

Norman se zanganeó en el aire sin poder respirar.

— Te debería cortar esa lengua viperina que tienes — lo amenazó iracundo.

— Tranquilízate, Montana — le pidió Rooney intentando mediar entre ambos.

— ¡S-u-e-l-t-a-m-e! — salió a trompicones de su boca.

— No hasta que pidas perdón por tu inadecuado comentario — siseó furioso.

— Zack, suelta a Norman — repitió Rooney — solo estaban de broma, ¿verdad chicos?

A duras penas Norman asintió. Zack abrió su mano y lo dejó caer al suelo.

Este se tocó la dolorida garganta mientras tosía repetidas veces.

— Será mejor que os apartéis de mi vista — tronó Zack con ira.

— ¡Estás loco o qué! — le escupió Norman mientras se incorporaba del suelo.

Zack lo acribilló sin piedad. El otro tipo retrocedió acojonado.

— Vámonos Norman.

Los ojos de este lo miraron con resquemor.

— Esta me la pagarás, te lo juro — lo amenazó vacilante.

— No te tengo ningún miedo — le respondió Zack.

— Salid fuera de mi local — dijo Rooney sin ganas de más jaleo.

Ambos jóvenes abandonaron la cantina a regañadientes.

Rooney lo encaró con enfado. Jamás había visto a Zack tan fuera de control.

— ¿Qué te pasa, Montana? No deberías hacer caso a lo que dicen — le aconsejó.

— Son calumnias que ensucian el nombre de la señorita Harris — la defendió con honor.

— Tan solo son unos críos — trató de mediar Rooney.

— Otra copa — pidió Zack.

— ¿No crees que ya has bebido suficiente por esta noche?

— Ponme otra más — repitió con tozudez.

— Como quieras, amigo.

Zack miró aquella puerta con rabia in contenida. Iba hacer una larga noche sin dormir.

Capítulo 22

Liv despertó sobresaltada. Se había quedado dormida en algún momento mientras leía el cuento a Harley.

La pequeña se removió nerviosa en la cama. Liv trató de calmarla.

— Q-u-i-e-r-o a C-e-l-e-s-t-e — balbuceó llorosa.

Celeste era la muñeca de Harley. Iba con ella a todas partes.

Casi nunca se separaba de ella, incluso para dormir buscaba su muñeca.

Liv no tenía ni idea de donde la había dejado la niña.

— Tranquila cariño, ahora te la traigo — dijo mientras buscaba por toda la habitación.

— C-e-l-e-s-t-e — musitó Harley.

Liv trató de recordar donde había sido la última vez que Harley jugase con ella.

No sabía si era en el salón o en la cocina, o en cualquier otra estancia de la casa.

Con sigilo salió al pasillo. Era tarde. Debía rondar la media noche.

Todo estaba en penumbras. Liv caminó despacio para no tropezar.

Buscó en varias habitaciones, pero no la encontró. Entonces llegó a una puerta cerrada.

Nunca había entrado a esa habitación. Puso su mano sobre el pomo, y a punto de girarlo la tosca voz de Zack la detuvo con un repullo.

— No entres ahí — le ordenó con enfado.

— ¡Zack! — exclamó Liv al verlo.

Tambaleante Zack se acercó a ella. Iba bastante ebrio.

— Ni se te ocurra entrar en esa habitación — le repitió de nuevo con voz dura.

Liv lo miró decepcionada. No parecía el mismo hombre al que ella había besado esa misma mañana.

Zack estaba raro, furioso.

— ¿Por qué no? — inquirió confusa.

— Era la antigua habitación de mi mujer — replicó Zack con dolor.

— Lo siento — se excusó Liv — solo buscaba la muñeca de Harley.

— ¿Qué lo sientes? — casi rió mordaz.

El alcohol quemaba su sangre tanto como el deseo de besarla.

Incontrolado la agarró por la cintura.

— ¡Qué haces, Zack! — gritó Liv despavorida cuando él la besó con brutalidad.

Zack no hizo caso a sus suplicas.

— ¡Suéltame por favor!

Liv estaba temblando. Abrumado Zack la soltó arrepentido.

— Perdóname — musitó ebrio.

Los ojos de Liv se anegaron en lágrimas. Había creído que Zack era completamente diferente al profesor William, pero se había equivocado.

Liv dio media vuelta con congoja.

— No intentes entrar en esta habitación — lo oyó repetir con enfado.

Ni tan siquiera se giró. Liv cruzó el pasillo y regresó llorosa a la habitación de Harley.

Zack se quedó allí, de pie ante la puerta, impotente mientras los recuerdos del pasado lo asolaban.

¿Qué había hecho, dios? Se estaba comportando como un hombre lamentable.

Abatido intentó llegar a su propia habitación. Hubiese deseado correr tras Liv, pero estaba demasiado borracho para hacerlo.

Por la mañana Liv había preparado la maleta. Harley ya estaba bien, y ella ya no pintaba nada en aquella casa.

Ni tan siquiera pensaba despedirse de Zack. Estaba dolida por su actitud.

No quería oír ninguna explicación que viniese de él.

Por eso cuando Zack entró en la habitación para pedirle perdón con un bonito ramo de flores,

Liv ni tan siquiera se giró.

— Hola.

A Liv le costó disimular sus propias lágrimas, pero siguió con su tarea.

— Liv, por favor — musitó Zack ronco — tenemos que hablar.

— ¿De qué? — repuso girándose hacia él con el corazón roto.

El surco amargo en sus ojos oprimió el pecho de Zack.

No pudo evitar maldecirse por ello.

— ¿Te marchas? — inquirió al ver la maleta sobre la cama.

— Harley ya no me necesita — logró articular sin derrumbarse.

Zack dio un paso al frente y se armó de valor. Durante gran parte de la noche había meditado aquella decisión.

Debía hacer lo correcto, y lo correcto era que Liv se quedase a su lado.

— Pero yo si — repuso con fervor.

Liv contuvo un gemido ante sus palabras. Abrumada levantó sus ojos hacia Zack.

— Perdóname por comportarme anoche como un energúmeno — dijo arrepentido — estaba ebrio y...

— No tienes que disculparte por nada — trastabilló nerviosa.

— ¿Es por qué me he comportado como un estúpido? — se culpó a si mismo.

— Debo marcharme ahora — pareció inquieta.

— ¡Oh Liv! — expresó en un arranque vehemente — no lo hagas.

Zack cogió dulcemente sus manos. Liv se estremeció hasta la médula.

Intentó mantenerse fuerte ante la magnitud de sus sentimientos.

— Escúchame antes — le rogó encarecido.

Liv observó desconcertada como el vaquero se ponía de rodillas ante ella.

Su corazón golpeó fieramente su pecho.

— Señorita Harris — pronunció Zack solemne — ¿quiere casarse conmigo?

Capítulo 23

Perpleja Liv no dio crédito a sus palabras. Sus ojos se anegaron en lágrimas.

Un cúmulo de sentimientos la embargó. ¿Hablaba en serio? ¿Casarse?

— ¡Cómo! — chilló desprevenida.

Zack siguió arrodillado aguardando su respuesta. Nervioso repuso.

— Sé que te puede parecer precipitado, pero Harley necesita a una madre que la cuide y la quiera — y agregó incómodo — y y-o-o-o nece-s-i-to una esposa.

No fueron las palabras más correctas que hubiese deseado oír Liv.

Zack tan solo le estaba proponiendo un trato, un matrimonio de conveniencia.

Rota dijo.

— ¿Es por eso qué quieres casarte conmigo? — sonó decepcionada.

— Escúchame — le suplicó sincero — no te puedo prometer que te amaré, pero si te prometo que intentaré hacerte la mujer más feliz del mundo.

Liv se removió inquieta. Soltó sus manos y caminó insegura hacía la ventana.

— Liv — murmuró Zack desconcertado.

— N-o-o p-u-e-d-o casarme contigo — dijo compungida.

Un nudo de dolor le sofocó la garganta.

— ¿Por qué huyes de mi? — inquirió Zack — ¿De qué tienes miedo?

Él pareció consternado ante su silencio. Lentamente la giró hacía su rostro.

Los ojos de Liv estaban asustados y Zack se maldijo por ello.

— Dímelo — le rogó pasivo.

— N-o-o-o p-u-e-do — tartajó temblorosa.

— Cásate conmigo — expresó deseoso — no te pido tu amor eterno Liv — trató de

convencerla — solo que seas mi esposa.

— ¿Por qué yo? — tuvo la imperiosa necesidad de preguntar — ¿Por qué no la señora Foster?

Zack sonrió taciturno y acarició con candor su arrebolada mejilla.

De repente se perdió en sus ojos verdes.

— Eres especial, lo supe desde la primera vez que te vi — musitó apasionado.

A Liv se le saltaron las lágrimas. Sintió como el amor desbordaba su corazón enamorado.

Zack no le había prometido amor eterno, pero si una vida junto a ella.

Quizás aquello era más de lo que nunca había merecido.

Los ojos grises de Zack se clavaron en su mirada.

— ¿Qué me dices? — inquirió impaciente.

Liv aspiró hondo y dejó escapar un leve suspiro.

— Sí Zack Montana, me casaré contigo.

Zack saltó de alegría, la levantó en volandas y la besó apasionado.

En mucho tiempo por fin empezaba a sentirse vivo.

Eufórico apegó a la joven a su pecho y ahondó el beso con anhelo in contenido.

Ninguno fue consciente que tras la puerta Gwen los había espiado agazapada escuchando toda la conversación.

— ¡Qué os casáis! — expresó la familia completamente anonadada tras conocer la noticia del inminente enlace de la pareja.

Todos se mostraron muy sorprendidos. Su abuela Margot abrazó a su nieto, feliz.

Ya era hora de que Zack rehiciese su vida con una buena mujer.

Y Liv era la chica que él necesitaba. Liam se mostró más escéptico, al igual que Neil y Eric

al enterarse de que su hermano se casaba con la señorita Harris.

A Emma fue a la única que pareció no sorprender la noticia.

La joven estaba muy contenta por Liv.

— ¿Y cuándo será el enlace? — quiso saber Emma.

Zack fue el portavoz en todo momento.

— Hemos pensado que podríamos celebrar la boda el mismo día que el bautizo de Henry — sonrió con complicidad a Liv.

Esta se sonrojó de pies a cabeza.

— ¿Tan pronto? — se extrañó Liam.

— Déjalos — lo reprendió su abuela — a mi me parece perfecto, dos celebraciones en una.

— ¿Qué opinas tu, Emma?

— A mi también me parece perfecto — y agregó pensativa — lo único que habrá que darse un poco de prisa para preparar los preparativos.

— Liv y yo queremos una ceremonia sencilla — objetó Zack apretando la cintura de su prometida.

— ¿Sencilla? — se opuso Margot.

— Si abuela, no queremos nada ostentoso — los ojos de Zack devoraron a Liv con ternura.

— El reverendo Robbiens podría officiar la boda y luego celebrar un banquete en el jardín — repuso Emma emocionada.

— ¿Y las flores y el vestido? — expresó Liv preocupada.

— Podemos encargar la tela de España — dijo Margot.

— No creo que en una semana diese tiempo a que llegase para la boda — repuso Zack.

— ¿Y por qué no usas el mío? — se ofreció Emma con rapidez.

A Liv se le iluminaron los ojos.

— ¿Tu vestido de novia?

— Ambas tenemos más o menos la misma talla, además Clóe te lo podría ajustar — añadió con una sonrisa.

A Liv le pareció perfecto. Abrazó a Emma efusiva.

— Bienvenida a la familia — la abrazó Liam.

— Gracias — musitó agradecida.

Liv no pudo evitar sentirse emocionada. Por primera vez en su vida sentía que tenía una verdadera familia.

Era feliz.

Capítulo 24

Tras retozar en la cama y disfrutar de los placeres sexuales que le proporcionaba el director Spence, Lorraine se colocó una ligera bata de seda sobre su cuerpo desnudo y bajó hasta el salón para recibir la inesperada visita de Gwen.

La joven había pedido verla de inmediato. Con suma altivez Lorraine la hizo sentar en un cómodo sillón de piel.

Luego buscó su pitillera de plata y se encendió un cigarrillo con impaciencia.

Gwen la miró titubeante.

— Espero no haberla molestado, señora Foster — remarcó sus palabras.

Lorraine clavó sus indiferentes ojos en ella.

— No, solo disfrutaba de una agradable siesta — mintió con el brillo del placer inundando aun sus facciones.

— Me alegro — dijo esta.

— ¿Y a qué debo tu visita, Gwen? — y añadió vacilante — ¿le ha ocurrido algo a Zack?

Gwen arrugó el entrecejo.

— Peor, señora.

Alarmada Lorraine pegó un bote.

— ¿Qué ha pasado?

— No se lo va a creer — matizó con retintín — pero el señor Montana y esa forastera de la señorita Harris se van a casar.

— ¡Qué! — chilló incrédula.

Lorraine casi se atragantó con el humo de su cigarro. Furiosa puso los ojos como platos.

— Como le cuento — prosiguió Gwen con malicia — se van a casar.

— ¿Estás segura de eso? — inquirió Lorraine.

— Totalmente señora Foster, yo misma oí como el señor Montana le pedía matrimonio.

Lorraine estalló con cólera.

— ¡Maldita zorra!

— ¿Qué piensa hacer? — le insinúo Gwen frotándose las manos.

— Aplastarla como a una cucaracha — apretó los dientes con desdén — voy a acabar con ella.

— ¿Tiene un plan? — preguntó la joven.

La cabecita de Lorraine dio vueltas.

— Puede — dijo con satisfacción.

— Si quiere la pueda ayudar — se ofreció con suma rapidez.

Lorraine la miró desconfiada.

— ¿Tú?

— ¡Por supuesto! — pareció ofendida — estoy de su parte.

— ¿Y qué ganas tú con ayudarme?

Gwen empezó a sudar ante su interrogatorio.

— Un puesto fijo en el rancho “Esmeralda” — respondió con maldad.

— Me parece justo — dijo Lorraine — necesitaré tu ayuda — y agregó locuaz — ¿cuándo dices que será esa boda?

— Según he oído dentro de una semana.

— ¿Tan pronto?

— Ajá — asintió Gwen.

De un saltó se levantó exaltada.

— Pues no tenemos tiempo que perder — dijo con una sonrisa de oreja a oreja.

La celebración de la boda y el bautizo tendría lugar un domingo, en la pequeña capilla del pueblo.

El día amaneció soleado y radiante. Todo estaba preparado, la capilla, los invitados, el banquete, ¿qué podía salir mal?

Liv estaba nerviosa como cualquier novia. Aun no podía creer que en un par de horas fuese a convertirse en cuerpo y alma en la señora Montana.

Era el día más importante de su vida. Frente al espejo Liv tembló de emoción, pero también de miedo.

Era consciente que al casarse asumía el papel de esposa.

¿Y si no sabía ejercer como tal? ¿Y si acababa decepcionando a Zack?

Su corazón se rompería en dos. Ella jamás sería como Esmeralda.

Una congoja oprimió su pecho aunque intentó disimularlo.

Emma la ayudó a colocarse el velo. Liv estaba realmente preciosa con su vestido de novia.

Emma no pudo evitar soltar una lagrimilla. Estaba segura de que Liv sería inmensamente feliz junto a Zack tanto como lo era ella con Liam.

La joven expresó entusiasta.

— ¡Oh Liv, estás radiante! Y hoy te casas — le ajustó el corpiño alrededor de la cintura.

Los ojos de Liv se ensombrecieron. Inquieta se sentó en el taburete del tocador.

Las dudas surgieron en ella.

— ¿Y si no soy una buena esposa? — preguntó con temor.

Emma la miró sin entenderla. Y Liv añadió compungida;

— ¿Y si no lo hago feliz?

Emma se acercó a su lado para abrazarla.

— Zack ya es feliz por haberte encontrado, y algún día se dará cuenta — dijo convencida.

Liv tembló nerviosa.

— ¿Y si no estoy preparada... — titubeó avergonzada — para lo qué tu sabes?

Emma comprendió el significado de sus palabras y rió con soltura.

— Oh, lo estarás cuando llegue el momento — y añadió con emoción — te aseguro que será una experiencia maravillosa.

Ella se sonrojó de pies a cabeza con suma inocencia.

— Tengo miedo — musitó.

— No debes tenerlo — repuso con ternura — Zack jamás te haría daño.

Liv asintió con ímpetu.

— Y ahora sécate esas lágrimas — le ordenó contundente — hoy tenemos que celebrar una boda.

{Mi boda}, pensó la joven con regocijo mientras se miraba por última vez en el espejo.

Capítulo 25

Cuando la novia entró radiante en la capilla del brazo de su padrino, el cuerpo de Zack se estremeció por completo.

Su corazón golpeó su pecho frenéticamente. Nervioso le sudaban hasta las manos. Una sensación de felicidad inundaba su corazón.

Jamás pensó que se casaría de nuevo. Zack se sentía vivo, ilusionado, enamorado.

Aquella hermosa joven se convertiría en su esposa, y él tendría el deber de protegerla y amarla para siempre.

La observó caminar con aquellas mejillas arrojadas bajo el velo que cubría su rostro.

Los músculos de Zack se tensaron. Estaba preciosa.

El vestido que Emma lució en su boda se ajustaba perfectamente a la figura de su cuerpo.

La emoción lo embargó por dentro. Zack sonrió mostrando su blanca dentadura.

Liv tembló inconscientemente. El novio ya la esperaba junto al altar, guapísimo, vestido con aquel traje que realzaba el gris de su mirada.

Liv se sintió más enamorada que nunca. Todas sus dudas se disiparon de su cabeza.

Amaba a Zack y quería compartir a su lado el resto de su vida.

Liam la acompañó hasta la capilla y luego le entregó su mano a Zack.

Con ternura entrelazaron sus dedos bajo la atenta mirada del reverendo Robbiens.

Sus miradas se encontraron apasionadas. Fue un momento emotivo.

Toda la iglesia guardó silencio ante las palabras del reverendo.

— Hoy nos encontramos aquí reunidos para unir en santo matrimonio a Olivia Harris y Zack Montana.

Zack apretó sus manos en un gesto cómplice. A Liv le temblaron las piernas.

Hubiese deseado con fervor compartir aquel momento con su madre.

La pequeña Harley permanecía revoltosa a su lado. El deseo y el amor eran latentes en sus corazones.

Margot no pudo evitar derramar una lágrima. El reverendo Robbiens prosiguió con la ceremonia.

— ¿Sois conscientes de lo qué conlleva el matrimonio? — preguntó a ambos.

— Sí, lo somos — contestaron al unísono.

— ¿Y lo aceptáis de mutuo acuerdo?

— Sí, lo aceptamos.

— Zack, ¿tomas a Olivia como tu esposa, para amarla, respetarla y honrada, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y la pobreza, durante el resto de tu vida?

Zack aspiró profundo.

— Sí, quiero.

Un regocijo interior coloreó las mejillas de la joven.

— Olivia, ¿tomas a Zack como tu esposo, para amarlo, respetarlo, y honrarlo, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y la pobreza, durante el resto de tu vida.

— Sí, quiero — afirmó contundente.

— Los anillos — pidió el reverendo.

Liam se los entregó con prontitud. La voz de Zack vibró cuando repitió las palabras del reverendo.

— Con este anillo yo te desposo — sus ojos brillaron de deseo.

Liv se sintió abrumada.

— Lo que ha unido dios que no lo separe el hombre, puedes besar a la novia — replicó el reverendo.

Con anhelo Zack levantó con dulzura el velo y observó el rostro sonrosado de su mujer.

Sus labios se unieron a los suyos en un tímido beso que despertó sus pasiones.

Los invitados vitorearon por encima de sus cabezas con alegría.

— ¡Vivan los novios!

Una lluvia de pétalos de rosa simbolizó el mágico momento.

Liv estaba temblando.

— ¿Estás bien? — musitó Zack junto a su oído.

— Sí — dijo con felicidad.

Zack la miró apasionado y la agarró del brazo.

Tras la emotiva ceremonia se celebró el bautizo del pequeño Henry.

Emma lo llevó entre sus brazos hasta la pila bautismal.

El pequeño dormía plácidamente. Liam observó a su hijo con orgullo.

— Hola — le murmuró con amor besando su dulce frente.

Emma se estremeció ante su mirada. A pesar de llevar un tiempo ya casados seguían estando igual de enamorados que ese primer día.

El reverendo Robbiens se puso entre ambos para officiar la misa, y cada padrino a un lado del pequeño.

— Hermanos — alzó las manos en señal de alabanza — hoy estamos de doble celebración, un nuevo miembro será recibido en la casa de dios.

— ¡Alabado sea! — exclamaron todos.

Emma entregó al pequeño a Liv y esta lo acercó junto a Zack a la pila bautismal.

— ¿Cual será su nombre? — preguntó el reverendo.

— Henry — murmuró Emma.

— Henry, hijo mío, yo te bautizo en el nombre del padre, del hijo, y del espíritu santo, amén.

El pequeño lloró cuando el agua sagrada resbaló por su cabecita.

Con ternura Liv trató de calmar su llanto acurrucandolo contra su pecho.

Zack observó su gesto conteniendo la emoción. Un nudo oprimió su corazón ante aquel pensamiento. ¡Quería ser padre de nuevo!

Quería una casa llena de niños correteando por el campo mientras su mujer preparaba la comida, y luego hacían el amor apasionadamente a la luz de la luna.

Quería vivir una vida entera a su lado. Zack no imaginaba su vida sin Liv.

A Harley le haría muy feliz un hermanito, o dos. Sus ojos observaron con amor y deseo a su esposa.

Liv era un regalo del cielo, quizás el regalo que Esmeralda hubiese deseado para él.

Capítulo 26

Tras la emotiva celebración todos los invitados se trasladaron al rancho para continuar con la fiesta.

No faltaron detalles, abundante comida, buen ambiente, música.

Todos parecían divertirse menos Neil. Apartado en un rincón el joven bebía mientras simulaba observar a la gente.

Pero en realidad sus ojos estaban clavados en ella, en la guapa y joven Ivy Campbell.

Desde que la viese entrar en la capilla del brazo de ese estúpido de Andrew Calson, Neil no había podido dejar de pensar en ella.

La joven parecía estar muy cómoda en compañía de Andrew, pero sin embargo él se moría de celos.

Neil había estado tentado en acercarse y entablar una conversación, pero su miedo había sido más fuerte... hasta ahora.

El alcohol le dio el suficiente valor para hablarle. Tambaleante cruzó la distancia que los separaba y se plantó ante la joven.

— Hola Ivy — la saludó Neil con una tímida sonrisa.

— ¡Neil! — exclamó sorprendida.

Los ojos verdes de Neil se clavaron como un puñal en su alma.

Ivy contuvo un vuelco en el corazón.

— Estás muy guapa — dijo sincero.

— Gracias — se ruborizó por completo — tu también.

— ¿Te apetece bailar conmigo?

Ivy lo miró con suplica. ¿Por qué no se lo había pedido antes?

Se mostró inquieta.

— N-o-p-u-e-d-o — tartamudeó.

Neil pareció decepcionado.

— Ya — arrastró sus palabras — por Andrew, ¿verdad?

Neil la miró dolido mientras terminaba su copa de un plumazo.

— Lo siento — musitó Ivy compungida.

Él se dio media vuelta. De repente se sintió un completo estúpido.

— ¡Neil! — replicó con impotencia.

— No, Ivy, lo entiendo — replicó mordaz.

— ¿Qué entiendes? — inquirió boquiabierta.

— Que estás con e-s-e-e-se — tartajó molesto — estúpido de Andrew.

— No es ningún estúpido Neil — lo defendió Ivy.

— ¡Ah! — soltó sarcástico — entonces el estúpido he sido yo.

— Tu tampoco eres ningún estúpido — le dolió su actitud.

— Yo creo que sí — repuso con una carcajada.

— Neil — musitó Ivy — y-o-o — intentó justificarse de su acusada mirada.

— Será mejor que olvidemos esto — se giró para marcharse.

— ¿Mejor para quién? — le lanzó Ivy herida.

Neil la miró abatido. No tenía respuesta para aquella desazón que sintió por dentro.

Estaba demasiado mareado para pensar con claridad.

Ivy dejó rodar una lágrima que ocultó cuando Andrew se acercó con una copa.

— ¿Ese no era Neil? — inquirió Andrew.

— Sí — sorbió fuertemente por la nariz.

— ¿Y qué quería? — se extrañó.

Ivy observó a Neil alejarse con rapidez.

— Nada — contestó aceptando la copa que Andrew le ofrecía.

La celebración siguió con normalidad. Los invitados se lo estaban pasando bien.

Sin embargo Liv estaba preocupada. Un mal presentimiento la embargaba desde que habían regresado de la iglesia.

Hacía rato que no veía a Harley jugar con los otros niños.

Algo no iba bien. Apresurada recogió el vuelo de su vestido y se encaminó en su busca.

— ¡Harley! — la llamó sin obtener respuesta.

Liv subió los peldaños de las escaleras. Un golpe seco se escuchó en el desván.

Liv abrió los ojos con sobresalto.

— ¿Harley estás ahí?

Prosiguió sus pasos atenta. Nunca antes había subido al desván.

Era un lugar cerrado y oscuro lleno de polvo y ácaros.

Desde que era niña Liv sufría claustrofobia. Por eso intentaba evitar siempre los espacios pequeños y poco ventilados.

Otro golpe. Liv se armó de valor y entró dentro. Harley sollozaba en un oscuro rincón del lugar.

Estaba muerta de miedo.

— Papá — decía.

Los ojos le lagrimearon a causa del fuerte olor a humedad.

Liv avanzó casi a tientas arrastrando su vestido por el mugriento suelo.

— Pequeña, ¿dónde estás?

— ¡Papá! — repitió asustada.

Liv tropezó con varias cajas desordenadas. Apenas se podía respirar allí del polvo acumulado.

— Harley — la llamó con cariño — te sacaré de aquí — le dijo para tranquilizarla.

Por fin llegó hasta ella. La niña rápidamente se aferró a sus piernas.

Liv abrazó su cuerpecito tembloroso.

— ¿Cómo has llegado hasta aquí, cariño?

— C-e-l-e-s-te — gimoteó.

— Ven — alargó la mano para sacarla de aquel oscuro rincón.

Apenas un hilo de luz se colaba a través de un pequeño cristal roto.

El zumbido de un asqueroso bicho retumbó en sus oídos.

Liv se movió asustada. El sonido venía de todas direcciones.

Cada vez era más fuerte y persistente. Intentó centrarse en la niña.

Harley lloraba.

— Sh pequeña — dijo caminando hacia la pequeña ventana para descorrer su cortina.

Cuando la luz inundó el espacio los ojos de Liv se desorbitaron.

Apabullada observó como cientos de avispas revoloteaban a su alrededor.

— ¡Oh dios mío! — exclamó con horror — ¡Oh dios mío, no! — repitió sin aliento.

Liv corrió despavorida hacia Harley para protegerla, pero el enjambre de avispas furiosas la atacó salvajemente picoteando sin piedad todo su cuerpo.

Liv intentó quitárselas de encima, pero eran demasiadas.

El dolor cubría su piel. Sollozó impotente mientras gritaba desgarrada.

La niña corrió hacia la puerta llorando.

— ¡Papá, papá! — gritó para que acudieran en su ayuda.

Los ojos de Liv se empezaron a nublar. No sentía algunas partes de su cuerpo.

Mareada perdió el conocimiento.

Capítulo 27

Cuando Zack subió al desván alertado por los gritos de la pequeña no entendía que sucedía.

— ¿Qué ocurre Harley?

— ¡Liv, Liv! — señaló la niña llorosa hacía el interior de la habitación.

Los desorbitados ojos de Zack buscaron la figura de su esposa.

Liv estaba tirada en el suelo y su cuerpo estaba cubierto por un enjambre de avispas.

Rápidamente trató de socorrerla apartando a los insectos a manotazos.

— ¡Maldita sea! — masculló cuando las avispas lo atacaron.

A Zack no le importó cuanto le picasen a él. Cogió el cuerpo de Liv y con el corazón en un puño la sacó de allí cerrando de inmediato la puerta.

La palidez de su mujer lo alarmó.

— ¡Liv! — trató de reanimarla.

Pero Liv apenas respiraba. Tenía el cuerpo hinchado, rojo, y lleno de picaduras.

— ¡Liv, mi amor, despierta! — siguió intentándolo.

Desesperado Zack sintió el miedo golpear su sien.

Fueron momentos muy angustiosos.

— ¡Rápido! — chilló con congoja — ¡Un médico!

La gente acudió veloz arremolinándose a su alrededor.

Nadie sabía exactamente que hacer.

— ¿Pero qué ha pasado? — exclamó Emma despavorida.

— Un enjambre de avispas la atacó — replicó contemplando sus inflamadas facciones.

— ¡Cómo!

— Yo tampoco me lo explico — dijo abrumado.

— ¡Apártense! — repuso la señora Hudson abriéndose paso — déjenle aire.

— Señora Hudson — Zack la miró afligido.

— Su esposa sufre un shock alérgico — dijo examinándola con rapidez.

— ¿Cómo?

— Es muy común cuando la persona es alérgica a la picadura de insectos — le explicó — ¿Sabe si su esposa lo es?

— No tengo ni idea — respondió desconcertado.

— Hay que administrarle un antihistamínico que contra resto el veneno de la picadura — y agregó caótica — sino podría morir.

Los ojos de Zack se desbordaron aterrados.

— ¡Qué!

— Fui enfermera, señor Montana, se de lo que hablo — dijo la mujer ante su desconcertada mirada.

— Hay que llamar a un médico — expresó Zack exasperado.

— El médico podría tardar horas en llegar y ya sería demasiado tarde — agravó sus palabras — debe confiar en mí, señor Montana.

— Está bien, ¿qué hacemos? — inquirió Zack angustiado.

Los ojos de la señora Hudson miraron con desvelo a la muchacha.

En ningún momento perdió los nervios y mantuvo aquella templanza.

— Lo primero llevarla al dormitorio, habrá que extraerle los agujones y lavarla con agua y jabón — explicó con pauta.

Zack asintió consternado a cada una de sus instrucciones.

Liv seguía sin respirar con normalidad.

— Te pondrás bien, mi amor — dijo con el miedo atenazando su cuerpo.

Zack la levantó entre sus brazos y la trasladó hasta su dormitorio.

El tiempo corría en su contra. Si no actuaban con rapidez como había dicho la señora Hudson Liv podía incluso hasta morir.

La eficacia y conocimientos médicos de la señora Hudson salvaron a Liv.

Así se lo comunicó el doctor Fhil a su llegada al rancho.

Liv ya había recuperado la conciencia aunque no recordaba nada de lo sucedido.

Era lógico tras sufrir un shock de esas características. Pero se pondría bien.

El doctor le inyectó un antihistamínico como dijo la señora Hudson y le recetó una pomada para el picor y el enrojecimiento.

Unos días de cama y como nueva. Zack respiró aliviado.

Tras el susto vivido aun le temblaban las piernas. Observó a su mujer dormir plácidamente.

Lo peor ya había pasado. Zack se sintió en deuda con la señora Hudson.

Nunca tendría suficiente dinero para pagarle todo lo que había hecho por Liv.

De esa manera quiso mostrarle su gratitud cuando ella entró en el dormitorio tras la marcha del doctor Fhil.

— Le debo la vida de mi mujer, señora Hudson — dijo conmocionado aun.

La señora Hudson se mostró humilde ante su agradecimiento.

Melancólica miró a la joven.

— Era mi deber, señor Montana — repuso con una extraña mezcla de emoción y congoja.

— De todas maneras se lo agradezco, de no ser por usted quien sabe lo que hubiese ocurrido — se estremeció al pensarlo.

La señora Hudson sonrió ante su ímpetu.

— Se nota cuanto la ama, señor Montana.

Zack arrugó el entrecejo con dolor. Aunque había intentado no amarla su corazón había sido más fuerte.

Ya no quería seguir negándolo. Nunca imaginó que podría amar a otra mujer que no fuese Esmeralda.

— Así es, señora Hudson — contestó vehemente.

— Cuidela — dijo mientras tímidamente había acariciado la mejilla de Liv — es una joven especial.

— Lo haré, se lo prometo — añadió solemne.

Capítulo 28

Esa misma tarde Zack reunió a todos sus empleados con la intención de hacer rodar sus cabezas.

Estaba realmente enfadado. Aun no comprendía como demonios había llegado allí aquel enjambre de avispas que casi acaban con la vida de su mujer.

¡Era de locos! El miedo de lo que podía haber sucedido aun martilleaba sus sentidos.

Zack estaba dispuesto a encontrar como fuese al culpable de tal irresponsabilidad.

No descansaría. Sus ojos relampaguearon furiosos.

Echaba chispas cuando entró al salón donde todos le esperaban con las cabezas gachas.

— ¿Quién ha sido el responsable de esto? — trino mientras golpeaba con el puño cerrado la mesa — ¿Quién me explica cómo llegó ese maldito nido de avispas hasta mi desván?

Zack arqueó las cejas con furia mientras examinaba uno a uno a sus empleados.

Nadie se atrevió a levantar la voz. Aquello lo enfureció aun más.

— ¿Nadie? — inquirió buscando una respuesta.

El capataz dio un paso al frente con rostro afligido.

Jamás había visto a Zack tan cabreado.

— Señor, estamos completamente consternados — dijo cabizbajo.

— Esa no es la respuesta Jim — repuso Zack iracundo — mi mujer podía haber muerto.

— Lo sentimos señor — manifestó en nombre de todos.

— Sentirlo no basta — tronó con ira — sois unos ineptos ¿para esto os pago?

— Señor... — intentó defenderse el capataz.

— No quiero más excusas, no quiero más errores, ¿os queda claro? — manifestó contundente.

— Si señor — dijeron todos.

— No pararé hasta que el culpable aparezca — amenazó iracundo.

El silencio se hizo incómodo. Zack dio dos zancadas y cruzó la estancia.

— Fuera de aquí ahora — replicó cansado — ¡Gwen! — nombró a la joven con voz atronadora.

— ¿Si? — contestó esta.

— Quédese, tenemos que hablar — dijo serio.

— ¿Ocurre algo? — inquirió con aparente inocencia.

Zack paseó de un lado a otro del salón, inquieto.

— Se supone que usted estaba a cargo de Harley, que debía de cuidar y vigilar a mi hija — prosiguió Zack en tono acusador — ¿cómo explica qué dejó a mi hija de tan solo tres años sola en un oscuro y aislado desván?

Sus ojos la miraron con desaprobación. Gwen intentó excusarse torpemente.

— Señor Montana, Harley es una niña muy inquieta — se atrevió a decir.

Zack se mostró escéptico.

— ¿Insinúa qué mi hija tiene la culpa?

— ¡No! — se apresuró a desmentir — no se como Harley llegó arriba — replicó apurada.

— Es un fallo por su parte imperdonable.

— Creame que no fue mi intención — trató de justificarse.

— Lo siento Gwen — objetó Zack firme — pero está despedida, recoja sus cosas y márchese.

Gwen abrió la boca con sorpresa.

— ¡Qué! — exclamó disconforme — no puede despedirme señor Montana, llevo cuidando de Harley desde que apenas era un bebé.

— Y le agradezco su trabajo — repuso Zack — pero ahora que me he casado de nuevo será mi esposa quien cuide de mi hija.

La joven lo miró con resquemor. Sus ojos se llenaron de un resentimiento profundo.

— ¿Y qué será de mi ahora? — lloró lastimera.

Zack se sintió apenado.

— Lo siento, le firmaré una buena carta de recomendación.

Gwen pareció montar en cólera.

— ¡No quiero su estúpida carta!

— Mi decisión está tomada — dijo sin achantarse.

La oscura mirada de Gwen lo miró con resquemor.

— Algún día se arrepentirá de esa decisión — siseó la joven malévola.

¿Era una amenaza? Zack no supo que pensar. Estaba completamente decepcionado con la actitud de Gwen.

— Márchese, por favor — le pidió educado.

Gwen escupió al suelo, apretó los dientes, y furiosa se marchó.

El silencio inundó la estancia. Zack se sintió cansado. Había sido un largo día cargado de emociones.

Con paso ligero se acercó al mueble -bar y se sirvió una copa de licor.

El alcohol rápidamente rajó su garganta. Luego abandonó la estancia y subió a la habitación de Harley para darle las buenas noches.

La pequeña aun estaba despierta esperando que Liv le leyese su cuento favorito.

Cuando vio entrar a su padre se abalanzó sobre sus brazos entusiasta.

— ¡Papá! — gritó revoltosa.

— Mi amor — besó su frente con reprimenda — ¿Qué haces aun levantada? — la metió en la cama.

— Cuento — señaló hacia la mesilla de noche.

Zack siguió su mirada. Una sonrisa torcida asomó a sus labios.

— ¿Quieres qué te lea un cuento? — dedujo por su expresión.

La niña negó rotundo con la cabeza.

— No, Liv — dijo con enfado.

Zack la arropó con mimo y se recostó a su lado.

— Cariño, Liv no podrá venir hoy a leerte el cuento — trató de que lo entendiera.

— ¿Por qué? — preguntó con morritos — ¿También se ha marchado como mamá?

— ¡No! — exclamó Zack con congoja.

Un nudo le oprimió la garganta al revivir ese temor en su piel.

— ¿Y por qué no puede leerme el cuento? — insistió con inocencia.

— Hoy necesita descansar, ¿recuerdas los días que tu has estado malita?

— Sí — repuso la pequeña — Liv me cuidó.

Zack sonrió orgulloso de su hija.

— Pues ahora ella necesita que también la cuiden, ¿lo entiendes? — le apartó con cariño un mechón de su cara.

— Siii — chilló — yo la cuidaré — se ofreció valiente.

— Ahora no, tesoro, tienes que dormir — intentó convencerla.

— Pero yo quiero un cuento — replicó Harley insistente.

— Está bien — accedió derrotado por los ojitos de su hija — te leeré el cuento.

Harley se acomodó en su regazo satisfecha.

— ¿Qué te parece si hoy leemos “Los tres cerditos”?

— Me gusta — afirmó feliz.

Zack se acomodó en la cama y cogió el libro. Antes de que llegase a la mitad Harley se había quedado plácidamente dormida.

Capítulo 29

Liv tenía todo el cuerpo dolorido. Su mente estaba aturullada.

No recordaba bien que le había sucedido. Durante horas el efecto de los medicamentos la habían ayudado a dormir.

Intentó incorporarse de la cama, pero un leve mareo la sacudió con un temblor.

Zack se acercó rápidamente a su lado, afligido. Llevaba prácticamente toda la noche vigilándola recostado en aquella incómoda mecedora.

Se había desvelado observando con anhelo cada rasgo de su inocente rostro mientras el deseo de tocarla lo quemaba por dentro.

Podía haber usado su lado de la cama, pero Zack no lo creyó oportuno.

— Zack — musitó Liv abrumada ante la magnitud de su mirada.

— No te muevas, tranquila — le acomodó con ternura los almohadones.

— Gracias — replicó ella.

Zack sonrió preocupado.

— ¿Cómo te encuentras? — inquirió.

— Bien, un poco dolorida — contestó entumecida.

— Poco a poco te sentirás mejor — dijo agarrándole las manos.

Aquel contacto erizó la piel de Liv. Sus mejillas enrojecieron notablemente.

— ¿Qué ha pasado? No recuerdo nada.

Zack se sentó a su lado con suma paciencia.

— Un enjambre de avispas te atacó — le explicó él.

Ella pareció confusa. Entonces Zack añadió;

— Cuando subiste a buscar a Harley al desván, ¿recuerdas eso?

— Recuerdo que Harley lloraba — dijo Liv rememorando esos angustiosos momentos — quise sacarla de aquel oscuro rincón, y de repente...

Su cuerpo tembló de miedo. Zack la abrazó de inmediato.

— Ya pasó, mi amor — la nombró dulcemente — por suerte la señora Hudson sabía que hacer.

Liv arqueó una ceja.

— ¿La señora Hudson? — repitió curiosa.

— Sí, es nuestra vecina — respondió Zack. Y agregó — ella te ha salvado la vida.

De pronto Liv se exaltó.

— ¿Y Harley? — preguntó.

— Está bien — la calmó ante su fuerte nerviosismo — le he leído un cuento, y se ha quedado dormida.

Liv se tranquilizó ante sus palabras y se recostó sobre su pecho con un suspiro.

Zack le acarició la mejilla con candor y le mesó el largo cabello.

— Háblame de ella — le pidió con interés.

— ¿De la señora Hudson? — pareció extrañado.

— Sí, ¿cómo es?

Zack agrandó los ojos con sorpresa.

— Pues una señora normal — se encogió de hombros — muy educada y servicial.

— ¿De qué edad? — siguió con su particular interrogatorio.

— No sé, unos cuarenta y tantos — calculó divertido ante el entusiasmo de Liv.

— ¿Guapa?

Zack abrió la boca con mesura. De repente le empezaba a gustar aquel juego.

— Bueno — titubeó — es guapa.

— ¿Mucho? — inquirió.

— ¿Estás celosa? — torció su sonrisa con descaro.

— ¡No! — exclamó avergonzada ante su mirada de deseo.

— ¿Seguro? — arrastró sus palabras jocoso.

— ¡Zack! — golpeó su antebrazo con enojo.

Zack se puso serio.

— Está bien — dijo resignado — la señora Hudson está felizmente casada con Charles Hudson. Viven en una granja colindante al sur, y tienen una hija de una diez años, creo — Zack clavó sus apasionados ojos en su mujer y añadió mordaz — ¿Contenta?

Liv asintió feliz e inconsciente acarició su pecho. Zack se estremeció ante su gesto.

Sintió como todo su cuerpo se tensaba de deseo. Una irrefrenable pasión lo consumió por hacerla suya.

— ¿Me llevarás mañana a verla? Quiero darle personalmente las gracias — dijo Liv.

Zack la miró embriagado.

— Te llevaré donde tu quieras — musitó ronco.

Liv no pudo evitar temblar ante el significado de sus palabras.

Por primera vez desde que estaban casados era consciente de que estaban a solas como marido y mujer.

El anhelo surgió en ella, pero también el miedo. Los dedos de Zack acariciaron con ardor su cuello.

Se moría por besarla. Zack pensó que enloquecería de seguir así.

A Liv le castañearon los dientes. Se estremeció por completo.

Zack empezó a desnudarla lentamente. Deseaba hacerle el amor.

Con sutileza empezó con suaves caricias por todo su cuerpo.

Quería ir despacio, hacerla disfrutar de aquella experiencia juntos.

Quería amarla y que fuese suya, pero por propia voluntad, nunca la obligaría a mantener relaciones si ella no lo deseaba tanto como él.

— Zack — musitó temblorosa.

Él levantó sus ojos velados hacía su rostro. Su congoja lo abrumó.

Liv estaba temblando. De repente se sintió culpable.

Quizás estaba yendo demasiado deprisa.

— ¿Qué te ocurre? — se alarmó — estás temblando, mi amor.

Liv fue incapaz de mirarlo a la cara. La vergüenza la embargaba.

— Y-o-o-y-o — tartamudeó nerviosa.

Zack se sintió decepcionado.

— Si no estás preparada lo entiendo y lo respeto, nunca te forzaría a nada que tu no quieras hacer — replicó vehemente.

Los ojos de Liv se anegaron en lágrimas. Zack le levantó el mentón con suavidad.

— Te deseo, me muero por hacerte mía esta noche, pero no me importa esperar el tiempo que sea necesario — matizó con anhelo.

Liv se sintió morir. Compungida y avergonzada miró hacia el suelo.

— Zack — murmuró sin fuerzas — hay algo de mi pasado que tu no sabes.

Un gemido entrecortado escapó de sus labios. Zack la contempló consternado.

No sabía que le pasaba, que trataba de ocultarle. Acarició su mejilla mientras le secaba una lágrima con suma ternura.

Sus ojos se clavaron en ella.

— Cuéntamelo — le rogó ansioso — ¿Qué es eso que te aflige tanto, mi amor?

Capítulo 30

Un nudo de congoja le apretó el pecho. Liv no supo por donde comenzar.

De repente se sintió mareada. Sollozó impotente. Era incapaz de mirarlo a los ojos.

Con dolor esquivó su mirada y se removió inquieta. Tembló.

Él sostuvo sus manos con dulzura y comprensión.

— ¿Quién te hizo daño, Liv? — preguntó abrumado.

A Liv se le trabó la lengua.

— E-l- p-r-o-f-e-sor Anderson... — trastabilló nerviosa.

— ¿Qué te hizo ese impresentable? — se alarmó Zack temiendo su respuesta.

Liv sacudió la cabeza con ímpetu negándose a hablar con vergüenza.

— ¿Te tocó? — inquirió Zack preocupado.

Ella gimoteó inconsciente. El dolor asomó a sus ojos.

— El profesor Anderson me violó — le confesó con desgarró.

— ¡Qué! — chilló desconcertado.

— Yo no quería, me forzó.

— ¡Maldito hijo de puta! — siseó queriéndolo matar con sus propias manos.

Zack se sintió impotente y frustrado. Ojalá la hubiese podido proteger de ese bastardo.

El aire escapó de sus labios sin control. Un nudo le atenazó la garganta.

Ahora comprendía su miedo. Se maldijo entre dientes por su estupidez.

Un surco amargo arrugó su entrecejo cuando repuso.

— ¡Liv, mi amor! Te juro que nadie nunca más te hará daño — proclamó con ímpetu.

Liv se sintió reconfortada con sus palabras. Sus ojos se anegaron en llanto.

Tenía que ser totalmente sincera con Zack. No podía empezar su matrimonio ocultándole la verdad.

Aspiró hondo, suspiró, y dijo abatida.

— Hay algo más que debes saber.

Zack arqueó las cejas confuso.

— Es posible que no pueda darte hijos — y agregó consternada — tras la violación me quedé embarazada, pero sufrí un aborto. Los médicos me dijeron que quizás nunca más pudiese tener niños.

Liv rompió a llorar compungida. Zack la miró apasionado.

— No me importa si no lo podemos tener, adoptaremos a todos los niños del mundo si eso te hace feliz — repuso firme.

— ¿De verdad? — a Liv se le iluminó el rostro.

— Totalmente — le afirmó Zack.

— ¿No te enfadas conmigo? — inquirió temerosa.

— ¿Por qué? — sonrió taciturno — mírate, eres joven y preciosa — y agregó — tendremos hijos de un modo u otro.

Liv se estremeció completamente. Él acarició su pelo con ternura.

— Eres especial, Liv — musitó ronco.

— ¿Especial? — repitió con todo decepcionado.

Esas no eran precisamente las palabras que ella deseaba escuchar de su boca.

— Sí, lo he sabido siempre — repuso sin percatarse de la tristeza que inundó a Liv.

La joven se abrazó a su pecho ocultando su evidente desconcierto.

Zack la deseaba sí, pero jamás la amaría. Su corazón se sintió herido y desgarrado.

Una inmensa desdicha la embargó. ¿Cómo podría acostumbrarse a vivir una vida sin su amor?

No fue la noche soñada de bodas, pero al menos Zack cumplió su promesa de respetarla.

No la tocó como el esposo que era, aunque por dentro sintiese como el deseo quemaba su piel.

Al día siguiente Liv siguió empeñada en ir a conocer personalmente a la señora Hudson.

Extrañamente sentía que debía darle las gracias. Quiso que Zack la acompañase, pero una rotura en la dársena lo mantuvo ocupado toda la mañana.

Liv decidió ir sola. Tomó el camino del sendero bajo y anduvo por la arbolada hasta llegar a la granja de los Hudson.

Con determinación cruzó la verja del cercado y caminó hasta el bonito porche de flores.

Un leve escalofrío le erizó la piel. Liv sintió como si una conexión especial la uniese a ese lugar.

Nunca antes había estado allí, pero sin embargo podía sentir que le era familiar.

Su corazón golpeó su pecho desbocado. Nerviosa tocó la campanilla de la entrada, y aguardó impaciente a que alguien le abriese la puerta.

Liv se retorció las manos bajo el vestido. El aire removió su largo y ondulado cabello.

De nuevo tocó sin obtener respuesta. Desilusionada se dio media vuelta.

De repente oyó pasos cercanos. Liv agrandó los ojos como platos y tragó saliva con dificultad.

Observó como la figura de una mujer esbelta asomaba a la puerta.

Contuvo levemente la emoción. Liv se estremeció.

Juliet Hudson la recibió con suma sorpresa.

— Hola — repuso amable — ¿En qué puedo ayudarla? — añadió con una extraña melancolía.

Capítulo 31

La primera vez que Liv vio a la señora Hudson se le paralizó el corazón.

Un fuerte nerviosismo la estremeció hasta la médula.

Era una mujer ciertamente joven y hermosa, de unos cuarenta años, pelo largo rojizo, y bonitos ojos verdes agua.

La miró abrumada. Liv se quedó callada sin saber que decir.

Pasado unos segundos reaccionó ante su pregunta.

— H-o-la — dijo — me llamo Olivia Harris y soy...

La señora Hudson sonrió taciturna mientras curiosamente la escudriñaba.

— Se quien eres — repuso cortés — la señora Montana.

— Sí — se ruborizó — usted estuvo ayer en mi boda, ¿verdad?

— Así es — concordó ella, y agregó — pero pasa, no te quedes en la puerta — la invitó al interior de la casa.

— Gracias — musitó Liv observando la cómoda estancia.

Era sencilla pero acogedora.

— ¿Te puedo ofrecer algo de beber, un te o un café?

— Café — contestó.

— Bien — se dirigió veloz hacia la cocina — siéntate — le indicó mientras preparaba la cafetera.

— Señora Hudson he venido para darle las gracias por salvarme la vida — dijo Liv abrumada.

— No fue nada — le restó importancia sin dejar de realizar su tarea.

Liv insistió agradecida.

— Para mi si, desde pequeña soy alérgica a la picadura de esos insectos, mi esposo me dijo

que de no se por usted podría haber muerto.

La señora Hudson se mostró apurada con su gratitud.

— Solo apliqué mis pocos conocimientos y actué con rapidez, cualquiera lo habría podido hacer.

Juliet se acercó hasta una vitrina y cogió dos tazas.

Luego las puso sobre la mesa y esperó a que el café subiera.

— De nuevo le doy las gracias señora Hudson en nombre de Zack y mío — repuso Liv.

Los ojos de Juliet se ensombrecieron.

— Puedes llamarme Juliet — y agregó — si quieres.

Liv asintió tímida.

— Tiene una casa muy bonita, ¿vive sola con su esposo? — inquirió curiosa.

— No — respondió ella — tengo una hija, Lily.

Liv arqueó una ceja con sorpresa.

— ¿Lily Hudson es su hija?

— Sí — se extrañó ante su pregunta — ¿Por qué?

— Soy su profesora en la escuela, y déjeme decirle que tiene una hija lista, aplicada, y estudiosa.

— Lo sé — repuso Juliet.

— Es una niña extraordinaria — añadió Liv.

— Sí, su padre y yo nos sentimos muy orgullosos de ella.

— Y no es para menos — alegó con una sonrisa.

— Y dime Olivia — se interesó de repente.

— ¡Oh llámeme Liv!

A Juliet se le formó un nudo en la garganta.

— Liv, ¿de dónde procede tu apellido?

— ¿Harris? — se extrañó.

— Sí, ¿de padre o de madre?

Liv se elevó de hombros incómoda.

— Yo no tengo padres, señora Hudson — contestó con amargura — me crié en un orfanato.

— ¿En el “Harrithon “? — inquirió dubitativa.

— ¿Cómo sabe eso? — abrió la boca con desconcierto.

El silbido de la cafetera sobresaltó a Juliet. Rápidamente la apartó del fuego.

Liv aun esperaba una respuesta. Taciturna dijo acercándose de nuevo a la mesa.

— Crecí en Manhattan, cerca de la gran manzana de Nueva York, así que es raro no haber oído hablar de “Harrithon” — matizó con prontitud.

— ¿Usted es de Nueva York? — pareció desconfiada.

— Aunque no lo puedas creer ahora, sí.

Liv nunca lo hubiese adivinado por su aspecto. Juliet parecía toda una granjera de Texas.

— ¿Y cómo llegó hasta aquí? — se atrevió a preguntarle.

La mirada de Juliet se entristeció.

— En Manhattan no era feliz, así que decidí dejarlo todo y empezar de cero — y matizó con una semi sonrisa — de joven era como tú — arrastró sus palabras — indecisa e insegura, pero cuando llegué a Madisonville supe que mi hogar estaba aquí.

— ¿Y entonces conoció al señor Hudson? — preguntó interesada en indagar su historia.

— Yo tenía tan solo veintitrés años, y me enamoré perdidamente de Charles — replicó Juliet — ¿Qué edad tienes tú?

— Cumpliré veinticuatro en julio.

Juliet arqueó una ceja.

— ¿Qué día naciste? — inquirió.

— Un cuatro de julio — respondió.

— Así que tu signo es cáncer — conjeturó pensativa.

— Pero nunca he celebrado mi cumpleaños — objetó apesadumbrada.

Las facciones de Juliet se ensombrecieron.

— ¡Lo siento! — se culpó a ver la tristeza de la joven.

Juliet se apresuró en cogerle las manos con cariño.

Aquel gesto desconcertó a Liv.

— Se me ha hecho demasiado tarde, debo irme — repuso poniéndose en pie.

— ¿Tan pronto?

— Zack me espera — respondió apurada — ha sido un placer conocerla señora Hudson.

— Lo mismo digo, Liv — se le iluminó la mirada — ven siempre que quieras — dijo acompañándola hasta la puerta.

Liv sintió como un extraño desazón invadió su estómago.

— Hasta pronto — se despidió.

Juliet agitó su mano en el porche.

— Adiós — repuso cerrando la puerta tras ella.

Capítulo 32

Era martes. Y como cada martes Zack acudió a la tumba de Esmeralda para llevarle flores.

Pero ese día no era un martes cualquiera. Su visita era muy diferente al resto de las anteriores.

Su motivo era despedirse para siempre de su mujer. Zack había ido allí para enterrar definitivamente su pasado.

Había llegado el momento de pasar página. Nunca la olvidaría y siempre les quedaría su hija Harley, pero Zack quería empezar una nueva vida con Liv.

Apesadumbrado se sentó sobre su tumba y colocó las flores junto a su lapida.

El dolor anegó sus ojos.

— Hola mi amor — musitó abatido.

Zack no pudo contener una lágrima al leer su epitafio;

“ Madre, esposa, y amiga. Nunca te olvidaremos ”.

— Perdóname — sollozó roto — se que te he fallado — hundió su rostro entre sus manos — se que no he cumplido mi promesa — prosiguió Zack — pero me he enamorado, no he podido evitarlo Esmeralda, la amo, sí — agregó con ímpetu — como nunca imaginé que la amaría.

Miró al cielo derrotado buscando una respuesta.

— ¿Y qué puedo hacer ahora?

El conmovedor silencio inundó su corazón. Zack se sintió impotente.

— Contra el amor no se puede luchar — musitó — yo no lo he buscado, él me ha encontrado a mi — sonrió taciturno, y agregó — solo espero que algún día me puedas perdonar, cuidaré de nuestra pequeña y te prometo que le daré un hogar feliz.

Zack se levantó y observó una vez más la tumba de su esposa.

— Siempre te querré Esmeralda — expresó con la mano en el corazón.

Un surco arrugó su entrecejo. Era hora de regresar a casa.

Extrañamente Zack se sintió en paz consigo mismo. Ya no sentía aquella pesada cadena sobre su cuerpo.

Era libre para amar a Liv.

— Adiós, mi amor — se despidió para siempre de ella.

Zack giró sobre sus talones, montó a lomos de “Morvin”, y con aquel firme pensamiento regresó junto a su familia.

La puerta de la habitación estaba medio abierta.

Solo tuvo que empujar un poco y entrar dentro. No debía hacerlo.

Zack se lo había prohibido tajantemente, pero Liv no pudo contener su curiosidad.

Necesitaba saber que escondía la habitación de Esmeralda.

Con paso lento avanzó hacia el interior. Había muchísima luz que entraba a través de un enorme ventanal.

Un nudo le oprimió el pecho. Liv observó la estancia.

Era una habitación ordenada y femenina, con aquel toque rosa que coloreaba sus paredes.

La cama era grande, con dosel. Las cortinas de raso blanco immaculado.

Había un bonito tocador con un espejo dorado junto a un taburete. También un armario y dos mesillas de noche.

Un montón de libros permanecían llenos de polvo sobre una estantería.

El tiempo parecía no haber pasado en aquel lugar. Liv sintió un fuerte escalofrío que le recorrió la médula.

Caminó temblorosa por la habitación. El silencio era casi abrumador para sus sentidos.

Observó una repisa con algunas fotos familiares. A Liv le llamó la atención.

Se acercó para mirarlas con más detenimiento. En casi todas salía Harley de bebé.

También Zack con la pequeña en brazos, y a su lado una hermosa mujer de sonrisa afable.

Había un montón de fotos de ambos a caballo, de paseo, en el primer cumpleaños de Harley.

Sonreían. Parecían felices. Una autentica familia unida.

Una congoja le anudó el estómago. Liv contuvo las lágrimas.

Una foto llamó en particular su atención. Liv cogió el marco entre sus temblorosas manos.

Era una joven realmente hermosa, de largo cabello rubio, mejillas sonrosadas, pómulos altos, cejas perfiladas, y sus ojos...

Estuvo a punto de desmayarse. Liv se quedó impactada cuando descubrió sus ojos.

Retrocedió confusa. Zack la observó en ese momento apostado desde el quicio de la puerta.

Contuvo la emoción cuando le habló con calma.

— Esmeralda y yo nos conocimos en pre-escolar.

Sobresaltada Liv se giró hacia él. Zack tenía una extraña y melancólica mirada que la estremeció.

— Era la niña más bonita de toda Texas, fue amor a primera vista — matizó dando un paso al frente — la amé desde el primer día, junto a ella viví los momentos más felices de mi vida.

Liv se mostró celosa.

— L-o s-i-e-n-to — tartamudeó culpable — no debí entrar aquí.

Zack ladeó la cabeza taciturno.

— Ahora eso no importa.

— ¿Estás enfadado conmigo? — pareció temerosa y eso le arrancó a Zack una sonrisa.

— No — respondió contundente.

A Liv se le escapó un hondo suspiro. Zack clavó sus ojos en ella con pasión.

— Era una mujer muy hermosa — se atrevió a decir Liv contemplando su fotografía — y tenía los ojos...

— Verdes, sí — repuso con fervor — desde niños Esmeralda lo fue todo para mi, primero fue mi amiga, luego mi esposa, y por último la madre de mi hija — un surco de dolor barrió sus facciones al añadir — cuando murió en ese accidente de caballo, mi mundo entero se derrumbó sin ella, creí estar muerto, nada salvo Harley me motivaba a continuar luchando, hasta que llegaste tú — y dijo con pasión — un soplo de aire fresco.

Liv contuvo un gemido. Sus ojos se anegaron en lágrimas.

Con urgencia necesitó hacerle aquella pregunta que le desgarró el alma.

— ¿Y por qué te casaste conmigo?

Capítulo 33

Zack contestó sincero.

— Cuando te conocí supe que tenías que ser tu— musitó ronco.

— ¿Por mis ojos verdes? — inquirió con amargura.

— ¡No! — exclamó con sorpresa.

— ¿Entonces por qué?

Zack prosiguió dejándole entrever su corazón desnudo.

— Tú lo cambiaste todo Liv, me hiciste ver que no podía seguir aferrado a mi pasado.

— ¿Yo? — preguntó afligida.

Zack le acarició la mejilla con candor.

— ¿Es qué aun no te has dado cuenta? Me casé contigo porque estoy locamente enamorado de ti — le confesó con vehemencia.

Liv sintió como su corazón se desbocaba. Intentó controlar el fuerte nerviosismo que recorrió su cuerpo.

— Te amo Olivia Harris — añadió Zack — te amé desde ese instante en que te vi con tu maleta y esa mirada perdida de inocencia, y solo espero que tú algún día me puedas amar a mí — musitó con ímpetu.

— ¡Oh Zack! — se lanzó a sus brazos — yo hace tiempo que te amo — admitió Liv emocionada.

Zack se sintió el hombre más feliz del mundo. Sus ojos la miraron con un brillo fugaz.

Con anhelo la besó apasionadamente.

— Liv — dijo — mi Liv.

Zack la levantó entre sus brazos y la llegó hasta el dormitorio.

Liv se colgó de su cuello sin ningún temor. En esta ocasión hubo deseo en su mirada.

Quería entregarse a él completamente. Zack la tumbó en la cama mientras la besaba sin control.

Liv lo despojó impaciente de la camisa y acarició con desvelo su torso desnudo.

Aquel gesto arrancó un gemido a Zack. Con temor elevó su mirada hacia la suya y se obligó a formularle aquella pregunta.

— ¿Estás segura de qué estás preparada para esto? Puedo esperar el tiempo que haga falta.

Zack se removió con abultado dolor en la ingle.

— Sí — musitó ella — te amo — le repitió con fervor.

Zack la besó con urgencia. Introdujo su lengua dentro de su boca buscando con anhelo su respuesta.

Liv se estremeció por completo. Sus lenguas se enredaron al unísono.

Una explosión de calor le nació en la entrepierna.

Liv jamás había experimentado aquella extraña sensación que le quemaba.

Zack siguió acariciándola. Quería ir despacio, pero la deseaba demasiado.

Con desvelo se deshizo de su vestido. La joven tembló al verse desnuda ante sus ojos.

Sus mejillas se arrebolaron inocentemente. Sus cuerpos se tocaron con deseo latente.

Los ojos de Zack la devoraron intensamente. La urgencia de poseerla lo enloqueció.

Con gula apresó uno de sus pezones y lamió su aureola hasta arrancarle un gemido de puro placer.

Liv se arqueó bajo su cuerpo consumida por sus caricias.

Las manos de Zack bajaron por su abdomen produciéndole un maremoto de sensaciones.

Era algo dulce, embriagador, un calor que se expandía por su piel sin control alguno.

Rápidamente se quitó los pantalones y se recostó a su lado.

El deseo emanaba de su cuerpo. Zack jadeó con pasión.

Su lengua bajó por su ombligo, cadente y juguetona. Liv soltó un suspiro abrasador.

Zack le abrió las piernas con sumo cuidado y se posicionó sobre ella.

La joven tembló ante la inminente penetración. Arrugó el entrecejo asustada.

— Tranquila, mi amor — le murmuró Zack contra su boca — no te dolerá, te lo prometo, ¿confías en mí?

Ella asintió firme.

— Sí.

— Nunca te haré daño — afirmó — te amo demasiado para perderte.

Liv se estremeció ante sus palabras. Confiaba ciegamente en él.

Ahora era su esposo y como tal siempre la protegería.

Lentamente Zack se introdujo dentro de su vagina.

Liv cerró fuertemente los ojos, y cuando los abrió un calor abrasador manaba de su interior.

Era una sensación mágica y exquisita. Los velados ojos de Zack se fundieron con los suyos.

Él esperó el momento justo para empezar a moverse.

Liv lo miró con anhelo. Entonces la penetró con más fuerza. Ella gimió de placer al sentir su erecto miembro en su interior.

Poco a poco se fue acoplando a su ritmo. Enredó sus piernas alrededor de sus caderas.

Zack se movió más rápido con un corto jadeo. Liv sintió como el libido chorreaba por su entrepierna.

Jadeó agarrándose a su espalda. El clímax explotó en su interior.

El dulce orgasmo la hizo gritar de placer. Extasiado Zack la contempló complacido.

Un movimiento más, una última y placentera embestida y él también alcanzó el éxtasis.

Sus cuerpos se unieron en un solo ser. Fue la unión perfecta entre marido y mujer.

Derramó su semen en su interior y cayó exhausto junto a ella.

Capítulo 34

La voz de alarma sonó en el condado esa madrugada.

El rancho “Fawall” había sido incendiado por unos malhechores.

La primera hipótesis apuntaba hacía una banda de forajidos del sur de San Marcos, pero Zack empezaba a sospechar que tras aquel desgraciado infortunio se escondía la mano del señor Polaskin, aunque no tenía ninguna prueba que lo demostrase.

Los hombres acudieron a sofocar el fuego con baldas de agua que fueron cogiendo del río.

Fue una noche sumamente larga. Las mujeres aguardaron a que sus maridos regresasen a casa.

Afortunadamente no hubo que lamentar ninguna víctima, pero sin embargo el rancho quedó desolado.

La pobre señora Fawall lo perdió todo, el granero, los animales, incluso la casa.

Todo fue arrasado por las llamas. La mujer lloró desconsolada.

Era una señora ya mayor, viuda, y sin hijos. Toda su vida había vivido en Madisonville, pero ahora se veía sin nada.

A la mañana siguiente las mujeres acudieron con comida.

Unas llevaron lentejas, otras puchero, algunas arroz, todas se volcaron con la señora Fawall, incluida Liv.

Durante toda la noche preparó un guiso de carne mechada con patatas.

Era lo menos que podían hacer por ella. La mujer se sintió agradecida con la solidaridad de sus vecinos.

Ahora se tendría que marchar a vivir con su hermana a Houston, y sin otro remedio malvender sus tierras.

— ¿Quién podría haber hecho semejante barbarie? — inquirió desolada Emma pensando en el porvenir de su pequeño Henry.

— Esos delincuentes deberían estar presos — agregó Liv consternada.

— Si es que los cogen — se sumó a la conversación la señora Preston.

— El sheriff y sus hombres ya van tras su pista — intervino la señora Meil.

— ¿Ese inútil de Perry? — añadió con reticencia Cassie.

— Dale una oportunidad — replicó la otra.

— Esperemos que todo este asunto se solucione — dijo Emma conmovida por la situación.

— ¿Y qué piensa hacer ahora, señora Fawall? — inquirió Liv observando el lamentable estado de la casa.

Los ojos de la mujer la miraron entristecidos. Ya tenía una edad avanzada y demasiado trabajo a sus espaldas.

Cansada soltó un hondo suspiro.

— Me iré a casa de mi única hermana Loren, que vive en Houston.

— ¿Y el rancho? — replicó la señora Presston.

— Ya nada de lo que queda vale gran cosa — alegó sin esperanza alguna.

— ¡Pero son sus recuerdos! — repuso Cassie.

— De los recuerdos no se vive, hija — contestó la mujer apenada.

— ¿Entonces venderá sus tierras? — preguntó Emma.

— Así es, ya he hablado con el señor Polaskin y sigue interesado en hacerme una oferta — dijo.

— Ese tipo no me gusta — objetó la señora Meil.

— Lo cierto es que a mi tampoco — agregó Emma algo desconfiada.

— ¿Y cuando se marcha? — replicó Liv.

Aunque apenas había tenido tiempo de conocerla había empatizado mucho con ella.

En el fondo le dio pena.

— Mañana mismo — respondió taciturna.

— ¿Tan pronto?

— Cuanto antes mejor — dijo desolada.

— ¿Y si pudiésemos hacer una recolecta benéfica? — añadió Liv entusiasta — de esa

manera no tendría que vender su rancho.

— ¡Sí, una recolecta! — concordó la señora Meil.

— A mi me parece estupendo — las apoyó Emma.

— ¡Hagámoslo! — se alzó portavoz Cassie — y que nuestros maridos se encarguen de los arreglos.

— Siii — chillaron todas menos la señora Fawall.

La mujer negó con la cabeza repetidas veces.

— Es mucho trabajo y dinero — repuso preocupada.

— Lo podemos conseguir — alegó Liv sin querer tirar la toalla.

— No serviría de nada — objetó reacia — yo estoy ya cansada y mayor para seguir con esto — soltó con lamento.

— ¿Y ya está? — saltó Emma — ¿Se rinde?

Las lágrimas asomaron a sus ojos.

— Les agradezco enormemente su ayuda, pero mi decisión ya está tomada — repuso firme.

— ¿Y qué pensaría el señor Fawall? — dijo Cassie.

Exhausta elevó sus ojos hacia el cielo. Su marcado rostro se ensombreció.

— El señor Fawall hace demasiado tiempo que se marchó — y agregó melancólica — él adoraba estas tierras incluso mucho más que yo.

— ¿Entonces? — la incitó Emma.

— Ya es tarde para mí, querida — contestó con tono resignado.

— ¿Está segura? — trataron de convencerla en vano.

— Sí, además con mi hermana Loren estaré bien.

Todo el condado sintió la marcha de la señora Fawall.

Tras vender sus tierras una ola de vandalismo se instaló en Madisonville sembrado de esa manera la incertidumbre entre sus vecinos.

Capítulo 35

La penetrante y fría mirada de Lorraine se clavó como un puñal sobre la figura de Gwen.

Sus dientes chirriaron con un extraño sonido que le erizó la piel.

Lorraine apretó con furia su puño hasta que sus nudillos emblanquecieron.

Con evidente frustración pateó el suelo.

— ¿Cómo demonios me explicas qué mi plan saliese mal? — inquirió buscando una respuesta — ¡dímelo! — tronó perdiendo los nervios.

Con ojos calmados Gwen mantuvo la compostura ante su evidente ataque de histeria.

Elevó sus hombros indiferente y dijo.

— Yo tan solo hice lo que usted me ordenó — se expió de culpa.

— ¡Pues lo hiciste mal! — la atacó dolida.

— ¿Qué insinúa, señora Foster? — se molestó la joven ante su comentario mordaz.

— A las pruebas me remito — absorbió con gimoteo por la nariz — que fallaste, querida — la acusó directa.

— Sino hubiese sido por esa entremetida de la señora Hudson... — dejó caer sus palabras.

— Eso son excusas — se mantuvo firme — me has decepcionado, Gwen — la miró con desdén.

Gwen no se quedó callada y explotó mirándola con resentimiento.

— Me jugué mi puesto por ayudarla, ¿acaso eso no cuenta? — le inquirió con una extraña pregunta.

Lorraine se paseó inquieta de un lado a otro del salón.

— Fracasaste — le escupió furiosa — y ahora esa mosquita muerta está casada con Zack, ¡mi Zack! — presumió con posesión.

A duras penas Gwen se contuvo la lengua para no saltar.

Un brillo oscuro resurgió en su mirada cuando pasiva le habló.

— Tranquilícese, señora Foster.

Lorraine abrió la boca con mesura.

— ¿Cómo dices? — se enervó.

Gwen se acercó a ella misteriosa.

— Tengo un plan — dijo.

— ¿Otro? — curvó sus bonitas cejas escéptica.

— Este funcionará — le aseguró la joven.

Aquello le gustó a Lorraine.

— Explícate — le exigió.

— Aun podemos librarnos de ella — replicó con un filo de maldad aplastante.

— ¿Y cómo? — preguntó Lorraine.

— Déjelo en mis manos, señora Foster.

— ¿Para qué falles de nuevo? — le escupió sarcástica.

Gwen la miró a punto de degollarla.

— Esta vez no fallaré — contestó segura.

— ¿Y como lo sabes? — le lanzó.

— Lo sé — fue aplastante.

Lorraine torció la sonrisa, satisfecha.

— Está bien, confiaré de nuevo en ti, tan solo espero que Olivia Harris desaparezca de mi vida cuanto antes — sentenció fría.

— Así será — le afirmó la joven con malicia.

Juliet Hudson se removió intranquila mientras observaba una vez más aquellos documentos sobre la mesa.

Hacía días que no pensaba en otra cosa, desesperada.

No podía continuar con aquella angustia que la consumía.

Ni comía, ni dormía. Necesitaba saber la verdad, aunque su corazón conocía la respuesta.

Lo supo nada más verla. Una madre sabía aquellas cosas.

Era el instinto que nace de lo profundo del alma. Pero necesitaba confirmar sus sospechas.

Para ello le encargó el trabajo a su abogado, un hombre conciso y de plena confianza.

Juliet ya no soportaba más el sufrimiento en sus carnes.

Y por fin los documentos habían llegado. Ahora no se atrevía ni tan siquiera a abrirlos.

Llevaba el sello estatal de la agencia de detectives que su abogado había contratado en Nueva York.

Juliet se mordió las uñas con nerviosismo. El corazón parecía que se le iba a salir por la boca.

¿Y si se confirmaba qué sí, qué era su hija? Juliet no estaba segura de como contarle a Liv que ella podía ser su madre.

Sospechaba que la joven jamás la perdonaría. Un nudo de angustia la sofocó por dentro.

Con zozobra rasgó el sobre. En su interior estaba el resultado que durante años había buscado sin éxito.

Tuvo que tomar asiento para no caerse al suelo. Sentía que le temblaban las piernas.

El dolor la invadió como un puñal que atravesaba su alma.

Juliet extrajo los documentos y los leyó mientras sus ojos se iban anegando en lágrimas.

Sintió que apenas podía respirar. Una a una, párrafo por párrafo, leyó las líneas de aquel informe que también iba acompañado de fotos antiguas.

Juliet suspiró abatida. Allí estaba toda su vida. Sintió que todo su mundo se vino abajo.

Una mezcla de sentimientos la inundó por completo.

Lloró desconsolada. El dolor le oprimió con fuerza el pecho.

Durante veintitrés años estuvo incompleta. Siempre le faltó ella, esa hija que un día le

arrebataron injustamente de sus brazos.

Capítulo 36

Un temblor la sacudió con fuerza.

Juliet había aguardado demasiado tiempo ese momento.

Un surco de dolor arrugó su entrecejo. Ella apenas había tenido diecisiete años cuando se quedó embarazada.

Había sido joven e inexperta y sus padres no le pusieron las cosas nada fáciles.

Juliet observó la partida de nacimiento de Liv. Efectivamente había nacido un cuatro de julio.

Todo concordaba, la fecha, el nombre, el lugar del nacimiento.

Los datos de registro del orfanato “Harrithon” le confirmaban que Olivia Harris era su hija.

A Juliet le dio un vuelco el corazón. Los ojos se le cubrieron de lágrimas de felicidad.

¡Su hija! Juliet cogió temblorosa las viejas fotos. En ella contempló a Liv siendo apenas un bebé de días.

Recordó con aprensión como se la arrebataron de sus manos.

Sollozó impotente. También había fotografías de su niñez, y un informe exhaustivo del detective encargado del caso.

No había ninguna duda, era ella. Una extraña mezcla de sentimientos la embargó, dicha, incertidumbre, miedo...

¿Y si Liv la rechazaba como madre? Su reacción sería lógica.

Pero Juliet quería que conociese los verdaderos motivos por los que la abandonó.

Era el destino quien la había llevado allí, quien había puesto nuevamente en su camino a su hija, y esta vez Juliet no pensaba abandonarla.

No se rendiría. El llanto anegó sus mejillas. Estaba dispuesta a recuperarla costase lo que costase.

Con aquella firme resolución guardó los documentos en el sobre.

Primero tendría que hablar con Charles. Él siempre había conocido su pasado y la había

apoyado con todas sus fuerzas.

Luego le contaría a Lily que tenía una hermana mayor.

Estaba segura que se pondría muy contenta. Y por último hablaría con Liv, le abriría su corazón como madre y esperaría que la perdonase por todo el daño que injustamente le causó.

Neil bajó de su caballo y contempló indeciso el rancho de los Campbell.

El cielo estaba ligeramente encapotado y una brisa fresca soplaba sobre los campos al atardecer.

No sabía exactamente que hacía allí, pero era la jornada libre de Ivy en la cantina, y Neil necesitaba despedirse de ella antes de marcharse al día siguiente al ejército.

Había meditado mucho su decisión y no dejaría que su testarudo orgullo lo echase todo a perder.

Neil siempre soñó en convertirse en un hombre de provecho.

Y ahora le había llegado la oportunidad de demostrarlo.

{El amor solo es para tontos}, se dijo convenciéndose a si mismo de que Ivy jamás se fijaría en un chico como él.

Ató las bridas de su caballo al cercado y caminó enérgicamente hacia la puerta.

Le sudaban las manos cuando tocó la campanilla. Un nudo le apretó la garganta con congoja.

De pie esperó impaciente a que abrieran. Los segundos le parecieron casi eternos.

Neil miró hacia el suelo. Quizás había sido un tonto error ir a verla.

Estaba confuso. El padre de Ivy salió al porche con malas pulgas.

Era un hombre alto y robusto, de carácter fuerte. A Neil le temblaron las piernas cuando lo acribilló con aquella mirada desaprobatoria.

— Buenas tardes, señor Campbell — Neil se quitó su sombrero para saludarlo.

— ¿Qué quieres? — lo increpó rudo.

— He venido a ver a Ivy — se atrevió a pronunciar Neil.

— Ivy no está — replicó su padre raudo.

Neil se mostró nervioso.

— En la cantina me han dicho que era su día libre — intentó explicarse.

El señor Campbell lo miró de arriba abajo con desagrado.

— Ya te dicho que mi hija no está — repitió de mala gana.

— Tan solo quiero hablar con ella — replicó Neil serio.

— ¿Para qué? — se extrañó su padre.

— Q-w-e-r-i-a — tartamudeó — despedirme.

— Mi hija no quiere verte, chaval.

— ¿Se lo ha dicho ella? — inquirió Neil decepcionado.

— Mira, conozco a los chicos como tu, sabes — le dijo con resquemor.

— ¿Cómo yo? — repitió sin entenderlo.

— Sí — se jactó claro — como tú.

— ¿A qué se refiere, señor? — preguntó desconcertado.

El señor Campbell rió con una carcajada.

— Los chicos como tu solo hacen daño a mi hija — respondió tajante — no se que es lo que pretendes con ella, pero déjala en paz — le ordenó tosco.

— Señor, creo que se equivoca conmigo — trató de defenderse de su ataque.

— Ivy se casará con Andrew, así que márchate ahora de mi casa — le espetó furioso.

Cabizbajo Neil dio media vuelta.

— ¡Y no vuelvas! — le gritó el señor Campbell.

La rabia lo consumió por dentro. Neil caminó hacia su caballo cuando una voz a sus espaldas lo detuvo.

— ¡Neil!

Con el corazón en un puño Ivy corrió hacia él sin importarle la orden de su padre.

Neil se giró en redondo hacía su rostro. Un suspiro escapó de sus labios al ver sus sonrojadas mejillas.

— Ivy — la nombró dulcemente mientras desataba las bridas del cercado.

Sus ojos se clavaron en sus ojos con pasión.

— Tu padre me dijo que no querías verme — añadió apesadumbrado.

— Eso no es verdad — respiró entrecortadamente, y agregó — no deberías hacerle caso a mi padre, piensa que todos los hombres solo quieren dañarme — le explicó con un rubor.

Neil movió la cabeza taciturno.

— Quizás lleve razón — objetó dolido.

— ¿A qué has venido? — inquirió Ivy decepcionada con sus palabras.

— Ya no importa — respondió Neil dando media vuelta.

— ¡Espera! — le pidió ella — dime a que has venido.

Capítulo 37

Los ojos de Ivy lo miraron con suplica. Neil se sintió abrumado.

Su temperamental carácter lo delató cuando repuso con voz ronca.

— Tan solo quería despedirme de ti — la miró intensamente.

— ¿Te marchas? — arqueó una ceja.

— Mañana — respondió.

— Entonces es cierto lo que dicen, ¿no?, que te vas al ejercito — casi le temblaron las palabras.

— Es cierto — corroboró él.

Ivy pareció decepcionada.

— ¿Por qué? — quiso saber con incertidumbre.

— Es mi mejor opción — respondió tácito.

— ¿Tu mejor opción? — repitió ella algo incrédula.

— Mi lugar es el mundo Ivy, soy un nómada — repuso Neil con excusa.

— Lo que te pasa es que huyes de tus responsabilidades — le recriminó dolida.

Él apartó sus ojos hacía el suelo.

— ¿Y si fuese así? — se atrevió a desafiarla.

El alarido de Ivy magulló sus oídos.

— Serías un cobarde — le reprochó con culpa.

Neil sonrió abatido.

— Puede, pero es mi decisión — se mantuvo firme.

Con prontitud se acercó a su caballo.

— Adiós Ivy — se despidió.

— ¡Espera! — lo detuvo exasperada.

En un arranque de ímpetu Ivy le hizo entrega de una foto.

Neil la observó confuso.

— ¿Y esto? — sus ojos se fijaron amargamente en su imagen.

Un nudo le atenazó el estómago.

— Si te vas quiero que te lleves un recuerdo mío — dijo ella abrumada.

— No puedo aceptarlo, Ivy — se negó a cogerla.

Sus manos se rozaron electrizantes. El atardecer casi había caído sobre el horizonte.

— Quédatela — le rogó rota.

Neil se sintió compungido. Entonces se la guardó en el bolsillo de la camisa, junto a su corazón.

Ivy lo miró con anhelo.

— También quiero que te lleves algo más — repuso tímida.

— Qué.

La joven se puso de puntillas y acercó sus labios a los suyos.

A Neil le pilló de improviso. Sus labios se unieron con suavidad al ritmo que marcaba sus corazones.

Fue un beso tierno, suave, pero Neil deseó mucho más.

Abrumado se apartó de ella.

— Ivy — musitó ronco.

— Ahora ya te puedes marchar — dijo ella conteniendo un sollozo herido — te esperaré — le prometió solennemente.

Ivy dio media vuelta y con el candor del beso aun en sus labios corrió destrozada hacia la casa.

Neil la observó impotente. Un surco de dolor arrugó su entrecejo cuando pateó el suelo derrotado.

Luego subió a su caballo y espoleándolo rápidamente se alejó de allí para siempre.

El sheriff Perry visitó el rancho Montana con la intención de informar a la familia sobre los últimos acontecimientos que giraban en torno a la desaparición de Justin.

Su cuerpo nunca apareció entre los escombros del incendio, por lo que se sospechaba que el sujeto podía estar vivo.

El sheriff se mostró cauto aunque preocupado. Emma lo escuchó hablar temblorosa.

Sabía que Justin era peligroso, y que con él suelta su vida y la de su hijo corría un serio peligro.

Justin regresaría, Emma estaba segura, y quería venganza.

Un acrecentado temor anegó sus pupilas.

— Como les iba diciendo — continuó el sheriff — fuentes cercanas me han informado de que han visto a Justin merodear por Houston.

— ¡Qué! — exclamó Emma exaltada — entonces sigue vivo.

Liam observó a su mujer, apurado.

— Tranquilízate, mi amor — le pidió con calma.

Emma sacudió la cabeza.

— ¡No puedo tranquilizarme sabiendo eso! — explotó con temperamento — ¿Está seguro de esa información, sheriff? — agregó Emma con pavor.

— Su primo nunca fue encontrado, señora Montana, así que cabe esa posibilidad — replicó el hombre tosco.

— No puede ser — castañeo los dientes.

— Debe apresarlos Sheriff, Justin es sumamente peligroso — añadió Liam con un nudo de angustia.

— Le aseguro que hago todo lo que está en mis manos por dar con su paradero — repuso el hombre — pero si Justin está vivo como creemos sabe esconderse muy bien.

— ¿Y qué podemos hacer mientras tanto? — inquirió Emma al borde del llanto.

— Mantener la calma, señora Montana, hablaré personalmente con el sheriff de Houston — le prometió solemne, y repuso cauto — yo de usted señor Montana extremaría la vigilancia sobre el rancho, ponga más hombres, evite dejar a su mujer sola, toda precaución en estos casos es poca — le aconsejó raudo.

Liam asintió ante su consejo. Cuando el sheriff Perry abandonó la casa Emma se desmoronó por completo.

Un mal presentimiento la invadió.

— ¿Qué haremos? — se abrazó a Liam.

— Shh — le besó la frente con amor — no dejaré que ese canalla os haga daño ni a ti ni a Henry, ¿me oyes?

Emma asintió ante las palabras de Liam.

— Pero tengo miedo — musitó contra su hombro.

— Lo sé, mi amor, pero yo estoy a tu lado, y jamás te dejaré — pronunció con ímpetu.

Emma lo miró compungida.

— ¿Y si Justin regresa? — sonó aterrada.

— No dejaré que ese canalla te haga nada — dijo firme.

Ella sollozó compungida.

— Pero y si...

— ¿Confías en mí? — le preguntó Liam.

Ella no dudó ni un solo instante su respuesta.

— Plenamente.

— Yo te protegeré — juró firme — nada nos separará, mi amor — la besó con arrebatada pasión.

— Te amo — murmuró Emma sin temor en sus ojos.

— Y yo a ti — respondió Liam buscando de nuevo sus labios.

Capítulo 38

Ese día lluvioso de viernes Liv recibió la inesperada visita de la señora Hudson.

Con sorpresa la invitó amablemente a tomar un café sin saber sus verdaderas intenciones.

Juliet había tocado a esa puerta dispuesta a confesarle que ella era su madre.

Quería abrirle su corazón, a pesar del temor a su rechazo.

Ya no podía seguir más con aquella agonía. Ella merecía saber la verdad.

Juliet quería recuperar a su hija y estaba dispuesta a todo.

Con aquel firme propósito se presentó ese día en el rancho.

Estaba nerviosa y asustada. Tras hablar con Charles y contarle que había encontrado a su hija, su esposo la apoyó incondicionalmente.

Con una extraña mezcla de amor y congoja observó a la joven.

Liv tenía sus mismos ojos, su misma mirada. Un estremecimiento le recorrió todo el cuerpo.

Apenas pudo controlar su fuerte nerviosismo cuando le habló entrecortadamente.

— Liv, hay algo que debo contarte — replicó con la duda ahogando su alma.

Liv se sobresaltó notablemente. Abrió la boca con mesura y dijo;

— ¿Ha ocurrido algo, señora Hudson?

Juliet miró a su hija con zozobra. Inconscientemente sollozó culpable.

— Tienes que saber algo de mi.

Un dolor le oprimió el pecho. Juliet sintió como su corazón se resquebrajaba.

Tembló. Afligida Liv le agarró las manos con ternura.

— Me está asustando, señora Hudson, ¿qué le pasa? — inquirió preocupada.

A Juliet le costó que las palabras saliesen de su boca con atropello.

— Y-o-o-o — empezó tartamudeando — s-o-y-t-u m-a-dre.

Liv se levantó impactada. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

La miró con resquemor.

— ¿Qué dice? — replicó incrédula — usted no es mi madre — se negó a creerla.

Liv se sintió mareada. Juliet sacó los documentos de su bolso y se los entregó.

— Soy tu madre — repitió vehemente.

— No — musitó compungida — eso no puede ser.

Liv sacudió la cabeza impresionada. Era incapaz de asimilar sus palabras.

Aquella mujer no podía ser en realidad su madre. ¿Qué clase de broma cruel era esa?

La señora Hudson era amable, dulce, cariñosa, jamás hubiese dejado abandonada a su hija.

El llanto corrió por sus mejillas mientras observaba su partida de nacimiento.

— Yo tampoco me lo podía creer — intentó Juliet un acercamiento.

— No — repitió hundida.

— Lo quieras o no soy tu madre — repuso Juliet con congoja.

Liv levantó su mirada resentida y la clavó sobre su figura.

— Todo este tiempo lo supo y me ha tenido engañada — musitó entre dientes — ¿Por qué?
— preguntó resquebrajada y añadió — si usted es mi madre, ¿por qué me abandonó?

A Juliet se le vino el mundo encima. Sintió el dolor de su corazón golpear con fuerza sobre su pecho.

— Hija — musitó compungida.

— ¡No me llame hija! — le gritó con rabia — usted no es mi madre.

— Perdóname — le rogó arrepentida.

— ¿Qué la perdone? — matizó con cinismo — para usted fue más fácil deshacerse de una hija que no quería, y ahora se atreve a venir aquí para hablarme con sus lágrimas de cocodrilo.

Sus palabras fueron como dagas que atravesaron el corazón de Juliet.

Liv apenas le daba la oportunidad de explicarse. Exasperada negó con la cabeza.

— No es así — se defendió Juliet de su ataque.

Los ojos de su hija la miraron con resentimiento. Durante años había tenido que sufrir la humillación de ser una niña abandonada, de no tener familia.

Liv llevaba muy hondo aquella soledad con la que creció.

— ¿Cómo un ser es capaz de abandonar a otro ser que ha llevado durante nueve meses en sus entrañas? — se estremeció al pensar en la posibilidad de tener algún día sus propios hijos.

— No te abandoné — se afanó en la creyera — mis padres me obligaron arrebatándote de mis brazos — gimoteó impotente.

— ¡Qué! — expresó herida por sus mentiras — ¡Sus padres!

Juliet gachó la cabeza avergonzada. Entonces habló sincera.

— Sí — dijo — mis padres eran gente de la alta sociedad, los duques de Meerihen — Juliet intentó explicarse, pero un nudo la sofocó por dentro.

Escéptica Liv la observó afligida. Todo aquello era nuevo para ella.

Juliet carraspeó incómoda y bebió agua.

— Ellos no toleraban que su hija de tan solo diecisiete años se quedase embarazada de un simple plebeyo, como ellos lo llamaban. Aquello significaba un gran escándalo dentro de su círculo social. Era la deshora de la familia — prosiguió Juliet con dolor.

Los ojos de Liv la miraron con sentencia.

— ¿Y por eso me dejó tirada a las puertas de aquel orfanato? — su voz tembló con quebranto.

Juliet se estrujó las manos con un fuerte nerviosismo.

— Yo no quería, me engañaron, me dijeron que te llevarían con una buena familia — replicó convencida.

— ¿Una buena familia? — ironizó a punto de llorar.

— Me obligaron — repuso Juliet.

— Y usted se dejó, ¿verdad?

Al parecer Liv ya la había juzgado y sentenciado en su corazón.

Juliet se sintió rota e impotente. Hubiese preferido morir en el parto a vivir aquella tortura.

— No tuve otra opción, era joven, no tenía trabajo, ni dinero, ni casa donde ir, ¿qué podía

hacer? — se excusó con culpa.

— No la creo — le soltó sincera.

— Es la verdad — contestó Juliet.

A Liv le ardieron los ojos. Con enfado replicó;

— ¿Y quién era mi padre?

Juliet tuvo que tomar asiento. Ya no tenía diecisiete años para aguantar tantas emociones juntas. Las piernas le flaquearon.

De repente el mundo se le vino encima.

Capítulo 39

Una congoja le oprimió el pecho.

Juliet procuró que la voz no le temblase. El dolor resurgió en sus ojos.

— Tu padre era el simple hijo del chófer de mi familia — matizó afligida — nadie aprobaba nuestra relación.

Liv se sentó a su lado un poco más calmada. De repente sintió interés.

— ¿Y qué pasó con él? ¿Por qué no se hizo cargo de mi?

Juliet torció la sonrisa amarga.

— Mis padres nos intentaron separar a toda costa. Dexter y yo nos enamoramos con tan solo quince años. Fue un amor a primera vista. Él era un chico diferente al resto de los demás. No se parecía en nada a esos jóvenes de la alta alcurnia, y eso era lo que más me gustaba — repuso con nostalgia — un día me invitó a salir, y ahí empezó nuestra historia, los primeros años vivimos un romance a escondidas, nadie se podía enterar de lo nuestro, pero cuando me quedé embarazada... — a Juliet se le hizo incómodo continuar.

Liv la miró expectante.

— Que — la instó a que continuase.

— Cuando me quedé embarazada mis padres se enteraron de todo, y quisieron alejarlo de mi lado, hicieron todo lo que estuvo en sus manos para que no pudiésemos estar juntos — y agregó con remarcado dolor — Dexter me pidió matrimonio, nos íbamos a fugar, pero antes de que ocurriese eso tuvo un accidente de coche — tragó saliva nerviosa — y murió.

Liv ahogó una exclamación entre sus manos horrorizada.

— Dicen que no fue intencionado, pero nunca los creí — proclamó Juliet con rabia — a mi me faltaban cuatro meses para dar a luz, mis padres me pusieron las cosas muy difíciles, me sentí sola, acorralada, y engañada — matizó con rencor.

A Liv se le conmovió el corazón.

— Y por eso se deshizo de mi — musitó herida.

Juliet agitó la cabeza con ímpetu.

— Nunca me deshice de ti, lloré desconsolada cuando te arrebataron de mi lado. Durante días estuve muy mal, casi me muero de una hemorragia, estaba muy débil. Cuando me repuse intenté localizarte, pero nadie me daba información de donde estabas.

Juliet sollozó in contenida.

— Los primeros años te busqué sin ningún resultado — intentó explicarle — entonces me hablaron de un orfanato.

— ¿El “Harrithon”? — inquirió Liv.

— Sí, me dijeron que allí solían abandonar a muchos niños — corroboró compungida.

El enfado volvió nuevamente a Liv. Sus facciones se endurecieron.

— ¿Y por qué no fue a buscarme?

— ¡Lo hice! — expresó con fervor — pero me negaron el acceso a los historiales, y me fue imposible saber quien era mi hija.

Juliet trató de serenarse. Cogió impulso y continuó.

— No tenía a nadie que me ayudase en esa búsqueda. Mi vida en Manhattan ya no tenía ningún sentido, no solo te había perdido a ti — murmuró mirándola afligida — sino también al amor de mi vida, así que lo abandoné todo, rompí la relación con mis padres y me marché un tiempo a Chicago, donde ejercí como enfermera de un hospital.

Liv se levantó y caminó nerviosa.

— ¿Y cómo llegó a parar a Texas? — inquirió desconfiada.

Juliet se frotó las manos inquieta.

— Un día vi un anuncio en un periódico que llamó mi atención. Decía que un hombre del condado de Madisonville, en Texas, buscaba una esposa. Su nombre era Charles Hudson. Junto al recorte del periódico había una fotografía. Reconocí que era muy atractivo. Yo estaba sola, hacía mucho tiempo que no me hablaba con mi familia, y decidí darle una oportunidad — Juliet sonrió con amor — fue lo mejor que me pasó en mucho tiempo, junto a Charles encontré de nuevo esa felicidad. Él me dio estabilidad y un hogar — dijo Juliet.

Los ojos de Liv se anegaron en lágrimas.

— ¿Y yo? — inquirió queriendo saber como la había encontrado.

— Lo tuyo fue un milagro — repuso emocionada — nunca imaginé que te encontraría aquí — y añadió — cuando me enteré de que una joven profesora había llegado desde Nueva York una parte de mi guardó la esperanza de que fuese mi hija perdida.

— ¿Por eso me salvó ese día? — preguntó abatida.

— ¡No! — exclamó con ímpetu — ni tan siquiera estaba segura de que fueses mi hija, por eso cuando el señor Montana nos invitó a su boda acepté con la esperanza de averiguar algo sobre ti.

Juliet se levantó de su asiento y se acercó hasta ella con fervor.

Intentó tocarla, pero Liv se mantuvo distante.

— Supe que eras tú nada más verte, pero necesitaba asegurarme, y gracias a la ayuda de Charles contratamos los servicios de un abogado — le explicó.

— Y el día que estuve en su casa me mintió — le reprochó herida.

— No te mentí — alzó la voz enojada — quería estar segura antes de contarte que yo soy tu madre.

— ¿Y ahora lo está? — le lanzó con furia.

— Sí hija mía.

— No me llame hija — le rogó desconsolada — ¿Pretende qué la perdone sin más?

Juliet se mostró confusa.

— Tan solo quería que supieses la verdad — clamó Juliet.

— Ahora la sé — dijo aparentando una frialdad que no sentía — márchese señora Hudson.

— Liv — trató de convencerla.

— Necesito tiempo para asimilar esto — expresó abrumada — márchese.

— Está bien — sollozó resignada — solo espero que algún día me puedas perdonar.

Juliet cogió su bolso y con paso agitado alcanzó la puerta.

De reojo la observó antes de abandonar el salón. La vida la castigaba nuevamente ante el desprecio de su hija.

La congoja se apoderó de ella mientras se despedía. Desolada quiso detenerla, pero su orgullo se lo impidió.

Liv lloró como una niña. Derrumbada derramó su llanto sobre el sofá.

Impotente sintió que no podía odiarla. En el fondo de su herido corazón ya había perdonado a Juliet Hudson.

Capítulo 40

Un mes y medio después.

Liv estaba muy contenta. El doctor Phil le había dicho que podía estar embarazada.

Aun no era oficial, debía esperar los resultados de la analítica, pero tras las últimas semanas con malestar general de vómitos y mareos, todo apuntaba a que podía esperar un hijo de Zack.

Liv guardó su feliz noticia hasta no estar completamente segura.

No quería que Zack se llevase una desilusión, pero no supo si podría contener su alegría cuando aquella mañana entró en su despacho.

Zack levantó sus apasionados ojos del escritorio al sentir su presencia femenina, y observó a su bella esposa acercarse con sigilo.

Se estremeció de deseo al verla caminar con aquel camión semi transparente que dejaba entrever sus curvas.

La saliva se le hizo bola en la garganta. De repente se encontró excitado.

Los ojos de Liv lo miraron ardientes.

— Hola, mi amor — lo saludó con candor.

Zack dejó a un lado los documentos que examinaba y la recibió con los brazos abiertos.

— Hola — arrastró sus roncas palabras — ¿Qué haces ya levantada? — y agregó mordaz — aun no ha amanecido.

— Te echaba de menos en la cama — replicó sin pudor alguno mientras se mordía el labio inferior juguetona.

Zack sonrió satisfecho.

— ¿Ah si?

— Ajá — afirmó con la cabeza.

Liv se sentó sobre su regazo. Su mirada se clavó con deseo en la suya.

Sintió como el libido del momento la embargaba. Zack rodeó su cintura con urgencia.

Un hondo suspiro escapó de su boca. Liv se percató entonces de los documentos que Zack tenía sobre la mesa y sintió una extrema curiosidad.

Parecían unos planos.

— ¿Qué es? — señaló hacia ellos.

Zack siguió su mirada.

— ¿Esto? — inquirió cauto. Y agregó con una medio sonrisa — era una sorpresa.

Liv agrandó los ojos.

— ¿Una sorpresa?

— Ajá — le afirmó ilusionado.

— ¿Para mi? — se le iluminó el rostro como a una niña.

— Sí — Zack se sintió morir de amor.

— ¿Y qué es? — preguntó entusiasta.

Zack se hizo el remolón alterando los nervios de Liv.

— No debería decírtelo aun.

Ella puso morritos.

— Por favor — le pidió insistente.

— Está bien — acarició su rostro — te lo diré, es el proyecto de una escuela benéfica para niños sin hogar.

Liv botó con alegría.

— ¡Qué! — gritó incrédula.

— ¿Te gusta la idea? — esperó su aprobación.

— Me encanta — expresó boquiabierta.

— Al principio podríamos acoger a los más necesitados y luego ir ampliando el número de alumnos — propuso Zack concienciado.

— Sí, sería perfecto — concordó feliz — ¿Y cómo se llamaría?

Zack la devoró incesante.

— ¿Aun no lo sabes?

Liv tembló emocionada. Entonces negó con la cabeza esperando su respuesta.

— Escuela infantil señorita Olivia Harris — le soltó vehemente.

— ¿Cómo? — Liv no podía salir de su asombro.

— Llevará tu nombre, mi amor.

— ¡Ay dios! — se llevó las manos hasta su boca completamente perpleja.

Aquel era el regalo más bonito que le podía haber hecho nunca.

Enmudeció de felicidad.

— He pensado que podríamos empezar el proyecto poniendo la primera piedra esta primavera — Zack la miró expectante — ¿Qué me dices?

— Siiii — chilló a modo de respuesta y lo besó en los labios.

Liv no era totalmente consciente de lo provocativa que estaba en aquella postura sobre sus rodillas.

A Zack le costó incluso respirar. Su abultado miembro era la prueba de su ferviente deseo.

— Me alegro de que te guste — murmuró con ardor.

— ¿Cómo no me iba a gustar? — replicó exaltada — gracias por hacer mi sueño realidad — musitó embargada de dicha.

Mientras hablaba su pecho subía y bajaba a un ritmo vertiginoso.

Zack puso la mano sobre su suave muslo. Aquel gesto estremeció a Liv.

— Tu cambiaste nuestras vidas — le murmuró apasionado — soy yo quien te da las gracias, mi amor.

Ella empezó a masajearle la nuca. Enredó sus dedos en su pelo y lo acarició.

Zack respiró entrecortadamente ante su sutil movimiento.

Sus vidriosos ojos la contemplaron con éxtasis.

— Ahora somos felices — apreció Liv.

Zack asintió con ímpetu.

— Y dime — quiso saber — ¿has vuelto a hablar con la señora Hudson? Bueno... — rectificó incómodo — con tu madre.

— No — respondió seria.

— ¿Y lo harás? — le preguntó inquisitivo — esa mujer merece una segunda oportunidad, ¿no crees?

Capítulo 41

A Liv no le sorprendió su pregunta.

Entre Zack y ella no había secretos. Durante las últimas semanas tras aquel primer encuentro en el que la señora Hudson le había confesado que era su madre, Liv había tenido tiempo de reflexionar y aclarar sus confusos pensamientos.

Ya no sentía ni rencor ni enfado hacía ella. Sus sentimientos eran distintos.

Ahora que cabía la posibilidad de que fuese a ser madre Liv podía ponerse en su piel, y sentir aquel resquebrajo en sus entrañas.

No debió ser fácil para Juliet enfrentarse a ese situación sola y desamparada.

En realidad ella nunca la abandonó sino que se vio obligada a ello, y aunque el pasado ya no se podía cambiar, el futuro aun estaba por vivirlo.

Y Liv había decidido que quería perdonar a su madre y disfrutar de su hermana Lily.

Con una sonrisa miró a Zack y contestó a su pregunta.

— Puede que sí — dijo.

— Me siento muy orgulloso de ti — le expresó con amor.

— ¿Ah sí? — replicó complacida.

— Eres una mujer extraordinaria — la alabó extasiado.

Los dedos de Liv bajaron por su espalda produciéndole una corriente eléctrica.

Entonces no pudo contener su emoción y dijo;

— El doctor Fhil me ha dicho que cabe la posibilidad de que pueda estar embarazada — le confesó con una luz de felicidad en su mirada.

Zack botó de su asiento con alegría.

— ¿En serio?

— Bueno... — se entristeció Liv — aun no es seguro.

— ¡Oh mi amor! Eso podría ser maravilloso — la abrazó emocionado.

— ¿Y si no lo estoy? — inquirió preocupada.

Zack acarició su muslo con anhelo despertando así el deseo de su esposa.

Liv se estremeció al sentir su cálido aliento rozar su cuello.

— Pues lo intentaremos las veces que haga falta — musitó convencido — quiero un hijo tuyo, Liv, un hijo que tenga tus mismos ojos verdes.

Ella empezó a desabrocharle los botones de la camisa, con deseo.

Hacía rato que sentía el calor de su erecto miembro rozar su piel.

El libido incontenido empapaba su feminidad. Liv se removió impaciente.

Tiró al suelo la camisa y jugueteó con el vello de su pecho.

Zack la miró complacido, le agarró los glúteos con fervor y los acarició bajo la fina tela del camión.

Liv entreabrió los labios con placer. Sus manos descendieron hasta la bragueta de su pantalón, y con urgencia liberó su miembro.

Zack gruñó impaciente. Su esposa era muy traviesa y eso le gustaba.

— ¡Oh Liv! — murmuró contra su boca.

Su lengua penetró con fuerza en su interior, y se enredó a la suya con posesión.

Liv gimió con anhelo. Zack la elevó un poco sobre sus rodillas y con suma exigencia la penetró.

Ambos gimieron al unísono. El éxtasis de Liv chorreaba por su entrepierna.

Acalorada se movió a su ritmo. Sus largas piernas se enredaron alrededor de su cintura.

Zack la agarró de los cachetes del culo y la apretó más adentro.

Liv casi enloqueció de puro placer. El orgasmo le rozaba los labios.

Podía sentir su extremo calor esparcirse en su interior.

Zack se movió con urgencia y la penetró salvajemente.

Las uñas de Liv se clavaron en su espalda. Él soltó otro gruñido complacido.

El sudor empapaba sus cuerpos derretidos por ese calor abrasador.

El éxtasis estaba próximo. Liv sintió como una explosión de deseo sacudía su cuerpo.

Era algo sumamente maravilloso y exquisito. Los vidriosos ojos de Zack la contemplaron con pasión.

Una última embestida con un rápido movimiento y la culminación fue plena.

Zack sintió como rozaba el cielo con sus manos. Sus cuerpos se acoplaron a la perfección como una mágica sinfonía.

Jadeó al sentir el orgasmo más dulce.

Era el cumpleaños del pequeño Dylan.

Lorraine preparó una fiesta a la que invitó a todos los niños del condado.

Quiso que fuese una celebración glamurosa donde no faltó detalle alguno, hubo piñata, globos, payasos, tarta.

Todos los invitados parecían divertirse menos Dylan, que buscaba constantemente el cariño y la compañía de su madre más que todos aquellos regalos insignificantes.

Pero a Lorraine eso le daba igual. Prefería presumir y jactarse como un pavo real delante de las otras madres.

Liv observó la fiesta con aburrimiento y bostezó con disimulo.

De no ser porque Zack le suplicó que llevase a Harley, jamás de los jamases hubiese aceptado ir.

Cuando Lorraine se percató de su presencia una irrefrenable furia la dominó.

Ella había esperado que acudiese a la fiesta Zack. De repente se sintió herida y humillada.

La ira cegó sus ojos cuando de una zancada cruzó el jardín y se plantó ante la joven sin importarle el bochornoso espectáculo que daría delante de sus invitados.

— ¿Qué haces tú aquí? — la increpó de mala gana.

— Buenas tardes, señora Foster — se mofó Liv ante su enfado.

Esta vez no dejaría que aquella mujer la amedrantase con su rebuscada soberbia.

Lorraine bufó incontinida.

— Te he hecho una pregunta — le repitió mientras la vena de su cuello se le inflamaba — ¿Qué haces aquí?

Liv elevó sus hombros.

— Usted me ha invitado, ¿recuerda? — le soltó mordazmente, y Lorraine montó en cólera.

— ¿Invitarte? — castañeo los dientes — ¿Dónde está Zack?

— Mi esposo, querrá decir — se atrevió a desafiarla, y agregó divertida — lo siento, pero el señor Montana no ha podido venir, tenía asuntos más importantes que atender.

— ¡Cómo te atreves a encararme! — le escupió con coraje.

— Ha empezado usted señora Foster — dijo Liv manteniendo la compostura — yo tan solo me he limitado a traer a Harley al cumpleaños de su hijo.

— ¡Mosquita muerta! — siseó rabiosa.

De repente el pequeño Dylan apareció bajo las faldas de su madre, e impaciente empezó a llamar exageradamente su atención.

— M-a-a-m-i.

— Ahora no Dylan — repuso secamente sin tan siquiera mirarlo.

Pero el niño siguió insistiendo más alterado.

— ¡M-a-a-m-i!

— ¡No molestes! — le gritó de mala gana.

A Liv le partió el corazón la escena y no se pudo morder la lengua.

— Que pena, ni tan siquiera a su propio hijo es capaz de atender como se merece — la miró con desdén.

Lorraine se sintió por primera vez en su vida atacada.

— Tú no sabes nada de mi hijo, forastera — exclamó molesta.

— Tan solo le está pidiendo cariño — dijo apenada — ¿acaso no sabe lo qué es?

Dylan empezó a respirar entrecortadamente. Apenas podía hablar.

— M-a-a-m-i-i.

De repente en medio de la expectación que se había generado por la discusión cayó al suelo.

Capítulo 42

La gente se arremolinó en torno de Dylan sin saber que le pasaba.

El niño representaba serios problemas de respiración. Estaba poniéndose de un color morado.

Parecía un ataque de asma. Rápidamente Liv se agachó a socorrerle.

Lorraine la miró preocupada sin saber que hacer. Realmente se sintió angustiada.

— ¿Qué le pasa a mi hijo? — preguntó histérica.

Liv trató en todo momento de mantener la calma.

— ¿Dylan padece asma? — inquirió intentando que el niño respirase lo más tranquilo posible.

Si se ponía nervioso más se ahogaría.

— Creo que sí — respondió aturullada.

Liv arqueó las cejas.

— ¿Cree?

— Sí, la padece — repuso confusa.

— ¿Y dónde está su inhalador? Lo necesita, le falta el oxígeno.

— ¡Qué! — gritó Lorraine desorientada.

Liv le dio al pequeño unos suaves masajes sobre el pecho y lo incorporó con cuidado para que aspirase el aire.

— Traiga su inhalador — le ordenó firme.

Lorraine se sintió perdida sin saber como debía actuar en aquellos casos.

Por primera vez sentía que su hijo podía morir.

— No se donde está — dijo.

— Busque en su mochila, siempre debe llevar uno ahí — la instó con prisa.

Lorraine corrió hacia la casa con el corazón golpeándole frenéticamente el pecho.

El miedo le atenazaba todo el cuerpo. Fueron segundos de mucha angustia.

Dylan apenas podía respirar. Liv trató de mantenerlo despierto.

— Pequeño, no te duermas — le musitó.

Al fin Lorraine trajo el inhalador. Tenía el rostro desencajado.

— Mi niño — expresó acongojada.

— Démelo — le pidió Liv.

— Si — dijo.

Liv cogió el aparato y se lo puso a Dylan en la boca.

— Respira despacio, respira — le fue indicando con pauta.

El pequeño obedeció. Poco a poco su respiración se fue normalizando.

Dylan tosió pasado el susto. Lorraine se agachó para abrazarlo.

— Ya está, cariño — miró a su hijo con amor y le besó la frente — mami está contigo.

— M-a-a-m-i.

— Si, cariño — lo estrujó con fuerza.

Los ojos de Lorraine se desviaron hacia Liv. De repente su mirada fue sincera y transparente.

— Gracias por haber ayudado a mi hijo — repuso con el corazón en un puño.

— Tenía que hacerlo — respondió Liv sin colgarse ninguna medalla.

Lorraine se incorporó con el niño en su regazo. La culpa asomó en ella.

— Creo que te he juzgado mal — se disculpó por primera vez.

— Todos cometemos errores — replicó sin reparo.

— Lo siento mucho — expresó Lorraine arrepentida — eres buena.

— Usted también lo puede ser — la sorprendió con su gratitud — tan solo debe buscar en su interior.

Sus palabras hicieron reflexionar a Lorraine. Ella había cometido demasiados errores y se

había obsesionado de tal punto que no había logrado ver el verdadero amor, su hijo Dylan.

Pero eso cambiaría. Aquella joven había salvado su vida, le había enseñado el verdadero valor.

Lorraine se sintió apurada. Tenía que hablar con Zack y prevenirlo de las intenciones de Gwen.

Ahora comprendía que todo aquello era una autentica locura.

¿En qué clase de persona se había convertido? Debía abortar el plan antes de que ocurriese una desgracia.

Cuando Juliet abrió la puerta de casa se encontró con sorpresa con la presencia de Liv.

Un nudo le apretó el pecho. Sus ojos se emocionaron al verla.

— ¡Hola — musitó con alegría.

— Hola señora Hudson — la nombró formalmente, y Juliet se sintió decepcionada — ¿Podemos hablar?

— ¡Sí, por supuesto!, pasa — la invitó rápidamente.

— ¿Está Lily en casa? — inquirió — querría verla.

El rostro de Juliet se ensombreció triste.

— No, ha ido a pescar al río junto a Charles — y agregó esperanzada — pero la puedes esperar aquí, no tardarán mucho en regresar.

— ¿No le importa?

Juliet movió su cabeza firme.

— Al contrario — expresó — me gusta tenerte cerca.

Liv pareció conforme y tomó asiento. Estaba sumamente nerviosa.

— Ya sé como te gusta el café — dijo Juliet abrumada — te prepararé uno.

— ¡Espere! — la detuvo Liv.

Con dificultad tragó saliva.

— Dime — se preocupó — ¿Ocurre algo?

Capítulo 43

Nerviosa Liv se removió en su asiento. La emoción la embargó por dentro.

Se retorció las manos bajo la falda. El cuerpo le temblaba.

— Quiero disculparme con usted — expresó con sorpresa.

Juliet abrió la boca con mesura y Liv continuó hablando.

— Creo que he sido muy injusta — alegó con culpa.

— ¡No! — exclamó Juliet — ¿Tú por qué?

Liv carraspeó incómoda.

— Por no haber querido escucharla — dijo.

— Liv, tu no tienes la culpa — se apresuró Juliet a calmarla — soy yo la que debería disculparme contigo, no debí presionarte, te agobié y lo siento — la miró compungida.

Liv sacudió la cabeza enérgicamente.

— Quiero que me hable de mi padre — la sorprendió gratamente — ¿Cómo era?

Juliet sonrió taciturna, se acercó hasta un aparador y sacó una cajita de madera que le entregó.

Con emoción Liv la abrió perpleja. En su interior encontró viejas fotografías, cartas, y anotaciones de hacía mucho tiempo.

— Tu padre era un chico muy guapo e inteligente — tomó asiento a su lado conteniendo las lágrimas — tenía el pelo azabache y los ojos avellana más bonitos que jamás había visto. Era alto, delgado, un poco tímido, divertido — sus halagos conmovieron a Liv.

— ¿Y cómo se conocieron? — inquirió observando un antiguo reloj de bolsillo.

— Dexter y yo nos conocimos en un baile, el primero al que asistí con quince años. Era una fiesta social que mis padres organizaron en casa, y a la cual no tenían permitida la entrada a los empleados. Pero Dexter se coló y me robó mi primer baile. Me enamoré de él en ese mismo instante y supe que era distinto a cualquier chico que había allí — le relató Juliet emocionada al recordarlo.

— ¿Y qué pasó después? — preguntó Liv.

— Bailamos toda la noche sin parar, a mi no me importó que fuese hijo de un simple chófer. Dexter tenía una personalidad arrolladora — Juliet hizo una corta pausa, aspiró profundo, y prosiguió — me llevó tras los jardines, alejados de todo el barullo, y me besó por primera vez. Nunca había besado a ningún chico, y fue algo maravilloso.

Liv observó sus facciones y reconoció el amor que brillaba en su mirada.

Ella sintió aquellas mismas emociones cuando conoció a Zack.

Supo que él sería su hombre perfecto.

— Se amaron mucho, ¿no? — se atrevió a decir.

Juliet se secó una lágrima que rodó por su mejilla.

— Sí, fue un amor puro — respondió cogiendo su fotografía.

Liv contempló a su padre con turbación.

— Era un chico muy apuesto — reconoció mirando sus profundos ojos avellana.

— El más apuesto de todos — afirmó con pasión.

— Debió ser muy duro su pérdida — se solidarizó con ella.

— Mucho.

Liv encontró varias cartas en la cajita de madera. Curiosa las ojeó.

— A tu padre le encantaba escribir, era nuestra forma clandestina de llevar nuestro amor — matizó con un eje de melancolía.

— Gracias — musitó afligida.

— ¿Por qué? — preguntó Juliet confusa.

Liv soltó el aire de sus pulmones.

— Por hablarme de mi padre, de su historia, de su amor, siento mucho todo lo que ocurrió.

— ¡Tu no eres culpable de nada! — exclamó levantándole con orgullo el mentón — que estés aquí es el mayor regalo que Dexter me pudo hacer, y si de algo me arrepiento es de no haber pasado todos estos años contigo — murmuró con dulzura.

Liv sintió que el corazón le saltaría por la boca. Elevó sus ojos hacia ella y dijo;

— Mamá.

Era la primera vez que Juliet oía esa palabra de sus labios.

La emoción le recorrió cada fibra de su cuerpo.

— ¡Oh mi pequeña! — la abrazó con fervor — no sabes cuanto he deseado que este momento llegase — y agregó solemne — te juro que no dejaré que nadie nos separe nunca más.

Juliet la besó ferviente. Tenían que recuperar todos aquellos años perdidos injustamente.

Como si aun fuese una niña acunó a Liv entre sus brazos, feliz.

— Ahora si que seremos una verdadera familia — musitó entusiasmada.

— Tengo algo que decirte, estoy embarazada — le confesó a su madre.

Los resultados le habían llegado esa misma mañana desde la clínica del doctor Phil.

Iba a ser madre.

— ¡Qué! — gritó eufórica.

— Voy a tener un bebé — se le anegaron los ojos de lágrimas de felicidad.

— Eso es maravilloso — le tocó la barriguita — ¡Seré abuela!

— Sí — repuso Liv.

— ¿Lo sabe ya tu esposo? — inquirió Juliet.

Liv negó con la cabeza.

— Tienes que decírselo — la animó — habla con él.

— Lo haré — le prometió firme.

Un hijo era lo que ambos más deseaban. Era el fruto de su amor. Un niño buscado.

Zack se pondría muy contento. Pero la sombra del miedo asomó a sus ojos.

El doctor Phil le había dicho que su embarazo podía ser de riesgo.

¿Y si sufría otro aborto? ¿Y si también perdía a este bebé?

Su corazón se rompería en mil pedazos. Afligida abrazó a su madre.

Al menos encontró el consuelo que tanta falta le hacía.

— Todo irá bien — la reconfortó Juliet con palabras de cariño.

Y Liv quiso confiar en su fe. Rato después Charles y la pequeña Lily se sumaron a la

celebración de la noticia.

Capítulo 44

La joven Ivy contempló retraída el río. Hacía más de un mes que Neil se había marchado y ni tan siquiera había recibido una carta suya.

Sus ojos se empañaron de tristeza. ¿Se habría olvidado ya de ella?

Ivy se tocó los labios con anhelo. Aun conservaban el calor de su tierno beso.

Se estremeció al recordarlo. Sollozó. ¿Por qué se había tenido que enamorar de un Montana?

Eso no le traería nada bueno. Su padre seguía empeñado en que se casase con el joven Andrew, pero Ivy se negaba a renunciar a un estúpido sueño.

El tímido sol se posó en su rostro. Ivy sacudió la cabeza compungida.

Hacía días que no pensaba en otra cosa que no fuese en Neil.

Ni tan siquiera era capaz de centrarse en sus estudios. Todo en ese momento le parecía un mundo.

Estaba deprimida y triste. Una traicionera lágrima rodó por su entumecida mejilla.

Ivy la secó rápidamente. Tan ensimismada estaba con sus propios pensamientos que no oyó los cercanos cascos de un caballo.

Emma divisó su figura desde la alta pradera y galopó a lomos de “Lena” la yegua que Liam le había regalado.

Se detuvo a escasos metros de la orilla del río y ató las bridas fuertemente a un árbol.

Enérgica caminó hacia la joven. Emma se percató de que estaba llorando.

Apurada se acercó a su lado.

— Hola Ivy.

La joven dio un respingo inesperado. Agitó su cabeza y se giró para saludarla.

— Hola Emma, ¿qué haces por aquí? — trató de ocultar la evidencia de su llanto.

— He salido a dar un paseo con “Lena” ahora que ya se montar — contestó con una sonrisa, y agregó — ¿va todo bien? Creía que estarías en la universidad esta semana.

Ivy la miró con cierta congoja.

— No he ido — dijo.

— ¿Y eso? — se alarmó — ¿Ocurre algo?

— He pedido unos días de excedencia, necesito aclarar mis ideas — matizó Ivy algo confusa.

— ¿Estás bien? — se preocupó Emma.

— No — gimoteó sin control.

Emma se sentó en la hierba y la observó afligida.

— Neil, ¿verdad? — intuyó sus motivos.

— ¿Qué sabéis de él? — inquirió con desazón.

— Aun nada, ya sabes que el correo aquí tarda — repuso tranquila — estoy segura de que estará bien — añadió con pausa.

— Ni tan siquiera me ha escrito — se lamentó como una completa idiota.

A Emma se le partió el corazón por su amiga. No le gustaba verla sufrir de esa manera.

— Te escribiré, ya lo verás.

— ¿Y si no lo hace?

El amor era demasiado complejo para entenderlo.

— Neil es muy testarudo — quiso defenderlo — como todo buen Montana — matizó por propia experiencia — dale tiempo, cuando vuelva habrá reflexionado.

A Ivy le castañearon los dientes.

— ¿Y si no vuelve? ¿Y si le ocurre algo allí? — dijo con mal agüero.

— ¡Por dios! — se horrorizó — no digas eso, Neil es un joven fuerte y sabrá cuidarse.

— Andrew se marchará a la universidad de Houston después del verano, y quiere que me vaya con él — replicó Ivy destrozada. Y agregó llorosa — mi padre quiere que me case con Andrew antes de que acabe mis estudios.

— ¿Y qué le has respondido? — preguntó Emma.

— Aun nada — soltó confusa.

— Pero tu no amas a Andrew — objetó la joven — ¿Cómo te vas a casar con él?

Ivy se elevó de hombros. Sus bonitos ojos ámbar la miraron con zozobra.

— ¿Y qué opción me queda? — expresó rota — Neil tampoco me amará nunca.

— Si te casas sin amor serás muy desgraciada en tu matrimonio — repuso Emma.

— Con el tiempo quizás aprenda a amarlo — trastabilló insegura — Andrew es un buen chico y mi familia lo adora.

— Con eso no basta — le soltó Emma.

— Ya — pareció abatida — pero sé que cuidará de mi.

— ¿Y tú lo amarás algún día?

Ivy sollozó acongojada. No encontró respuesta para esa pregunta.

Su cabeza estaba aturullada al igual que sus sentimientos.

Sabía que en el fondo de su corazón no habría cabida para otro hombre y que seguiría estando enamorada de Neil Montana para siempre.

Una semana después Ivy recibió la primera carta de Neil.

Con carácter urgente Lorraine hizo avisar a Zack.

Necesitaba hablar con él para prevenirlo de los planes de Gwen.

Estaba arrepentida de todo el daño que le había causado a Liv.

El estar a punto de perder a su hijo le había hecho reaccionar a tiempo antes de cometer una locura.

Aun lo podía evitar. Lorraine se paseó inquieta mientras miraba por la ventana.

Esperaba la llegada de Zack. Tenía un ataque de nervios.

Sentía como sus piernas flaqueaban sin control. Exasperada movió ondulante el rizo de su falda.

Sus ojos estaban atemorizados. No sabía que hacer. De repente vio acercarse a un caballo.

Reconoció los cascos de “Morvin”. Zack bajó del semental y caminó con rostro serio hacia ella.

Lorraine lo recibió ansiosa.

— ¿Qué ocurre, Lorraine? — la encaró con enfado.

— Tenemos que hablar — repuso nerviosa.

Él pareció reacio.

— No vayas a empezar de nuevo — le rogó.

Ella sacudió la cabeza consternada.

— Está vez es diferente — musitó.

Por primera vez Zack le prestó suma atención. El rostro de la mujer estaba descompuesto.

— ¿Qué pasa? — inquirió molesto.

Lorraine se estrujó los dedos de la mano exasperada.

— Y-o-o-o — tartamudeó compungida.

— Habla de una vez — le pidió — me estás asustando — repuso Zack — dime que ocurre.

Capítulo 45

Los ojos de la mujer lo miraron suplicantes.

Zack no entendía nada.

— L-o -s-i-e-nto — murmuró con culpa — perdóname.

— ¿Qué has hecho, Lorraine? — se alteró Zack preocupado.

Esta sollozó afligida. El lamento anegó sus mejillas.

— Perdóname — repitió de nuevo — me cegaron estos celos absurdos — trató de justificarse.

— ¿De qué me hablas? — la increpó molesto.

— Fui yo quien con la ayuda de Gwen puso aquel enjambre en tu desván — le confesó sin aire.

— ¡Qué! — chilló incrédulo — ¿Por qué lo hiciste?

Los ojos de Zack la miraron con desdén.

— Estaba celosa — repitió sin argumento.

— Estás enferma — le lanzó con pena.

— Lo sé — reconoció.

— ¡La podías haber matado! — siseó iracundo.

— No fui consciente de lo que hacía — trató de justificarse.

— ¿Consciente? — se jactó — eres la persona más ruin y despreciable que conozco — le escupió con desprecio.

— Me lo merezco — reconoció derrotada.

Lorraine agachó la cabeza. Merecía aquellas palabras y más.

Entonces lloró más fuerte.

— No quiero volver a verte — matizó Zack dándose media vuelta.

— ¡Espera! — le gritó.

— No quiero seguir oyéndote, Lorraine — la miró furioso.

— Tienes que salvar a tu mujer — replicó con alarma.

— ¡Cómo! ¿De qué hablas? — se acercó presuroso con el rostro desencajado.

— Gwen le prepara una trampa.

— ¡Qué dices! — gritó histérico — ¿Qué trampa?

— No lo sé — respondió aturullada — he tratado de disuadirla, pero me ha amenazado — añadió asustada.

— ¿Gwen? — se quedó helado.

— Sí — afirmó contundente.

— Mientes — le soltó Zack.

— Esta vez no — sonó sincera — esa chica no está bien de la cabeza — dijo Lorraine compungida.

— ¿Y pretendes que te crea después de todo? — arqueó una ceja.

— Es la verdad, tienes que impedirle que cometa una locura.

— ¡Maldita sea! — mascullo entre dientes — avisa al sheriff y sus hombres — le ordenó firme — yo intentaré llegar cuanto antes al rancho.

La mirada de Zack se clavó en Lorraine con resentimiento.

Con rapidez subió a su caballo y lo espoléó como alma que lleva el diablo.

Tras abandonar la casa de su madre Liv regresó al rancho.

Ahora se sentía mucho más motivada para contarle a Zack que estaba embarazada.

Con regocijo se tocó el vientre. Allí adentro crecía su hijo.

Ilusionada lo buscó por toda la casa, pero no lo encontró.

Liv se dirigió al cobertizo, quizás estuviese allí. De camino oyó un estruendoso ruido en su interior.

Liv corrió asustada.

— ¡Zack! — lo llamó.

Pero no obtuvo respuesta. Con cuidado se acercó hasta la cuadra.

— ¡Zack! — gritó de nuevo.

Sus ojos se abrieron de par en par. De repente se vio sorprendida por la presencia de Gwen.

— ¿Qué hace aquí? — le inquirió con sorpresa.

La mirada de la joven se proyectó en ella inyectada en sangre.

Liv tembló al ver el reflejo de su cuchillo. El miedo se apoderó de su cuerpo.

En ese momento de confusión intentó escapar despavorida, pero Gwen la agarró fuertemente del pelo y la arrastró hacia el interior.

— ¡Socorro! — gritó pidiendo auxilio.

— ¡Cállese! — le ordenó firme.

— Si es por su despido yo puedo hablar con el señor Montana para que... — Gwen la cortó fríamente.

— Me importa un bledo mi despido — matizó hiriente.

— ¿Entonces qué quiere? — repuso aterrada.

Gwen sonrió cínicamente.

— Usted señorita Harris es una impostora — la acribilló con la mirada.

— No se a que se refiere — se defendió de su ataque.

Gwen carcajeó y su risa le heló la sangre por completo.

— Usted es una ladrona — la culpó siseante.

— ¿Yo?

Liv sentía como el filo del cuchillo le rasgaba la garganta.

Apenas podía ni respirar.

— Sí, usted, con esa carita de buena y su pose elegante — arrastró sus palabras.

— ¿De qué habla?

— Usted me ha robado el amor del señor Montana.

— ¡Qué! — exclamó incrédula.

— No se haga la sorprendida — arrastró sus palabras.

Liv intentó liberarse pero Gwen la agarró con más crueldad.

— ¡Suélteme!

— Si sigue gritando le juro que la rebanaré de arriba abajo — tronó amenazante.

Los ojos de Liv se abrieron como platos.

— ¿Qué piensa hacer conmigo?

Gwen rió malévolamente.

— ¿Aun no lo ha adivinado?

— ¡No! — gritó Liv con horror — ¡Nooo!

Capítulo 46

Como un loco Zack cabalgó hasta ver el rancho con sus propios ojos.

El miedo golpeaba inconscientemente su sien. El corazón le bombeaba a cien kilómetros hora.

Si era cierto lo que Lorraine decía tenía que impedir que Gwen le hiciese daño a Liv.

Zack se vio angustiado. Si algo le sucedía a su mujer, no quería ni pensarlo.

No soportaría de nuevo aquel dolor y vacío. Zack se sintió desesperado.

Desmontó con rapidez de su caballo y se lanzó hacia la casa.

— ¡Liv! — gritó — ¡Liv! — repitió con desgarró.

Zack tomó su arma y se encaminó hacia los establos. Con sigilo se acercó al oír voces.

Mantuvo la templanza. Era necesario que tuviese el control de la situación.

Conteniendo su miedo irrumpió en la cuadra con voz helada.

— Suelte a mi mujer, Gwen.

El arma de Zack apuntó hacia ella amenazante. Gwen no se vio sorprendida.

— Señor Montana — ironizó.

Sus espesos ojos lo miraron con resquemor. Zack se fijó en la figura de su mujer.

Liv estaba apresada por los brazos de Gwen y tenía un cuchillo sobre su cuello.

Sus miradas se encontraron. Liv estaba aterrada. Zack dio un paso al frente.

— Suéltela — le rogó pasivo.

Gwen carcajeó con malicia.

— Usted siempre me sedujo con su sonrisa, con sus palabras bonitas, ¿verdad?

Zack arqueó las cejas, escéptico.

— Nunca hice eso, Gwen — trató de calmarla.

— Yo le quería — gimoteó.

— ¡Qué dice!

— Estaba enamorada de usted, pero nunca se fijó en mí — le recriminó dolida — usted se tuvo que fijar en la señorita Esmeralda.

— Gwen, escuche, creo que se encuentra confusa — replicó Zack.

— Y se casó con ella, y eran felices — siguió con sus cavilaciones — ¿Y yo qué?

Zack se mostró desconcertado.

— Por favor, suelte a mi mujer.

— ¿Su mujer? — la risa malévolamente de Gwen traspasó su alma.

Liv se sintió mareada. Todo empezó a dar vueltas en su cabeza.

— Yo tenía que ser su mujer, señor Montana — añadió Gwen drásticamente — tras la muerte de la señorita Esmeralda yo debía ocupar su lugar.

Los desconcertados ojos de Zack la miraron horrorizados.

Un leve temblor lo sacudió por dentro.

— ¿Usted la mató? — inquirió confuso.

— Sí — reconoció a boca jarro — aquella mañana yo manipulé las bridas de su caballo para que tuviese ese accidente — y alegó satisfecha — era la única manera de que usted se fijase en mí.

— ¡Está loca! — siseó entre dientes ante su demencia.

— ¿Loca? — repitió con sorpresa — todo habría salido bien si esta zorra — se dirigió sin preámbulos a Liv — no se hubiese interpuesto entre nosotros.

— Liv no tiene la culpa — trató de mediar Zack ante su ataque de locura.

— ¿Ah no? — se mofó.

— Yo jamás me habría enamorado de usted — le escupió con desdén.

— ¿Y como está tan seguro? — siseó histérica — ¡nunca le he parecido suficientemente guapa! — le chilló sin control.

Las sirenas del coche patrulla resonaron a lo lejos.

Zack hizo un último intento por convencerla.

— Suéltela, el sheriff está de camino, no tiene escapatoria — dijo mirándola con rencor.

— ¿Usted cree?

Gwen hizo un rápido movimiento y rasgó el abdomen de Liv.

Ella omitió un ronco alarido. Entonces Zack encañonó su arma directa a su corazón y le disparó.

La joven cayó fulminada al suelo. Zack corrió en busca de Liv.

Sus manos estaban llenas de sangre. Horrorizada musitó.

— Mi bebé.

Zack la cogió entre sus brazos y la sacó fuera del cobertizo.

Liv estaba pálida. El coche patrulla llegó en cuestión de segundos.

— ¿Dónde está Gwen? — inquirió el sheriff Perry.

— En el cobertizo — señaló Zack con los ojos desorbitados — esa mujer está loca.

— Yo me encargaré — matizó con paso firme.

Zack miró el rostro de Liv.

— ¡Un médico! Hay que llamar a un médico — repitió mientras su esposa se desvanecía inconsciente.

Tres semana más tarde.

Era un bonito día de principios de febrero. El cielo estaba completamente despejado.

Zack preparaba alegremente una barbacoa mientras Liv descansaba relajada al sol.

La familia no tardarían en llegar. Zack los había invitado a todos a una comida para darles la

noticia de que iban a ser papás.

Afortunadamente el desgraciado día del incidente había quedado atrás, y la herida que le había causado Gwen con el arma había sido solo superficial.

El bebé que crecía en sus entrañas se encontraba perfectamente, y ella se recuperaba de varios puntos y una cicatriz que le quedaría marcada para siempre.

Pero aquello no le arrebatada la felicidad. Tenía todo cuanto quería, un esposo maravilloso, un hijo en camino, la madre que siempre quiso, y una familia que la apoyaría el resto de su vida.

¿Qué más podía desear? Liv alzó su rostro hacia el cielo y se dejó acariciar por aquellos tibios rayos de sol.

En ese momento Zack se acercó a su lado y besó su vientre con amor.

Ella se estremeció ante su gesto. Observó como la pequeña Harley correteaba cerca.

— ¿Cómo estás pequeño? — le habló a su bebé con fervor.

Los ojos de Liv lo miraron derretidos.

— ¿Pequeño? — inquirió simulando estar enojada — ¿Y si resulta ser una niña?

Zack clavó su mirada en ella con pasión. El brillo fugaz iluminó su rostro.

— Entonces tendrá tus mismos ojos, mi amor — musitó ronco.

— ¿Eso quieres? — se emocionó ante sus palabras.

Zack la miró con deseo.

— Sí, que cada uno de nuestros hijos se parezca a ti — le declaró con ímpetu.

Liv le acarició la mejilla. No podía ser más feliz.

— Te amo — dijo vehemente.

— Y yo a ti — respondió Zack besándola apasionadamente.

Sus labios se unieron con anhelo en un solo ser bajo aquel cielo de Texas.

Proximamente :

Sigue la saga con la tercera entrega:

Ivy y Neil

Proximamente a la venta.

Biografía:

Anna Soler nació hace 39 años en la ciudad de Motril, Granada.

Desde pequeña siempre supo cual era su verdadera vocación.

Con 14 años escribió su primera novela y a los 26 publicó su primer libro de género romántico.

Anna es muy versátil y apasionada, sincera, siempre mantiene los pies en el suelo.

Su lema: Nunca dejes de soñar, pues soñar te hará libre.

A.S.

Bibliografía de la autora:

Gisel, deseo y pecado (2014)
Tentada al placer (2014)
Tatuada a tu piel (2015)
Tiéntame, cariño (2016)
Juegos de pasión (2017)
Secretos ocultos (2016)
Y viniste a mi corazón (2015)
Promesas rotas y olvidadas (2016)
Atrévete a amarme (2016)
Corazones en la tormenta (2017)
Vendetta de amor (2017)
Lady rebelde (2017)
Por el amor de mi dama (2017)
Dulce prisión (2016)
Encadenados por la ley (2016)
El viaje (2016)
Abrigada entre tus brazos (2017)
Desnuda mi alma (2018)
Tormenta de amores (2018)
Vivir a tu lado (2018)
Todo cuanto quiero de ti (2018)
Cuando no esperaba tu amor (2018)

Amaneciendo junto a tu amor (2017)

La señora y el mendigo (2018)

Arriesgándolo todo por ti (2019)

Al límite de la pasión (2019)

Y tenían que ser tus ojos verdes (2019)

Síguela en redes sociales:

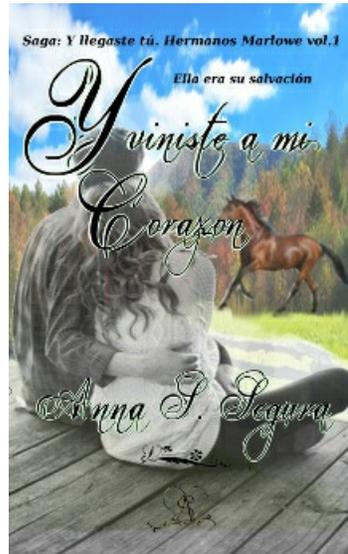
Facebook :Soler Anna

Twitter: Soler_Segura

Instagram: Anna Soler Segura.

Otros títulos de la autora:

Y viniste a mi corazón



Trevor Malowe estaba cansado de los continuos chantajes emocionales de su madre, empeñada en querer casarlo con una niña egocéntrica y malcriada, hija de un terrateniente de la zona. Pero él no estaba dispuesto a renunciar a su libertad tan fácilmente. El rancho Malowe pendía de un hilo, y Trevor se encontraba entre la espada y la pared. Salvarlo dependía de aquella boda forzada. Sin embargo la llegada de aquella forastera al pueblo cambiaría el destino de Trevor. Debby huía de un oscuro y tormentoso pasado que había marcado su joven vida. Ahora ya no confiaba en ningún hombre, ¿sería Debby capaz de hallar la paz y la felicidad anhelada en brazos del rancharo?

El Viaje



Ruth es una chica adolescente, de tan solo diecisiete años, que verá como su vida se derrumba con el porcio de sus padres. Pero un inesperado viaje cambiará su destino, y hará que su inmadurez y rebeldía pasen a un segundo plano. Ruth aprenderá de sus experiencias, y crecerá emocionalmente a medida que el viaje vaya avanzando. La vida no es tal cual la joven había imaginado, y a través de su vivencia emprenderá un camino repleto de aventuras y obstáculos hacia la madurez. Una tierna historia de amistad, aventura, y romance. ¿Hasta dónde será capaz de llegar Ruth?

Tatuada a tu piel



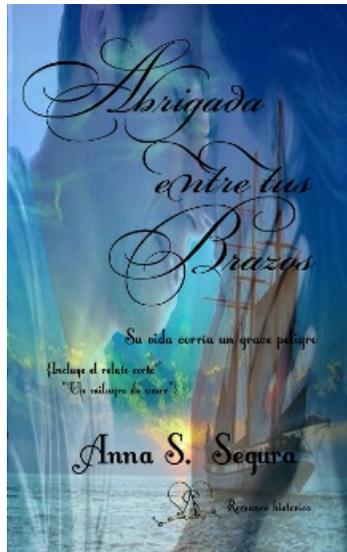
Para Desirée Chamberly toda aquella historia tan solo había empezado siendo un inocente tonto sexual entre ella y su desconocido amigo del chat. Pero pronto descubrió que Aitor Giordano era mucho más profundo y enigmático de lo que nunca imaginó. Y eso hizo que deseara ahondar en un pasado que él evitaba con recelo. Cuando Desirée le propuso que fingiese por unos días ser su pareja, él aceptó entrar a formar parte de aquel peligroso juego, pero con una condición que le saldría muy cara. Ella sería solo suya. Lo que ambos desconocen es que acabarán rendidos en una hoguera de lujuria y pasión que los llevará a un límite desconocido.

Promesas rotas y olvidadas



A sus diecisiete años, Samantha Cooper ya sabía lo que era tener el corazón roto de desamor. Joe Marlowe, el hombre de su vida, su gran y único amor platónico, se marchaba a estudiar a Europa, abandonándola sin más. Ella no comprendía su decisión. Pero Joe no tuvo otro remedio que acatar las ordenes de su estricta madre y marcharse lejos de Samy. Ni el tiempo ni los años hacen que los jóvenes olviden el intenso amor que mantuvieron. Aunque Samantha a rehecho su vida, nunca ha logrado olvidar a Joe. En el fondo lo seguía amando como el primer día, pero nunca podrían estar juntos. Un secreto que esconde los puede separar o unir para siempre. ¿Pero hasta dónde serán capaces de llegar? ¿Podrán perdonar el pasado y sanar sus heridas?

Abrigada entre tus brazos



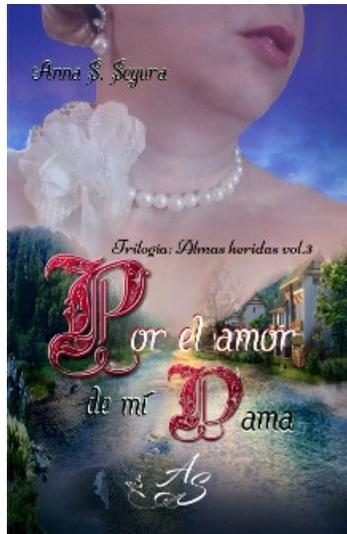
Virginia no recordaba nada de su pasado. Un indecente había borrado su memoria. Lagunas confusas asolaba su cabeza. Su única salida era escapar, pero ¿de qué huía? ¿Quién la perseguía y por qué? Sola, desesperada, y hambrienta, Virginia no tendrá más remedio que hacerse pasar por chico para enrolarse a bordo de la “Princesa del sur”. Allí conocerá al capitán O'conner, un hombre atormentado por la repentina muerte de su hermano Iván, y que lo único que anhela en la vida es la venganza. Dos almas marcadas. Un secreto que esconder. Y un amor inesperado y prohibido. ¿Qué pensaría el capitán cuando descubriese a la hermosa mujer que se escondía tras aquellas harapientas ropas de chico? ¿Podría controlar sus emociones? ¿Le perdonaría el engaño? El peligro acechaba de cerca a Virginia que sin imaginarlo se refugiaría de nuevo en brazos del capitán.

Tentada al Placer



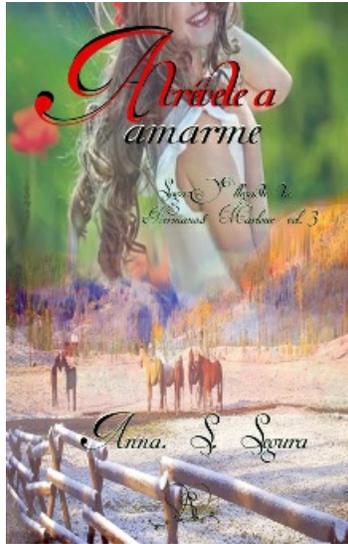
La guapa y brillante abogada Melissa Cournie no estaba pasando por su mejor momento personal. Tras un doloroso proceso de divorcio aun seguía amando a su ex marido. Sin embargo volver con él y perdonarle aquella infidelidad no entraba en los planes de Melissa. Leonard era el hombre de su vida, pero le había destrozado el corazón. Ahora ya no podía volver a confiar en él. Melissa se sentía totalmente confusa. En medio de aquel caos emocional tuvo que aparecer Greg Colton para poner su mundo patas arriba. Irremediabilmente entre ellos surge una fuerte atracción sexual que hará replantearse a Melissa su situación amorosa. Ambos vivirán una aventura apasionada y lujuriosa, pero Mel no puede olvidar a Leo.

Por el amor de mi Dama



Amy Baker estaba predestinada a heredar el linaje de su familia. Ella tenía corazón de dama, pero sin embargo no podía dejar de amar al único hombre que desde niña le había robado el corazón. Él era Nathan Sigüenza, el sobrino del famoso marqués de Vinalopot, un imperioso hombre con orgullo de hierro. Nathan siempre estuvo enamorado de la pequeña Amy, pero un buen día se alistó en el ejercito, y desapareció de su vida. Ahora seis años después ha regresado para recuperar lo que era suyo, el amor de su dama. Pero ya era tarde. Amy estaba prometida a otro hombre, el mezquino duque George. El apasionado corazón de Nathan no se rendirá ante tales acontecimientos, y luchará por reconquistarla. Pero un secreto se cierne sobre ellos, ¿cómo podrá Amy decirle la verdad? ¿Será suficiente el amor que tuvieron en el pasado?

Atrevete a amarme



La pequeña de los Marlowe tenía carácter. Mia era una joven impetuosa y obstinada, indomable como un potro salvaje. Siempre había actuado de forma libre y sin compromiso, hasta que el vaquero Ryan Holt irrumpió en su vida. Mia se negaba a reconocer que Ryan le había robado el corazón y el aliento desde el día que lo conoció. Sin embargo Ryan huía del amor. Su pasado escondía un terrible secreto que nadie sabía. Por ello no podía amar a ninguna mujer, aunque de Mia se había enamorado como loco. La pasión entre ambos es inevitable. El orgullo de Mia, y la furia de Ryan chocaran peligrosamente. ¿Podría Ryan alejar a los fantasmas de su pasado para ser feliz? ¿Le perdonaría Mia sus errores? Pasión, amor, y oscuros secretos se ciernen sobre la familia.

Corazones en la tormenta



Venganza.

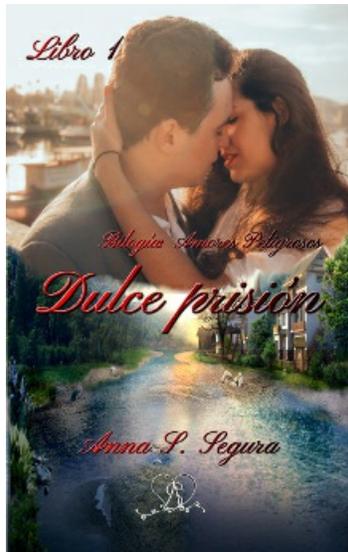
Esa era la única palabra que albergaba el oscuro y frío corazón de Christopher. Su profundo y remarcado odio hacía la familia Marlowe lo había cegado por completo hasta tal límite que había olvidado lo que era vivir. Su objetivo era destruirlos como habían hecho con él en un pasado no muy lejano. Su plan había dado resultado, pero al llegar a Texas su mundo se pondría patas arriba al reencontrarse de nuevo con ella, Kimberly Dauson, a la que había conocido en un cabaret de la ciudad de Las Vegas y con la cual había mantenido una aventura pasajera. Christopher no había esperado volver a verla y sentimientos contradictorios despertarán de nuevo en él. Una tormenta que desatará el pasado más oculto de los Marlowe hará tambalearse a la familia. ¿Mantendrá Christopher sed de venganza? ¿Qué secreto esconde?

Gisel, deseo y pecado



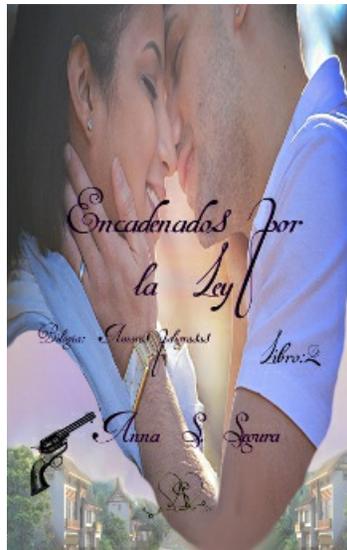
Él era mi vecino... Cada día lo observaba por la ventana, soñaba con él, deseaba ser suya. Pero era una locura, él ya estaba casado tenía a otra mujer en su vida que no era yo. En mis planes nunca entró inmiscuirme en su matrimonio, hasta que algo inesperado sucedió entre ambos aquella mañana. La lujuria y el desenfreno se adueñó de nuestros cuerpos y sentidos. Vivimos una pasión descontrolada. Era algo incontrolable, superior a mis fuerzas. De la noche a la mañana me convertí en su amante y eso me gustaba. Mi mundo giraba entorno a Max, hasta que conocí a Ben. Él se convirtió en mi mejor amigo... y en algo más profundo. Un juego a tres bandas que me saldría bastante caro. Y de repente aquel fatídico accidente cambió mi vida. ¿Amor o lujuria? Soy Gisel y aquí empezaba mi historia. ¿Te atreves a leerla? Adéntrate en la pasión.

Dulce prisión



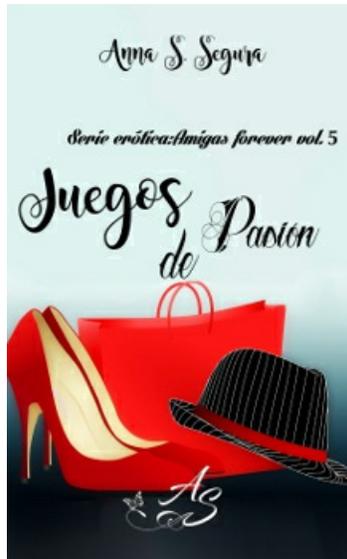
La vida de Sarah Cifuentes no había sido precisamente un camino de rosas. Huérfana de padre y madre, Sarah no tuvo otra opción que convertirse en una vulgar ladrona para poder subsistir en aquella miseria. Pero un desafortunado atraco al banco nacional la condenaría a permanecer atrapada entre rejas por un crimen que ella no había cometido. Completamente sin salida, Sarah tendrá que confiar su vida al único hombre dispuesto a ayudarla, su abogado, un hombre carismático y atractivo que cree férreamente en su inocencia. ¿A quién trata de proteger Sarah? ¿Y por qué? Alfonso Aguilar quiere llegar al fondo de la verdad. Pero cuanto más se acerca más peligro corre de enamorarse de su bella cliente. ¿Sucumbirá al amor? El tiempo apremiaba para demostrar que Sarah era inocente.

Encadenados por la ley



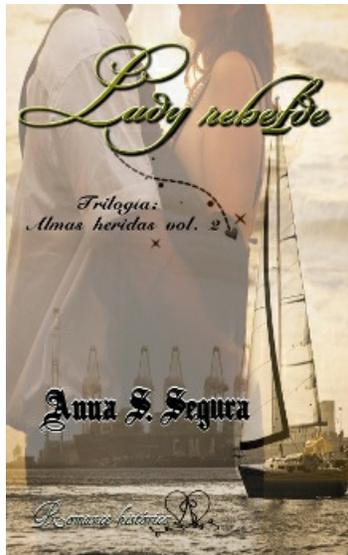
Ariadna Rodle era la única testigo dispuesta a declarar en el juicio contra la banda de un peligroso y poderoso contrabandista. G.C alias “el cojo” había asesinado a sangre fría a su hermano delante de sus propias narices, y ella no estaba dispuesta a perdonar su crimen y no pararía hasta verlo pudrirse entre rejas. Ahora su vida corría un grave peligro, más del que nunca imaginó. Ariadna se había metido en la boca del lobo, salir de allí no sería ningún juego. Ian Cifuentes, agente del FBI sería el encargado de proteger su vida a costa de todo. Pero Ian era impetuoso y obstinado, y no estaba para nada dispuesto en convertirse en su "Niñero". Pero cuando conoce a la dulce y encantadora Ariadna algo nuevo y desconocido despertará en él. Su deber era protegerla, no enamorarse. ¿Podría Ian olvidar su ética moral? Ambos estaban encadenados a permanecer juntos en una lucha por la supervivencia. Sin embargo lo que comienza siendo una aventura conflictiva acabará más allá de una pasión ferviente y enamoradiza.

Juegos de pasión



Michelle huía de un pasado oscuro. Nadie conocía cual era su verdad, ni tan siquiera su único hermano Iván. Dejando atrás brooklyn Michelle comienza una nueva vida en San Francisco. Nuevo trabajo, nuevos amigos, nuevas experiencias. Entonces conoce a Ethan Macconner, el aclamado neurocirujano del hospital “Madison center”. La atracción entre ambos será inmediata, una pasión arrolladora incapaz de controlar. Michelle iniciará una tórrida aventura con el atractivo doctor sin saber que está jugando con fuego. ¿Será capaz de parar a tiempo antes de que el amor gane el juego? Los fantasmas de su vida la acechan de cerca. Michelle tendrá que afrontar sus propios miedos para poder ser feliz. Lujuria, desenfreno, y deseo serán la trama de una pasión incontrolada.

Lady Rebelde



Evelyn Baker era un corazón indomable, un corazón incapaz de doblegarse ante ningún hombre, hasta que él se cruzó en su camino. Obsesionada con perseguir su sueño la joven consigue escapar de casa y meterse de polizón en un barco sin medir las graves consecuencias que eso podría acarrearle a su reputación. Pero erróneamente tropieza de nuevo con el capitán equivocado. Cristian Moriel, capitán de "La Estrella" y barón de Espinosa, no está dispuesto a ponerle las cosas tan fáciles a la joven lady. Cristian, un hombre de carácter templado y voluntad de hierro hará temblar los cimientos de Evelyn. Un odio-amor que hará renacer el corazón de una mujer rebelde y apasionada, en una aventura que cambiará el rumbo de sus destinos. ¿Será capaz lady rebelde de amar al único hombre que se ha enfrentado a ella? ¿Se dejará Cristian Moriel enamorar por la joven? Celos, envidias, y traiciones, acompañarán a los protagonistas de "La Estrella" hasta tierras españolas.

Secretos ocultos



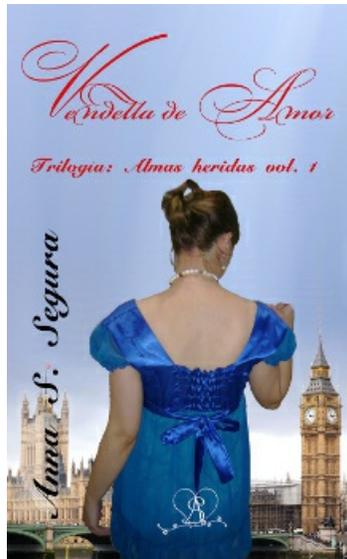
Guapa e inmensamente rica, Dakota Sammer estaba acusada de asesinar a sangre fría a su esposo, el afamado duque de Walmiton. Pero ella mantenía férreamente su inocencia, aunque nadie la creyera. Demostrar lo contrario no sería tarea fácil para la joven viuda. Su objetivo era desenmascarar al verdadero culpable, quien le había tendido una trampa. En su peligroso camino se topará con un osado periodista de penetrantes ojos zafiro, quien cambiará el rumbo de su vida. Drew Calaghan era el único que estaba dispuesto a ayudarla al precio que fuese. El único que confiaba en ella, en su inocencia. Pero la atracción sexual entre ambos los hará cómplices de un secreto que amenazará con destruirlos. Una pasión incontrolada que los llevará a cruzar un límite prohibido y desconocido que pondrá sus vidas en riesgo. ¿Quién será culpable y quién inocente? El juego está servido.

Tientame cariño



A Taylor Mazqueein le encantaba su nueva vida en San Francisco. Era profesora de secundaria en un buen centro de enseñanza. Taylor poseía todo lo que deseaba, era joven, guapa, y muy independiente... Todo menos el amor. Comprometida por su familia con un hombre al que ni tan siquiera amaba, Taylor se encontraba en un buen aprieto. Necesitaba librarse de Nick como fuese y anular aquella boda antes de que fuese demasiado tarde. Pero sola no podía hacerlo. Necesitaba ayuda. Y entonces apareció él. Un hombre completamente en las sombras, tan peligroso como misterioso. Taylor desconocía su identidad, pero se sentía atrapada por su fuerte magnetismo erótico. “Chico en la sombra” estaba más que dispuesto a echarle una mano ¿Pero qué precio tendría que pagar Taylor por esa información? Aquel hombre le abriría las puertas a un mundo de lujurias y desenfreno. Una pasión sumamente arrolladora que los conducirá a los placeres más ocultos. Sin embargo, ¿qué pensaría Taylor al descubrir quién era en realidad su romeo?

Vendetta de Amor



La venganza era lo único que lo mantenía en pie. Román Siguenza estaba lleno de odio y de ira hacia su mayor enemigo. Un odio que durante diez años lo había consumido. Siendo apenas un adolescente de quince años vio como aquel lord inglés acababa con la vida de su hermano mayor. Desde ese día buscó venganza. Su mejor arma para destruir al hombre que arruinó su vida sería ella, Rebecca Baker, una mujer explosiva e irresistiblemente bella que le hará perder la cabeza. Juego, amor, venganza, y traiciones. ¿Será capaz Román de olvidar el odio en brazos de la hermosa Rebecca?